

Abril 2017

4

BOLETÍN OFICIAL
de las **DIÓCESIS de la**
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de **MADRID**

Diócesis de Madrid

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

- Encanto y fuerza de la juventud 337
- ¡Resucitó! 341
- El Año Santo Lebaniego llama a la conversión y a la misión 345

HOMILÍAS

- Vigilia de oración con jóvenes 349
- Domingo de Ramos 353
- Misa Crismal 357
- Misa de la Cena del Señor 363
- Celebración de la Pasión y Muerte del Señor 369
- Domingo de Resurrección 374
- Vigilia Pascual 379
- Apertura Año Santo Lebaniego 383

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 388
- Defunciones 389
- Asociaciones y Fundaciones Canónicas 390
- Actividades Cardenal-Arzbispo de Madrid. Abril 2017 391

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Nombramientos 397
- Ceses 398
- Actividades Sr. Obispo. Abril 2017 399

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta a los miembros de la Real e Ilustre Congregación de Nuestra Señora de los Ángeles (Getafe). Fidelidad, comunión y caridad..... 405

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 407

Conferencia Episcopal Española

- Mensaje con motivo del centenario de las apariciones de la Virgen de Fátima ... 409

Iglesia Universal

- Mensaje para la XXXII Jornada Mundial de la Juventud 2017 415

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO A EGIPTO (28 - 29 DE ABRIL DE 2017)

- Discurso a los participantes en la Conferencia Internacional para la paz 423
- Encuentro con las autoridades 430
- Visita de cortesía a S.S. el Papa Tawadros II 436
- Santa Misa 445
- Encuentro de oración con el clero, los religiosos, las religiosas y los seminaristas ... 449
- Entrevista con los periodistas durante el vuelo de regreso a Roma 454

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXV - Núm. 2900 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

CARTAS

ENCANTO Y FUERZA DE LA JUVENTUD

3 al 9 de abril de 2017

Este domingo, Fiesta de Ramos, la Iglesia celebra la Jornada Mundial de la Juventud. En estos años previos a la JMJ de Panamá, el Papa Francisco ha elegido para su preparación lemas marianos; el de este año dice así: *El Todopoderoso ha hecho obras grandes por mí*. La Iglesia, a través de los jóvenes, en la cercanía a María nuestra Madre, puede llevar la Buena Noticia a todos los hombres. Todos surgimos a la vida con una vocación innata: "la vocación al amor". Sin amor el ser humano es un desconocido. Cada uno de nosotros, asume esta vocación de formas concretas en la vida cotidiana, que se articula en estados de vida diferentes. Todos tenemos que realizar alguna opción concreta, pero, ¿cómo hacerlo desde la fe y así vivir en plenitud? Que, sea cual sea nuestra opción, podamos decir como nuestra Madre, que "el Todopoderoso ha hecho obras grandes por mí". Sí, las hace. Ved vuestra vida vivida en amistad con Jesucristo.

Os aseguro que desde que soy sacerdote, desde el mismo inicio de mi ministerio, he tenido una ocupación singular con los jóvenes y nunca me defraudaron. Vi siempre la necesidad de acercarlos a Jesucristo y de que ellos fueran prota-

gonistas de ese encuentro. Nunca he dejado, en los diversos lugares donde la Iglesia me ha enviado, esta ocupación. Para mí siempre tuvo una impronta en mi corazón este mensaje del Concilio Vaticano II a los jóvenes: "La Iglesia os mira con confianza y con amor. Posee lo que constituye la fuerza y el encanto de los jóvenes: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo hacia nuevas conquistas. Miradla y encontraréis en ella el rostro de Cristo, el verdadero héroe, humilde y sabio; el profeta de la verdad y del amor, el compañero y el amigo de los jóvenes" (Mensaje del Concilio a la humanidad).

Por eso siempre me pregunté: ¿qué puedo hacer por ellos?

¿Qué decir en esta jornada a los jóvenes, precisamente cuando celebramos la entrada de Jesús en Jerusalén? Lo mismo que Jesús despertó en el corazón de aquellas gentes -fiesta, alabanza, bendición, paz, alegría-, lo sigue despertando hoy en el corazón de todos los jóvenes. Pero hemos de escucharlos. Esto es lo que se propone el próximo Sínodo. Él supo despertar en el corazón de aquellas gentes humildes y sencillas, que extendían los mantos en el suelo para que pasase, la gran misericordia de Dios que se inclina a todos para curarlos. Los jóvenes siempre son sensibles y experimentan una atracción especial por quien cura y sana, en este caso por Jesucristo. Su mensaje es de vida. Atento a todas las situaciones de la vida de los hombres, en sus debilidades y pecados, sucede que todos experimentan en Jesús el amor más grande.

Entró en Jerusalén con este amor y por eso no pasó desapercibido, todos sintieron y percibieron su presencia. ¿Podemos olvidarnos de esta escena? Nunca, pues está llena de luz, de amor, de un corazón grande en el que entran todos los hombres. Y esto es lo que provoca alegría. No nos extrañan esas palabras que el Evangelio nos recuerda de este momento de la vida de Jesús: "¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto" (Lc 19, 38). No es extraño que el documento preparatorio del Sínodo de los Obispos presente al discípulo al que tanto quería, san Juan, como la figura ejemplar del joven que elige seguir a Jesús con todas las consecuencias. La valentía para preguntarle: "¿Dónde vives?", y entregarse con toda su vida a la respuesta de Jesús: "Venid y lo veréis", manifiesta la grandeza de corazón de cualquier joven que busca, que desea hacer un camino interior y que tiene en lo profundo de su vida esa juventud que es disponibilidad y ponerse en movimiento, incluso sin saber del todo a dónde va.

¡Qué fuerza tiene experimentar la amistad con Jesucristo! ¿Sabéis lo que es vivir diariamente con Él, dejarse interrogar e interpelar por Él, manifestar las dudas, dejarse inspirar por sus palabras, por sus gestos y sus obras? Sigo viendo cómo los jóvenes viven esto. Cuando, cada primer viernes de mes, me reúno con ellos en la catedral de Madrid, como lo hice en Santander siendo vicario general y después como obispo en Orense, Oviedo y Valencia, percibo que descubren de una manera sencilla la alegría del amor, la vida en su plenitud y el poder participar en el anuncio de la Buena Noticia. En estos encuentros con los jóvenes tengo tres experiencias:

1. Alegría de poder estar con Jesús: es la alegría de aquellas gentes que salieron en Jerusalén a recibir a Jesús agitando las palmas y extendiendo mantos para que pasase. Es la alegría de acoger al Señor sin más. Y esta palabra es la que deseo decir a los jóvenes: tened alegría, vivid en la alegría. Nunca seáis hombres y mujeres tristes, entre otras cosas porque un cristiano nunca puede estar triste y, si lo está, le tiene que durar lo que se dé cuenta de que su Maestro es Jesucristo, a quien sigue. La alegría que tenemos no nace de tener cosas, sino de haber encontrado a una persona que está entre nosotros. ¡Cuántas noches en la oración os dije: "Aquí está realmente presente el Señor", Él nunca nos deja solos, seguidlo, nunca os arrepentiréis. No es una idea, es una Persona, que os habla, os ama y da la vida por nosotros. Nunca dejemos que nos roben la esperanza, la que da Jesús.

2. Jesús no nos deja solos, nos acompaña en su trono que es la Cruz: las gentes de Jerusalén lo aclaman como rey. Pero no es un rey más, es diferente, no tiene ni va con nada que manifieste fuerza y poder humano. Precisamente por eso, la gente sencilla y humilde ve en Jesús algo más, ven al Salvador. Jesús no entra en la ciudad de Jerusalén para recibir honores, fiestas o reconocimientos, que es lo que se suele hacer con quien tiene poder humano. Entra para recibir burlas, insultos, golpes y maltratos; en definitiva, para subir al Calvario. ¡Qué comprobación más clara, ver a Jesús entrando en Jerusalén para morir en la Cruz! Este es su trono, la Cruz. ¿Por qué este trono? Porque Él toma sobre sí el mal, la oscuridad, la suciedad, los pecados de todos los hombres, los nuestros, y los lava con su sangre, con su misericordia y con su amor. ¿Estáis dispuestos a seguirlo en este trono? Muchas heridas afligen a esta humanidad: conflictos políticos, económicos, culturales, guerras, desprecios, soledad de los más débiles, dinero a costa de lo que fuere, corrupción, divisiones, faltas de amor y respeto... Solamente desde este trono se pueden eliminar estas situaciones, dando la vida por amor a todos los hombres, dispo-

niendo la vida para servir el amor mismo de Dios, el que Jesús nos muestra y sigue regalando a los hombres. Desea contar contigo para ello.

3. Jesús da un corazón que nunca envejece: lo comprendí mejor el pasado lunes, cuando fui al homenaje que le hacían a un matrimonio centenario. Les preguntaron qué era lo más importante de sus vidas para no envejecer y su respuesta fue clara: hacer el bien a los demás. Jóvenes, mantened el corazón joven. Esto solo es posible en una comunión viva con y junto a Jesús, que hace posible el no envejecimiento; siempre es posible dar la vida por los demás, sean quienes sean. Siempre es posible eliminar las tristezas que causan todas las cruces que caen sobre los hombres. ¿Cómo? Desde el trono de Jesús, es decir, desde la entrega, el servicio, el amor incondicional a todo ser humano, que es imagen y semejanza de Dios. Me imagino una fiesta, con las mismas características de la de Jerusalén, expresando la alegría de estar en medio de los hombres en este mundo como dice mi lema episcopal, "por Cristo, con Él y en Él". Decid al mundo entero que es bueno ir con Jesús, que su mensaje nos hace salir de nosotros mismos e ir a las periferias del mundo y de la existencia.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra, arzobispo de Madrid

¡RESUCITÓ!

10 al 16 de abril de 2017

¡Cuántas veces he dado vueltas a esa página del Evangelio en la que Jesús se aparece a María Magdalena! Comprobar que Cristo había resucitado, la experiencia del sepulcro vacío, tiene tal fuerza, tal hondura, que no es fácil explicarlo con palabras. Lo que sí se puede decir es que, aquellos que entraron y vieron el sepulcro, tuvieron un antes y un después en su vida. Eran diferentes; la ternura de Dios, la revolución de la ternura de Dios se había manifestado y ellos habían tenido experiencia de la misma. Hubo un antes y un después en sus vidas con el triunfo de Cristo, con su Resurrección. Pasaron de la muerte a la vida, del fracaso al triunfo, de la mentira a la verdad. La medicina más necesaria para todos, y también para el derroche misionero de la Iglesia en medio de los hombres, es entregar la noticia de que Cristo ha resucitado. Esto es lo que el Papa Francisco no se cansa de decirnos. Lo hace con estas palabras tan suyas como propuesta a toda la Iglesia: "La alegría de evangelizar". Hay que llevar a los hombres la alegría de la Resurrección. San Agustín decía que "la fe de los cristianos es la resurrección de Cristo". "Y Dios dio a todos los hombres una prueba segura sobre Jesús al resucitarlo de entre los muertos" (Hch 17, 31).

¿Cómo sucedió aquella mañana? La explicación es sencilla, pero tiene tal actualidad para los hombres y mujeres de este tiempo que es necesario acercarse a lo que allí ocurrió. Desde el momento de la Resurrección de Cristo, el primer día de la semana es el domingo. Por eso sitúa a María Magdalena diciendo que era un domingo, el primer día de la semana, cuando ella se dirige al sepulcro. Es María Magdalena, a la que el Señor había mostrado tanta misericordia, compasión y perdón. Era en el amanecer, aun estaba oscuro, cuando fue al sepulcro y observó que la losa que lo tapaba estaba corrida. El sepulcro estaba abierto. Se imaginó lo peor: que alguien hubiese entrado para ensuciar la memoria de Cristo. Por eso, al verlo, se asustó y marchó corriendo a dar la noticia a Pedro y a Juan de que se habían llevado al Señor. ¡Qué tragedia! Sin embargo, era todo lo contrario: era la invasión de la alegría por un Dios que se hizo hombre para regalarnos la dulce y confortadora alegría de su triunfo en Cristo.

El debilitamiento de nuestra fe en la Resurrección de Jesús nos debilita y no nos hace ser testigos de lo más grande que ha sucedido para el ser humano: su triunfo verdadero, que no está en los descubrimientos maravillosos que hace y hará, sino en el triunfo de Cristo que es el nuestro; "hemos resucitado con Cristo". María Magdalena pensaba que allí había sucedido lo que solemos hacer los hombres, una actuación de gestos sin afectos, de gestos rígidos, hacia quien murió perdonando, y entre cuyas últimas palabras estaban: "Perdónalos porque no saben lo que hacen", "hoy estarás conmigo en el paraíso", o "a tus manos encomiendo mi espíritu". María Magdalena pensó como los hombres, por eso rápidamente fue a avisar a Pedro y a Juan. Pero algo diferente había sucedido allí. Pedro y Juan fueron a comprobar lo que había pasado. Por juventud llegó antes Juan y vio desde fuera los lienzos tendidos, pero esperó la llegada de Pedro, pues era el que había puesto el Señor al frente de todos. Este fue el primero que entró y comprobó algo inaudito: los lienzos estaban tendidos y el sudario con el que se le había envuelto la cabeza estaba enrollado en un sitio aparte. Vieron y creyeron y recordaron lo que había dicho el Señor: "que Él había de resucitar de entre los muertos". Esto es lo que dio, a los apóstoles y a los primeros discípulos de Jesús, valentía, audacia profética y perseverancia hasta dar la vida para afirmar que Cristo es el que la da y la tiene y la alcanzó para los hombres.

El sueño que el Papa Francisco nos muestra en la exhortación *Evangelii gaudium* nace de creer en Jesús, que nos dice: "Yo soy la Resurrección y la Vida". Pero es verdad que para hacer realidad este sueño, hay que beber de la fuente de la vida que supone entrar en comunión con el amor infinito en el encuentro con Cristo,

como les pasó a María Magdalena, Pedro y Juan. En Cristo Resucitado pudieron experimentar lo mismo que el Papa Francisco nos señala: "Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación" (EG 27). El anuncio se tiene que concentrar en lo esencial que es lo más bello, lo más grande y lo más atractivo, lo más necesario: que Cristo ha resucitado. "¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!" (Lc 24, 34).

En esta Pascua, miremos a cinco personajes que nos invitan a ser testigos de la Resurrección, que en definitiva es mostrar la revolución de la ternura y de la misericordia de un Dios con un inmenso amor para el ser humano:

1. Santa Teresa de Lisieux (1873-1897). Viviendo junto al Resucitado como "florecilla deshojada, el grano de arena [...] el juguete y la pelotita de Jesús", es donde encuentra el auténtico sentido de su vocación: el Amor, capaz de aunar y colmar todos sus deseos, antes torturadores por contradictorios e imposibles.

2. El beato Carlos de Foucauld (1858-1916). Con una experiencia fuerte de la Resurrección, del triunfo de Cristo y, por ello, del hombre, se olvidó de sí mismo y pudo escribir lo que vivía desde una comunión viva con Cristo: "Padre mío, me abandono a Ti. / Haz de mí lo que quieras. / Lo que hagas de mí te lo agradezco, / estoy dispuesto a todo, / lo acepto todo. / Con tal que Tu voluntad se haga en mí / y en todas las criaturas, / no deseo nada más, Dios mío. / Pongo mi vida en tus manos. / Te la doy, Dios mío, / con todo el amor de mi corazón, / porque te amo, / y porque para mí amarte es darme, / entregarme en Tus manos sin medida, / con infinita confianza, / porque Tú eres mi Padre".

3. San Juan XXIII (1881-1963) habla de un director espiritual que nunca olvidará y habla de Dios, que se revela y muestra en Jesucristo muerto y resucitado: "Me dio un lema de vida como conclusión de nuestro primer encuentro. Me lo repito muchas veces, sereno, pero con insistencia. Dios es todo, yo no soy nada. Esto fue como una piedra de toque, se abrió para mí un horizonte insospechado, lleno de misterio y fascinación espiritual".

4. Santa Teresa Benedicta de la Cruz, Edith Stein (1891-1942). La cuestión de la Resurrección tiene una importancia capital en ella: "Cuando tratamos del ser personal del hombre, rozamos de muchas maneras otro problema que ya hemos

encontrado en otros contextos y que debemos aclarar ahora si queremos entender la esencia del hombre, su lugar en el orden del mundo creado y su relación con el ser divino [...]" (*Ser finito y ser eterno*). ¡Qué bien lo explica con su vida acogiendo a quien es la Resurrección y la Vida!

5. San Pedro Poveda (1874-1936) incide en que creer en la Resurrección nos lleva a confesar la fe que se profesa y a manifestar la coherencia de la propia vida con esa misma fe hasta derramar la sangre. Esto hace él: "Creí por eso hablé. Es decir, mi creencia, mi fe no es vacilante, es firme, inquebrantable, y por eso hablo" y asumo todas las consecuencias.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra, arzobispo de Madrid

EL AÑO SANTO LEBANIEGO LLAMA A LA CONVERSIÓN Y A LA MISIÓN

17 al 23 de abril de 2017

Nuestro Señor Jesucristo, a través de la Iglesia, nos regala un año santo en mi querida diócesis de origen, Santander. El Año Santo Lebaniego es una gracia para toda la Iglesia. Pero, como podéis comprender, siento un profundo agradecimiento hacia la Iglesia particular que nos ofrece durante este año esta gracia inmensa que nos invita a la conversión y a la misión. Es la Iglesia particular que, en nombre de Jesucristo, me acercó y me dio la Vida de Cristo por el Bautismo, me invitó a participar por primera vez en la Eucaristía, me hizo el regalo del sacramento de la Confirmación y me incorporó al presbiterio diocesano regalándome el ministerio sacerdotal. Os invito a todos a vivir y participar en el Año Santo Lebaniego. Estoy seguro de que allí sentiremos más y mejor la urgencia que los hombres tenemos de dar una versión nueva a nuestra vida y de salir a la misión para anunciar la Buena Noticia que mueve y conmueve todo lo que existe.

En el monasterio de Santo Toribio, muy cerca de los Picos de Europa, se conserva desde el siglo VIII la famosa reliquia del *Lignum Crucis*. Gracias a esa

presencia tan preciada, desde hace siglos es un importante centro espiritual de peregrinaciones y alimento de religiosidad popular. ¡Cuántos años fui, por razón de mi ministerio como vicario general de la diócesis de Santander, a las reuniones mensuales de los sacerdotes de Liébana que se celebraban en el monasterio! A 1181 se remonta la constitución de la cofradía de la Santísima Cruz, a la que pertenezco desde que soy sacerdote. Los obispos de la época en que se constituyó, Juan de León, Raimundo de Palencia, Rodrigo de Oviedo y Martín de Burgos, se tomaron en serio esa religiosidad que hizo posible que conservemos hasta hoy el trozo más grande de la Cruz de Nuestro Señor y que la región haya dado tanta gente buena y santa. Según la tradición, pudiera ser la cofradía más antigua erigida en la Iglesia con este motivo. El Papa Julio II, el 23 de septiembre de 1512, autorizó para que se siguiera celebrando el Jubileo de Santo Toribio. En ese querido monasterio el monje Beato defendió la fe católica y escribió los célebres *Comentarios al Apocalipsis* que han tenido una importancia decisiva en la cultura y en el arte, ya que fueron copiados y miniados entre los siglos IX y XIII.

El Año Santo Lebaniego invita a que celebremos la conversión y la misión. La Cruz y el sepulcro vacío, es decir, la Muerte y Resurrección de Cristo, son inseparables. La Cruz es expresión del triunfo sobre las tinieblas. Mientras estamos preparando el próximo Sínodo de los Obispos dedicado a los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, ahora que nos encontramos en la fase de aproximar nuestras preocupaciones, opiniones y tareas, tenemos la gracia de que se abra en la Iglesia que camina en Cantabria este año santo. Como muy bien dice el obispo de la diócesis de Santander, monseñor Manuel Sánchez Monge, en su carta pastoral *Nuestra gloria, Señor, es tu Cruz*, "el amor misericordioso del Padre y del Hijo hacia nosotros alcanza su cima contemplado el misterio de la Cruz [...], en la Cruz entendemos que los caminos de Dios no son nuestros caminos". El Año Santo Lebaniego es un acicate nuevo con el que el Señor derrama su gracia sobre nosotros para hacernos la misma invitación que al apóstol Pedro: "rema mar adentro".

El Año Santo Lebaniego nos urge, nos llama e invita a "presentar el mensaje desde el corazón del Evangelio que es la belleza del amor salvador de Dios, manifestado en Jesucristo, muerto y resucitado" (EG36). "Con estilo misionero sabe centrar el anuncio en lo esencial y simplificar la propuesta" (EG35). Impliquémonos con la gracia del Señor en el dinamismo que engendra el pasar por la Puerta Santa que es Cristo, meta de la historia, único Salvador del mundo, que ha dado la vida por todos los hombres. Por la Cruz nos ha llegado la salvación a los hombres. Es en la Cruz donde se sintetiza para nosotros, los cristianos, el misterio de la Encarna-

ción y de la Redención, de la Pascua plena de Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María; el misterio de su pasión y muerte, de su resurrección y glorificación. En el misterio de la Cruz se encuentra el secreto y el principio vital que hace de la Iglesia casa de Dios, y la columna y el fundamento de la verdad. ¡Qué fuerza tiene la contemplación de la Cruz! En dicha contemplación nos penetra el misterio de la infinita piedad de Dios hacia nosotros, que llegó hasta las raíces más escondidas de nuestra iniquidad.

Pasemos por la Puerta Santa que es Cristo. ¿Cómo hacerlo en este Año Santo Lebaniego? Hay signos que son necesarios y que la Iglesia pone a nuestro alcance. Para recibir la gracia de las indulgencias y celebrar este Jubileo tenemos un lugar: el monasterio de Santo Toribio de Liébana, donde se encuentra el trozo más grande de la Cruz en la que muere Nuestro Señor.

Hagamos una peregrinación exterior, pero que termine en esa peregrinación interior donde la perdonanza y la misericordia la celebramos con el sacramento de la Reconciliación y la celebración de la Eucaristía. El Año Santo Lebaniego nos va a dar oportunidad de ver la infinita piedad y amor de Dios hacia los hombres, que sigue suscitando en el corazón y en el alma de cada ser humano un movimiento de conversión y de redención que impulsa hacia la reconciliación. El cristiano, puesto delante de la Cruz, acoge el misterio, lo contempla y saca de él la fuerza suficiente para ir a la fuente que es el mismo Jesucristo, donde puede renovar su vida desde la raíz para vivir según el Evangelio.

Este Año Jubilar de Santo Toribio de Liébana, para mí como arzobispo de Madrid, se nos presenta como una oportunidad más de gracia que el Señor nos entrega, para que se hagan realidad aquellas palabras del apóstol san Pablo: "Pues yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y este crucificado. Y me presenté ante vosotros débil, tímido y temeroso. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios" (1Cor 2,1-5). Doy gracias a Dios por este tiempo de gracia y de sabiduría que el Señor nos regala a través de la Iglesia, y te invito a profundizar, reflexionar e incorporar tres realidades:

1. Contemplar la Cruz. ¿A qué y a quién te remite? ¿Te remite a los demás? ¿Para qué?

2. Vivir ante la Cruz de la que vino la salvación a los hombres, ¿te introduce en el ámbito de la misericordia y del amor a todos o te mantiene en la indiferencia?

3. Anunciar. ¿Descubres que el Sacramento de la Penitencia o de la Reconciliación en tu vida te sitúa en la verdad? ¿Valoras ponerte delante del Señor, reconociendo tu verdad, para que Él por amor te entregue su Verdad, que es gracia?

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra, arzobispo de Madrid

HOMILIAS

VIGILIA DE ORACIÓN CON JÓVENES

(07-04-2017)

El Señor nos permite escuchar el Evangelio que en este próximo domingo, el Domingo de Ramos, antes de la bendición de ramos, se va a proclamar. Pero es un Evangelio que nos está invitando, ya desde el Domingo de Ramos, a ser nosotros protagonistas como nuestro Señor Jesucristo, de llevar la buena noticia a todos los hombres.

Tres realidades nos invita a contemplar este Evangelio cuando nosotros nos situamos, como Iglesia de Jesús que somos. Tres palabras querría que fuesen, o tres expresiones, las que os ayudasen a entender lo que el Señor nos quiere decir en este Domingo de Ramos. Sois la nueva Jerusalén. Esa nueva Jerusalén que entra en el mundo; no que está frente el mundo: entra en el mundo, para hacer gozar a los hombres de la presencia de Dios.

Me gustaría comentar con vosotros estas tres realidades, porque constituyen lo que supone esta entrada en la Semana Santa para celebrar los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Pero entrar como entró Jesús. Él era la

buena noticia. Él nos ha hecho a nosotros, en primer lugar, esa nueva Jerusalén. Esa nueva Jerusalén que se acerca a los hombres como Jesús se acercó y entró en Jerusalén. Igual que Jesús. Sintamos el gozo de esta llamada que nos ha hecho el Señor a ser miembros vivos de su pueblo, miembros vivos de la Iglesia.

La Iglesia no solamente es un nombre, no solamente la tenemos que ver como una realidad que contemplamos. No. Es tu propia realidad, nuestra propia realidad. Juntos, nosotros, junto a tantos y tantos cristianos que en distintas partes de la tierra, en culturas distintas, con costumbres diferentes, pero que como nosotros esta noche se han encontrado con nuestro Señor Jesucristo, adoran al mismo Señor. Porque lo que constituye la esencia de nuestro ser miembros vivos de la Iglesia no es tener estas ideas o aquellas: es tener la persona de nuestro Señor Jesucristo.

Nosotros no vivimos la nueva Jerusalén en función de ideas. Traicionar a Cristo es entender la Iglesia desde unas ideas: solamente estos pueden ser la Iglesia. Mentira. Solo los que se dejan apropiar por nuestro Señor Jesucristo, los que dejan entrar la vida del Señor que Él nos regala, somos miembros de la Iglesia. Y, por eso, en todas las partes de la tierra, en condiciones muy diferentes, estamos la nueva Jerusalén. La que fundó Jesús.

Sois miembros de la nueva Jerusalén, queridos hermanos. Sois miembros de una nueva ciudad que ha hecho Dios mismo, y que está para que entren en la realidad de los hombres, y para que haga verdad aquella página del Evangelio que el Señor tan bellamente nos describe: sois la sal de la tierra, sois la luz del mundo, no se enciende una lámpara para meterla debajo del celmín sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. A todos los hombres. Qué maravilla. Miembros de la nueva Jerusalén. Que entra en el mundo.

En segundo lugar: entrar en el mundo. Pero entra en el mundo como Jesús. Lo habéis visto: el Señor quiere hacernos ver la diferencia de su entrada en el mundo y cómo entran los poderosos del mundo. La entrada de Jesús en el mundo es en un pollino. No le acompañan grandes ejércitos. No. Va en un pollino. Porque su trono no va a ser como los tronos de este mundo. El trono de Jesús es la cruz, va a ser la cruz. Pero es un trono maravilloso, porque es el trono donde Él regala su vida para que la tengamos nosotros, regala el amor mismo de Dios, se da a sí mismo, se entrega a sí mismo, da lo que es y lo que tiene, es Dios mismo el que se nos da. Es su amor. Cuida de él.

¿Puede haber donación más grande para cambiar esta tierra? Esta tierra que está llena de conflictos, de divisiones, de rupturas, de muros que nos separan ¿Es que esto se puede cambiar desde un trono de poder? ¿O desde el trono de la humildad, de la Cruz, donde se nos manifiesta el amor mismo de Dios? Y Dios nos dice, en Cristo, que amando, dando la vida, considerando al otro más importante que uno mismo, es como cambia este mundo.

La Nueva Jerusalén entra en el mundo no para insultar a los hombres, no para poseer a los hombres, sino para amarles y para darles vida, para devolverles la dignidad que se roba cuando no se reconoce que son imágenes verdaderas de Dios. Cuando robamos, queriendo hacer que ese otro tenga las ideas que a mí me convienen... No. Salimos al mundo para que los demás tengan la vida de Jesús, su amor, su entrega. ¿Os dais cuenta de lo que sois, queridos amigos?

Cómo me gusta poder decir esto delante de Nuestro Señor. Seguro que Él os lo diría mejor, y os lo va a decir mejor después, en el rato que estemos contemplándole... Os lo va a decir mucho mejor en vuestro corazón. Pero cómo me gustaría a mí decir que esto llegase a todos los jóvenes de Madrid. A todos. Que llegase esta gran noticia: que podemos ser miembros de un pueblo extendido por toda la tierra que lleva y entra en el mundo para regalar y cambiar este mundo con el amor mismo de Dios. Desde la entrega absoluta de nuestra vida, amando incondicionalmente al otro, rehaciendo la dignidad del otro. No a la fuerza, no por soberbia, sino desde la Cruz. Con amor por los demás. Aunque tenga que sufrir.

Y, en tercer lugar, para hacer gozar a los hombres. Nueva Jerusalén que entra en el mundo para hacer gozar a los hombres de la presencia de Dios. Pero, queridos amigos, ¿no veis las necesidades que tienen los hombres? ¿No las estáis viendo? ¿No veis las soledades tremendas que existen en el corazón de los hombres? ¿No veis las pobreza, las reales, la del que no tiene nada, o la del que tiene tanto que es más pobre también, porque no es capaz de regalar algo de lo que tiene al que está tirado? ¿No veis las guerras que existen en todas las partes del mundo? ¿Los conflictos tremendos? Todo ello porque no han encontrado lo que encontraron estas gentes de Jerusalén: la multitud alfombró el camino con sus mantos, con ramas de árboles, alfombraban la calzada, y la gente gritaba: Hosanna al hijo de David, porque han encontrado a quien es la paz, a quien es la vida, a quien es la verdad, a quien es el camino, a quien da seguridad, a quien cambia el corazón, a quien la vida; a quien cambia la fuerza del egoísmo, la fuerza del "yo" por la fuerza de un Dios que en Cristo, nos ha dicho: Tú eres mi hijo, yo te quiero, cuento conti-

go, pero quiero que tengas la vida de mi Hijo, que aprendas en el seguimiento de mi Hijo lo que hay que hacer en este mundo. Esa multitud que alfombraba los caminos había encontrado a quien daba verdadero sentido a su existencia. ¿Seremos capaces de encontrarlo nosotros, queridos hermanos?

Esta noche, Cristo, el mismo que entró en Jerusalén, está aquí. Le tenemos frente a nosotros. Hoy no está en el pollino. Pero está en el misterio de la Eucaristía, dentro del pan, en un poco de pan. Ahí está Jesucristo realmente presente. ¿Alfombramos nosotros los caminos con fe, con esperanza, con amor? ¿Qué ramas ponemos en el camino para que entre Jesús y ocupe este mundo?

Lo que sí es cierto es que el Señor nos llama a alfombrar este camino del mundo para que Jesucristo entre en el corazón de los hombres. Y cuenta con vosotros, los jóvenes de Madrid. Y cuenta con estos encuentros también, porque juntos lo podemos hacer. No solos: el Señor quiere que lo hagamos juntos, como nueva Jerusalén que somos. Y tenemos que demostrarlo, aunque estemos en comunidades diversas y distintas, porque alimentamos nuestra fe en esa comunidad cristiana; pero tenemos que vernos, como lo hacemos todos los primeros viernes de mes, e intentar que otros vean que es posible hacer esta gran ciudad. Que no la hemos hecho nosotros: la ha hecho Jesucristo para nosotros, para entrar en este mundo y para regalar el gozo de la presencia de Dios entre los hombres que da paz, que regala amor, que da seguridad, que llena el corazón y los vacíos que puedan tener los hombres.

Adoremos al Señor.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DEL DOMINGO DE RAMOS

(9 de abril de 2017)

Querido vicario general, vicarios episcopales, deán de la catedral, cabildo catedral, queridos seminaristas. Representante de la presidenta del Gobierno de Madrid, doña Cristina Cifuentes. Representantes del Ayuntamiento, que se han querido hacer presentes aquí. Señor embajador de Filipinas, muchas gracias por su presencia. Queridos hermanos y hermanas todos:

Es un día singular y especial para todos nosotros esta fiesta del Domingo de Ramos. Y digo especial para todos porque expresa de alguna manera, incluso en el recorrido que hemos hecho en esa procesión llevando los ramos, el deseo más grande del ser humano de encontrar a alguien que nos haga vivir en la paz, en la reconciliación; que nos entregue la vida para ver más allá de nosotros mismos, que nos dé esa capacidad para entender y descubrir cada día con más hondura que los otros, quienes están a mi lado, son hermanos.

Hermanos: el Salmo 21 que hemos proclamado nos decía que contaríamos la fama del Señor a nuestros hermanos. Esta es la gran invitación que el Señor nos

hace en este Domingo de Ramos a todos nosotros. Lo habéis escuchado en la primera lectura que hemos proclamado, del profeta Isaías: el Señor nos abre el oído, nos hace estar atentos; atentos a las necesidades de los hombres; atentos, como veíamos en el Evangelio que en el inicio de la procesión proclamábamos: aquellas gentes de Jerusalén sencillas vieron cómo Jesús era distinto, cómo entraba en un borrico que representa la sencillez, la pequeñez, la cercanía a los hombres, la capacidad de entrega. No entraba como lo hacían los reyes de Jerusalén, en caballos, signos de poder y de fuerza. Él entraba con otra fuerza distinta, y es la que quiere que tengamos también nosotros, miembros vivos de la Iglesia, cuerpo de Cristo que tiene la misión de entrar también en este mundo, lleno de heridas, de rupturas, de enfrentamientos. En todos los continentes hay enfrentamientos, hay guerras queridos hermanos. Dios es necesario. Dios no es una anécdota. El Dios cristiano que nosotros predicamos y en el que creemos no es un Dios de muerte: es un Dios de vida, es un Dios de reconciliación, es un Dios que no utiliza la fuerza para hacerse presente entre los hombres. Utiliza el amor, la entrega de sí mismo, y es la que quiere que utilicemos nosotros, los discípulos del Señor. El Señor hoy nos abre el oído. El Señor nos ha dicho en la carta a los Filipenses que hemos escuchado que se despoja de su rango. Sí: siendo Dios, teniendo el poder y la gloria, habiendo hecho todo lo que existe, se hace hombre, está con nosotros, es un Dios con nosotros que hace el camino de esta vida. Y en esta vida se encuentra con que los hombres, lo padece Él mismo, utilizan la fuerza de su poder para liquidar la vida. Y Él, sin embargo, nos invita a hacer lo que Él hizo: dar la vida para que los hombres, todos, tengan esa vida.

Es un Dios que entra en el mundo. Es la Iglesia de Jesús, de la que nosotros somos parte, que tiene que entrar en el mundo. Y que tiene que entrar en el mundo como nos dice el Señor: vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo; no se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. Y que alumbre vida, y que alumbre reconciliación, y que alumbre paz.

Queridos hermanos: lo veíamos en el Evangelio que hemos proclamado antes de la procesión. Las gentes salían al encuentro de Jesús, porque todo ser humano necesita a alguien que no le dé muerte, que le dé vida, que le impulse a vivir, que le impulse a entregar lo mejor de sí mismo. Nosotros, discípulos de Cristo, tenemos la vida del Señor por el bautismo. Tenemos esta vida. Nos invita, queridos hermanos, a hacer su camino. Qué bien describe el Señor este camino en la Pasión que acabamos de escuchar. Qué bien lo describe el Señor. Él pasa por los poderes

de este mundo. Ve y nos hace ver cómo se sitúan los poderes de este mundo; incluso cómo se sitúan los discípulos de Él, que han estado viéndole a Él. No abandonan. Es fácil entrar en la dinámica de este mundo, que es la dinámica de la fuerza, la dinámica de la guerra, la dinámica del enfrentamiento, la dinámica de ver siempre en el otro al enemigo y no ver al hermano.

Hermanos: Jesús entra en Jerusalén, y quiere entrar en todas las ciudades de este mundo. También quiere entrar en nuestro propio corazón, porque es Aquél que nos puede hacer salir de la esclavitud y hacernos partícipes de una vida más humana, con el verdadero humanismo que Él nos entrega, y más solidaria. Ante Él, nosotros hoy podemos preguntarnos, en el inicio de esta Semana Santa, en este día de ramos: ¿por qué caminos nos quiere conducir el Señor? ¿Qué espera de nosotros el Señor, queridos hermanos? ¿Qué espera de nosotros en este siglo XXI que hemos empezado? ¿Qué espera? ¿Espera que sigamos matándonos? ¿Espera que esta nueva Jerusalén, de la que nosotros somos parte, entregue al mundo y manifieste lo que necesita este mundo?

Recordemos, como os decía hace un instante: el borrico era el animal de la gente sencilla. Jesús no llegó a Jerusalén a caballo, como los grandes del mundo; se fue incluso con un asno prestado. Jesús, el mesías, el Rey, nos invita a vivir libres de toda ambición de poder, nos invita a vivir libres de ser importantes. Porque ya lo somos: somos hijos de Dios, todos. Nos invita a no vivir del tener; a vivir de la sabiduría que Dios nos regala cuando entra en nuestro corazón.

El mensaje del Domingo de Ramos es claro: es un Dios que se manifiesta y rompe todos los esquemas de los hombres. No es el Dios de los poderosos: es el Dios de todos los hombres. Y se acerca a los más abatidos, a los más pobres. No es el Dios de la grandeza: es el Dios que viene a nosotros lleno de paz y de mansedumbre, y nos ofrece el camino de la vida y de la paz. Hermanos: demos la mano a este Dios.

En Jerusalén, la gente alborotada se preguntaba: pero, ¿quién es este? Quizá la gente que lo seguía aquel día se formuló la pregunta fundamental que todos nosotros tenemos que hacer: ¿quién es de verdad Jesús? ¿Qué es para mí Jesús, personalmente? ¿Cambia mi vida, o me deja igual? ¿Cambia mi existencia? ¿Cambia mi mirada a los demás hombres, a todos? ¿Veo hermanos o enemigos? ¿Cambia mi vista? ¿Cambia mi corazón? ¿Le hace más grande? ¿Entran todos los hombres? ¿Me lleva al diálogo con todos, o a la ruptura, a poner muros? ¿Me lleva a la

reconciliación o al enfrentamiento permanente? ¿Quién es para mí Jesús? ¿Qué ha hecho en nuestras vidas para traernos, como pasaba en Jerusalén, a todos alrededor de Él? ¿Qué ha hecho en nuestras vidas, queridos hermanos, para que todos los que estamos aquí estemos aquí? ¿Qué es lo que hace? ¿Qué quiere de nosotros?

Nos tendríamos que dejar siempre que esta pregunta sea la que en la vida se disuelva. ¿Qué ha hecho de nosotros? Hombres y mujeres nuevos, hombres y mujeres con la vida de Jesús, hombres y mujeres que estamos dispuestos a atravesar esta tierra, en los lugares donde estemos, y a encontrarnos con los demás, llevando la vida de Jesús.

Desde el fondo de nuestro corazón, yo quisiera que le dijésemos a Jesús esta mañana, todos nosotros: tú, Señor, viniste a nosotros en la humildad y en la mansedumbre; quizá todo lo contrario a lo que nos suele gustar a nosotros, que a veces cuidamos la imagen para aparentar más de lo que somos, para ser reconocidos y ser importantes. Bendito tú que vienes con tu paz; bendito tú que cuando entras en el corazón del ser humano le cambias, le haces pasear por este mundo de una forma distinta, le haces buscar por todos los medios el encuentro con los demás, y hacerles ver a los demás que son mis hermanos, que no estamos en este mundo para destruirnos, que estamos en este mundo para vivir y hacer de él una gran familia. Hosanna el Señor. Qué grito daban aquellas gentes de Jerusalén. Es el grito que da esta humanidad: quieren a Jesús, desean tener a Jesús aunque a veces ni lo conozcan; tienen ganas de tener ese Mesías, que les saque del atolladero y del enfrentamiento.

Que hoy podamos abrir las puertas de nuestro corazón a nuestro Señor, queridos hermanos. El Jesús que entró en Jerusalén viene a este altar. El Jesús que entró en Jerusalén hizo un pueblo, la nueva Jerusalén. Vosotros sois de ese pueblo, somos de ese pueblo, y tenemos la misión de hacer en este mundo lo mismo que Jesús: llevar la vida de Jesús. Acojamos al Señor. Llevémosle a Él. Celebremos esta fiesta, porque el Señor nos invita a una tarea: nada más y nada menos que entrar como Él en esta tierra para llevar su amor. Acoged a Cristo, hermanos. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO
EN LA MISA CRISMAL
EN LA CATEDRAL DE LA ALMUDENA

(11-04-2017)

Querido señor cardenal don Antonio María Rouco, señor nuncio de Su Santidad en España, obispo emérito de Ciudad Real don Antonio Algora, obispo auxiliar de Madrid don Juan Antonio, vicario general y vicarios episcopales. Señor deán y excelentísimo cabildo catedral. Queridos hermanos sacerdotes, diáconos, seminaristas. Queridos miembros de la vida consagrada. Hermanos y hermanas que os hacéis presentes hoy en esta Misa Crismal.

La Misa Crismal que el obispo celebra con su presbiterio, dentro del cual se consagra el Santo Crisma y bendice los demás óleos, es como una manifestación de comunión de los presbíteros con el propio obispo (OGMR, 203).

Las palabras que hemos escuchado en el Evangelio proclamado, ponen de relieve lo que vamos a celebrar. Con el Santo Crisma consagrado se ungen los recién bautizados, se sellan los confirmados, se ungen las manos de los presbíteros, la cabeza de los obispos, y las Iglesias y altares en su dedicación. El Señor, como

habéis escuchado, en la sinagoga de Nazaret donde se había criado, leyó la lectura del profeta Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido: me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor... ". Y termina el Señor diciendo: "Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír" (cfr. Lc 4, 18-19. 21).

Me vais a permitir, queridos hermanos, que hoy me dirija especialmente a los sacerdotes en esta Misa Crismal. Queridos hermanos sacerdotes: hemos sido ungidos. Y, como nos decía el libro del Apocalipsis: "de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el príncipe de los reyes, el primogénito de entre los muertos, el que nos ama, el que nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, el que nos ha hecho reino de sacerdotes para Dios Padre, el que nos ha puesto en frente de su pueblo, a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos" (cfr. Ap 1, 5-8). Esa gloria la damos ungidos; abrimos la puerta del corazón a la persona que nos ama y la cerramos a todo aquello que amenace ese amor de Jesucristo que se tiene que manifestar a través de nosotros. Abierta la puerta a quien nos ama, se la abrimos a todos los hombres.

¿Qué significa, queridos hermanos, que "ungidos" tenemos la puerta abierta a todos los hombres? ¿Qué significa que, por ello, somos ungidos a abrir la puerta del Señor y a todos los que ha dado la vida nuestro Señor? Significa abrirla a todos los que Él ama, tal y como nos decía el Evangelio que acabamos de escuchar: a los pobres, a los descarriados, a los pecadores, a toda persona, sea quien sea: es un hijo de Dios, que alomejor vive en la inconsciencia de la orfandad, pero hijo de Dios. Y significa también cerrársela a los ídolos como son el halago fácil, la gloria mundana, las concupiscencias, el poder, la riqueza, la crítica fácil y destructiva de personas, con la división que engendra y que no da a conocer los pensamientos de Dios, sino los nuestros. Pensamientos que dividen y amenazan la comunión y la unidad. Significa, también, que hemos de hacer un trasplante más para tener los pensamientos de Dios. Sí: un trasplante de mente. En la celebración de la Misa Crismal de años anteriores, os hablé de que "ungidos" significaba hacer un trasplante de ojos para mirar con los ojos de Jesús, y hacer también un trasplante de corazón para que nuestro corazón tenga las medidas del corazón del Señor, en el que tienen cabida todos los hombres. El corazón que tiene espacio para el Señor, siempre tiene espacio para los demás. Para todos los demás. Y nos hace tener una mirada compasiva, un corazón hospitalario, y los mismos pensamientos y la mente de Cristo. Como el padre misericordioso del Evangelio que, a diferencia de los dos

hijos -que uno se escapa, y el otro se cree que por haberse quedado el padre le debe dar más derechos de herencia-, tiene otra mirada, otro corazón y otros pensamientos. Hagamos trasplante de mente, para pensar y sentir como Cristo nuestro Señor.

Hermanos sacerdotes: abrid las puertas al Señor. No se las cerremos. Abrid las puertas de vuestro corazón y las puertas también de las iglesias. No tengáis miedo. Abridlas desde esa oración en el comienzo de cada jornada, que nos abre al Espíritu y nos llena de paz, alegría y capacidad para salir y acercarnos, y ser cercanos a todos los hombres. Salir a pastorear y a buscar a quien aún no está con nosotros. Complicaros la vida y complicarnos la vida nace de haber sido ungidos. De haber escuchado al Señor en la cena del Jueves Santo, como tan bellamente describe san Juan de Ávila: "Para que conozca el mundo cuánto yo amo a mi Padre, levantaos y vamos de aquí. ¿A dónde? A morir en la Cruz". El ministerio nos debe alejar de toda indiferencia, de cualquier comodidad o interés personal para, así, estar al servicio de nuestro pueblo. Somos enviados a servir, y a servir con coraje. Y para ello es necesaria la vida de comunión con Cristo, cultivada, vivida.

Confiemos siempre en que el Señor nunca defrauda. Siempre triunfa. Siempre nos da lo que necesitamos. Como nos decía el beato Pablo VI en el discurso de la segunda sesión del Concilio Vaticano II: "Debemos desear siempre una Iglesia del amor si queremos que tenga capacidad de renovarse profundamente, y de renovar el mundo, cosa que es ardua pero no difícil... El mundo ha de saber que la Iglesia lo mira con gran amor, que siente por él una admiración sincera y lo busca con buenas intenciones y con obras, no para dominarlo, sino para estar a su servicio; no para despreciarlo, sino para ennoblecerlo; no para condenarlo, sino para llevarle el consuelo y la salvación".

¿Qué quiero deciros al hablaros de que nuestro pensar tiene que ser el de Cristo y, por ello, al invitaros a hacer un trasplante de mente, de nuestros pensamientos, para tener los de Cristo? Con tres claves os lo manifiesto: 1) Sed imagen del Buen Pastor; 2) Vivid una entrega apasionada; 3) Estad siempre al servicio de los hombres, llenos de misericordia.

1. Sed imagen del Buen Pastor: atrevámonos a ser imagen del Buen Pastor, que tan bellamente se nos describe en el Evangelio. Para ello es necesario que seamos auténticos discípulos de Cristo. Que significa estar enamorados de Cristo,

ya que solamente un sacerdote así puede renovar la comunidad cristiana. El Buen Pastor es imagen del Padre que va en búsqueda de todos sus hijos. El Buen Pastor es un misionero con ardor, que vive en un anhelo constante de buscar a los alejados, y no se contenta con la simple administración. El Espíritu y la unción que hemos recibido nos convierte en personas generosas y creativas, queridos hermanos; felices en el anuncio y en el servicio misionero. Nos vuelve comprometidos con la realidad que, día a día, nos reclama, y nos hace capaces de encontrar significado a todo lo que nos toque hacer por la Iglesia, por el mundo, y por todos los hombres. Tenemos un don. Se nos ha regalado por gracia un don. No somos gestores. Quien vive el ministerio como gestor, cae fácilmente en el funcionalismo. Ser imagen del Buen Pastor nos lleva a vivir una espiritualidad centrada en la escucha de la Palabra de Dios y en la celebración diaria de la Eucaristía. La Eucaristía tiene que ser mi vida. Y, mi vida, una Eucaristía prolongada todo el día. Sabe de darse, no de retenerse; sabe de acercarse, no de separarse. La Eucaristía tiene que ser vivida. Asumir el mandamiento del amor como estilo de vida propio Jesús, con compasión entrañable ante el dolor humano, ante los pobres, con un espíritu de servicio hasta el don de la vida -tu vida, tu tiempo-, todo para ser misionero, de tal manera que la plenitud de la vida afectiva tenga su expresión en la caridad pastoral. Primera clave para trasplantar la vida: hacer trasplante de la mente y tener los pensamientos del Señor.

2. Vivamos una entrega apasionada: que me lleva a vivir con pasión el cuidado de aquellos que se me ha confiado. Donde el compromiso afectivo-existencial me lleva siempre a estar atento a sus necesidades, con dedicación esforzada y con una gran ternura que manifiesta la que tiene Dios mismo con cada uno de nosotros. El ardor y la pasión misionera son obra del Espíritu Santo y se manifiestan en el trabajo de cada día, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana. El origen de esta entrega ardorosa y apasionada tiene sus raíces en la conciencia, cada día más viva, de la pertenencia a Cristo, donde tiene también origen el ímpetu de comunicar a todos el don de este encuentro. De tal manera, hermanos, que la misión no se reduce a un programa o a un proyecto, sino que fundamentalmente es compartir la experiencia de este encuentro con Cristo, testimoniarlo, anunciarlo de persona a persona. Esta entrega apasionada es la que nos lleva a realizar esa "conversión pastoral" en la que tanto nos insiste el Papa Francisco, nos habla permanentemente, y que nos pide que pasemos de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera, donde la Iglesia se hace presente y se manifiesta como una madre que sale al encuentro de sus hijos, como casa acogedora y escuela perma-

nente de comunión misionera. Evangelicemos siempre con la dulce y confortadora alegría de hacerlo. No siendo evangelizadores tristes y desalentados ante las dificultades que podamos tener, impacientes o ansiosos. Hemos de evangelizar siendo la transparencia de la alegría de Cristo que hemos recibido y que nos lleva a vivir siempre en una entrega apasionada, olvidándonos de nosotros mismos y considerando siempre que los otros tienen que ser la meta que alcancemos para mostrarles la presencia viva de nuestro Señor Jesucristo. Trasplante-mos la mente y nuestros pensamientos.

3. Estemos siempre al servicio de los hombres, llenos de misericordia. En definitiva es estar configurados con el corazón del Buen Pastor, que es como vivir: 1) Cuidando, es decir, al servicio de la vida y, por ello, atentos a las necesidades de los que más necesitan, comprometidos en la defensa de los más débiles, y promoviendo la cultura del encuentro, del diálogo y de la solidaridad. No tenemos otra, es la que trajo Jesucristo, es la que encarnó Jesucristo, y hemos sido ungidos para hacer, y llevar, y mostrar, y revelar esta cultura. 2) Al servicio de los hombres, con misericordia, experimentada por cada uno de nosotros en la celebración del sacramento de la penitencia, y disponibles siempre para celebrar el sacramento de la reconciliación, que en definitiva es volverse cercanos. Que no es lo mismo que procurar éxitos pastorales, sino fidelidad en la imitación al Maestro, cercano, accesible, disponible, desbordado, con la conciencia de pecador y necesitado de abrirse a la misericordia de Dios para también poder mostrarla y regalarla, no con palabras, sino con la propia vida también, y haciendo que la fuerza del Espíritu Santo se manifieste más entre los hombres.

Queridos hermanos sacerdotes: el Señor hoy nos invita a hacer un trasplante de mente, de pensamientos, imitando y siendo imagen del Buen Pastor, viviendo una entrega apasionada, y poniéndonos al servicio de todos los hombres llenos de misericordia. Con palabras de san Juan Ávila, termino invitándonos a dejar que el Señor nos dé siempre su ver, su sentir y su pensar. Decía así san Juan de Ávila: "Señor, encumbraste tu amor, que no tiene tasa, y ordenaste por modo admirable cómo, aunque te fueses al cielo, estuvieses con nosotros; y esto fue dando poder a los sacerdotes para que con las palabras de la consagración te llamen, y vengas tú mismo en persona a las manos de ellos, estés realmente presente, para que así seamos participantes en los bienes que con tu Pasión nos ganaste, Señor; y así le tengamos en nuestra memoria, con entrañable agrade-ci-

miento y consolación, amando y obedeciendo a quien tal hazaña hizo, que fue dar por nosotros su vida".

Te recibimos ahora, Señor. Haznos sacerdotes a imagen del Buen Pastor, con entrega apasionada, vivida esta pasión desde un encuentro efectivo contigo, al servicio de todos los hombres, sin distinción. Nuestra vida no se mueve por ideas: se mueve por tu persona, que quiere llegar a todos los hombres. Que lo hagamos llenos de misericordia. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DE LA CENA DEL SEÑOR

(13-04-2017)

Ilustrísimo señor deán, excelentísimo cabildo catedral, queridos hermanos sacerdotes, hermanos y hermanas de la vida consagrada, queridos hermanos todos:

Un año más, en este Jueves Santo, el Señor nos reúne para decirnos que el culmen de la vida cristiana es la Eucaristía. La institución de la Eucaristía es el regalo más grande que el Señor ha podido hacernos, porque al fin y al cabo es el regalo de su permanencia entre nosotros para siempre. Es el regalo de la prolongación del misterio de la Encarnación. Dios, presente entre los hombres. El mismo Señor que nació en Belén y muere en la Cruz, el mismo Señor que tantas cosas en su vida nos enseñó mientras estuvo con nosotros, ha querido permanecer con los discípulos de Cristo en el misterio de la Eucaristía, para que la Eucaristía fuese nuestro alimento y fuese también el plano desde el cual cada uno de nosotros nos movemos.

El Jueves Santo es un día en el que, también, la Iglesia nos pide que celebremos la institución del ministerio sacerdotal. Hombres escogidos por el Señor para que le hagan presente a través de su vida; para que sigan prestándole la voz y

puedan seguir diciendo: "Tomad y comed, este es mi Cuerpo; tomad y bebed, esta es mi Sangre". Hombres que puedan seguir diciendo: "Yo te absuelvo de todos tus pecados", que entreguen el perdón. Hombres que sigan expresando a través de su vida el misterio de nuestro Señor Jesucristo que, en vasos de barro, se hace presente en medio de los hombres, porque la fuerza no está en esos vasos que el Señor elige de entre los hombres, y de barro son, sino en la fuerza y en la gracia que el Señor pone en nuestra vida.

Y, como consecuencia de esta participación en la Eucaristía, en la mesa del Señor, y también de esa prolongación de su persona a través del ministerio sacerdotal, la vida de la fraternidad, la vida de la caridad en la vida de la Iglesia; la revolución de la ternura, queridos hermanos y hermanas, que es la única que puede cambiar este mundo y esta tierra.

Si os habéis dado cuenta, en esta tarde del Jueves Santo el amor de Jesús traspasa el espacio y el tiempo y llega hasta nosotros. Como os decía, nos regala su permanencia en la Eucaristía, nos regala el ministerio sacerdotal para que sigamos celebrando en todas las partes de la tierra esta cena del Señor, y nos convoca a la revolución de la ternura a través de ir creando la fraternidad, la vida de caridad, la preocupación de los unos por los otros. Que se restaure en este mundo la gran familia de los hijos de Dios.

Como habéis escuchado en la primera lectura, hermanos, este es un día memorable para vosotros. Es memorable para todos los cristianos: comemos el cordero, nos alimentamos de Cristo, nos reunimos en torno a la mesa como el Señor reunió a los primeros discípulos. Y esta reunión nos hace sentir que somos hermanos, tomamos la sangre de nuestro Señor que marca nuestra existencia con la entrega, con el servicio a los demás, con la consideración del otro como más importante que nosotros mismos... No necesitamos poner sangre en las jambas de nuestras casas. En nuestra vida, como discípulos de Cristo y por el bautismo, está inscrita la vida del Señor: su Muerte y su Resurrección.

Hoy también pasa el Señor, y nadie nos tocará, y nadie hará cambiar nuestra dirección, sino que tendremos esta que nos ha puesto el Señor en este día memorable, regalándonos el misterio de la Eucaristía. Cristo ha querido permanecer entre nosotros en el misterio de la Eucaristía. Instituyó la Eucaristía y el ministerio sacerdotal. Es el regalo más grande.

Permitidme queridos hermanos un recuerdo muy especial para mí. Cuando he llegado a Madrid, una persona de mi tierra y de mi pueblo me regalaba el recordatorio de mi Primera Comunión. Que ponía, entre otras cosas: "El día más feliz de mi vida". Era un día del Corpus. Quién me iba a decir a mí entonces, cuando tenía seis años, que en verdad ha sido la felicidad vivir en esa comunión con Cristo, alimentado de Cristo, y también en la medida en que he dejado que ese alimento saliese de mí para los demás, ha sido felicidad para quienes conmigo y a través de mi ministerio, podéis sentir y percibir la acción eficaz de un Dios que no quiere separarse de los hombres. Podemos contemplarlo. Podemos alimentarnos de Él, queridos hermanos. "Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros", nos decía hace un momento el apóstol Pablo. "Este es el cáliz de la nueva alianza, sellada con mi sangre. Haced esto en conmemoración mía". Pero, queridos hermanos, hoy la Eucaristía y el ministerio sacerdotal nos invita y nos provoca un cambio existencial y social y de relaciones entre nosotros; limpia nuestra vida de egoísmos, limpia nuestra vida de centrarnos en nosotros mismos para convertirnos en servidores de todos los hombres y viendo en todos los hombres la imagen misma de Dios.

Os quiero explicar este cambio. Lo habéis escuchado en el Evangelio. Esto sucede aquí, entre nosotros, en este momento: estaban cenando, como nosotros; el evangelista quiere que se nos grabe bien esta escena del lavatorio de los pies y amontona seis verbos: levantarse, quitarse la ropa, ceñirse una toalla, echar agua, lavar los pies y secárselos. El evangelista describe la escena plano a plano, como si fuera una película, como si quisiera suscitar en esta comunidad cristiana, en nosotros, una actitud de lo que tiene que ser toda nuestra vida.

Sabéis todos, hermanos, que lavar los pies en la cultura de Jesús era un trabajo de esclavos. Jesús, lavando los pies, realiza un gesto escandaloso. Lo que hace Jesús lo hacían los esclavos. Por eso, con este gesto, Jesús provoca el desconcierto en sus discípulos, como lo provoca en nosotros queridos hermanos si le metemos de verdad en nuestra vida. Que el que preside la mesa, el Señor, el maestro, el Mesías, se ponga a lavar los pies, es incomprensible para los discípulos... ¡Si eso lo hacen los esclavos!

Quedaos, por un momento, contemplando esta escena. Podemos imaginarnos que estamos también nosotros dentro de aquel círculo de los discípulos, que nos encontramos frente a frente con Jesús lavando los pies. Haced esta composición de lugar, como diría san Ignacio de Loyola. Él toca lo sucio que hay en el ser humano, y en nosotros. Si lava los pies es porque era lo más sucio que había;

entonces los caminos no estaban asfaltados; solo los que tenían una posición llevaban sandalias; los demás iban descalzos, y se ensuciaban los pies... Y el Señor toma esto para decirnos que él toca lo sucio que hay en el ser humano.

Por otra parte, hermanos, sabéis que los pies nos hacen estar, sostienen toda nuestra vida. Y Él quiere limpiar lo que sostiene nuestra vida, y quiere decirnos que lo que sostiene nuestra vida es Dios mismo. Que sin Dios estamos perdidos: hay suciedad, hay mancha.

Queridos hermanos: Él propone una revolución del amor y de la ternura. Jesús no es un iluso que siembra falsas ilusiones, no es un vendedor de humo. Él propone una revolución que se hace con amor y con ternura, rompe todos los esquemas. Pedro, por ejemplo, no lo entiende, lo habéis escuchado: ¿Pero tú lavar-me los pies a mí? Tú no me lavarás los pies jamás. No admite Pedro la igualdad. Encarna un modo de pensar de la cultura dominante. Cree en la desigualdad, la legítima; por eso no acepta a Jesús, no acepta que se abaje. Pero es Jesús. Mirad lo que nos dice: si no te lavo los pies, no tienes parte conmigo. Y nos lo dice esta tarde a nosotros, queridos hermanos: si no nos dejamos lavar lo sucio de nuestra vida, para que sea Dios el que sostenga nuestra vida, no tenemos parte con Él.

¿No veis que esta es la verdadera revolución? ¡Cuánto me gustaría a mi que toda la gente hoy escuchase esto! Que no es mío: es del Señor. Déjate lavar, déjate limpiar lo sucio. ¿Te resiste tú también, como Pedro? ¿No eres capaz de acoger el amor que Dios te quiere entregar? ¿Qué es lo que acoges en tu vida y en tu corazón? ¿Cómo deseas limpiar este mundo si no te dejas limpiar a ti? ¿Cómo deseas que este mundo sea diferente, distinto, cambie, haya paz, las relaciones entre los hombres sean siempre positivas, nos veamos como hermanos, luchemos unos por los otros para salir adelante siempre? ¿Cómo lo queremos hacer esto si no nos dejamos lavar los pies, si no quitamos la suciedad, los egoísmos, las impurezas, el interés por nosotros mismos, todo lo que nos mancha y no nos sostiene como hermanos frente a los otros?.

Pedro, hermanos, nos representa a todos. No se deja amar. Necesitamos que Jesús toque nuestros pies. Los pies significa, como os decía antes, la base de la persona, lo fundamental.

En este Jueves Santo del año 2017, ¿nos dejaremos tocar y limpiar los pies, limpiar nuestra vida, los discípulos de Cristo? ¿Podrá llegar esta voz a todos los que

somos parte de la Iglesia que camina en Madrid para que todos hagamos un esfuerzo, hermanos? ¡Si nos lava Él!. Simplemente tenemos que dejar que nos lave, que nos limpie. Lo hace Él todo.

Por eso, el Señor termina de una forma maravillosa el Evangelio que acabamos de proclamar. Dice estas palabras: ¿habéis comprendido lo que he hecho con vosotros? ¿Habéis entendido, queridos hermanos, que Él quiere lavarnos? ¿Nos dejamos lavar los pies? ¿Nos dejamos limpiar la vida por Cristo?. Y añade el Señor: lo que he hecho con vosotros, si yo que soy el Señor y el Maestro os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros.

Hermanos: ¿es que no es esta la revolución del amor y de la ternura? ¿Es que esto, si lo comenzamos a hacer entre nosotros, aquí en Madrid, aquí, entre nosotros, no cambia todo? No hacen falta muchas explicaciones. Lo único que el Señor nos pide es que nos dejemos amar por Él, que nos amemos de verdad entre nosotros; si tenemos el amor de Él, Jesús nos lava los pies para decirnos que amar de verdad es volver la dignidad a todo ser humano; y al ser humano se le devuelve la dignidad cuando unos a otros somos capaces de lavarnos los pies, de ayudarnos a limpiar. No a echar en cara. Eso es fácil.

Queridos hermanos: qué fácil es ser espectadores. Qué fácil es, como cuando vemos una tienda, un escaparate: qué feo, qué bonito. Eso no nos dice el Señor que hagamos. Ni miramos escaparates, ni estamos dentro ni fuera. Cambiamos el mundo con la gracia que nos da nuestro Señor: lavándonos los pies los unos a los otros.

A lo largo de la historia, en la Iglesia ha habido siempre personas que han estado dedicadas al cuidado de los enfermos, de los ancianos, de los niños y de las mujeres en riesgo, de los pobres del mundo entero... Y Madrid es una expresión donde ha habido santos, hermanos. Aquí, en la catedral, tenemos altares dedicados a personas que han inaugurado una forma de estar presentes, lavando los pies en este mundo, dedicándose a los que más lo necesitaban. Por eso, es normal que hoy sea el día del amor fraterno. Un amor que es inclusivo, que se extiende a todos los seres humanos, comenzando por los que están más cerca, y por los necesitados.

Nuestro mundo está sediento de Dios, queridos hermanos. Nuestro mundo necesita sacerdotes que reúnan al pueblo en la fe del Señor, que les hagan entender qué significa que Jesús entra en nuestra vida, que nos dispone a lavar los pies los unos a los otros. Pero necesita testigos, hombres y mujeres como vosotros, de la

trascendencia, de la esperanza, de la vida real de Cristo en medio de la historia. Esta tarde, todos nosotros le queremos decir al Señor: Señor, compartimos contigo la cena en la que nos revelaste el amor, queremos dejarte entrar dentro de nosotros, queremos alimentarnos de ti. Que podamos comprender que eres el amigo que permanece siempre a nuestro lado, que nos da la alegría verdadera, y que nos hace que regalemos la alegría a los demás, porque nos arrodillamos ante todo el que nos encontremos por el camino para limpiarle. No para echarle en cara nada: para llevarle a Jesús, para que le limpie Jesús.

Y, queridos hermanos, nadie lleva a nadie imponiendo. Nadie lleva a nadie y no le presta su corazón, su vida, sus manos, sus pies. Vamos a ayudarnos a hacerlo. Esto es de verdad el Jueves Santo. Cuando durante estas horas, después de la celebración, adoremos a nuestro Señor Jesucristo, que seamos capaces todos nosotros de decirle al Señor: Señor, lávame, límpiame, y enséñame a limpiar, enséñame a arrodillarme ante todo ser humano. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN Y MUERTE DEL SEÑOR

(14-04-2017)

Ilustrísimo señor deán. Cabildo catedral. Queridos hermanos sacerdotes, queridos seminaristas. Miembros de la vida consagrada. Queridos hermanos y hermanas.

Inclinando la cabeza entregó el Espíritu. Así muere Jesús en la Cruz. Ahí es precisamente donde descubrimos el gran amor de Dios al mundo y a los hombres, que se hace solidario del sufrimiento de todos los seres humanos. Jesús muere hoy en la Cruz. Fijamos nuestra mirada a Cristo crucificado. Permanezcamos unos momentos contemplando al Señor.

Queridos hermanos. Dios nos hizo a su imagen. Nos regaló la vocación al amor, que cada uno tenía que asumir de forma concreta en la vida cotidiana a través de las opciones determinadas que tomase. Es verdad que el pecado de los hombres rompió y extravió esta vocación, pero Dios en su amor a los hombres quiso volver a conquistar su vida para siempre. Conquistarles para que volviesen a esta voca-

ción al amor que cada uno asume de una manera concreta en la vida cotidiana, a través de opciones que articulan un estado de vida, sea el matrimonio, el ministerio sacerdotal, la vida consagrada... Un estado de vida que va adquiriendo una modalidad de compromiso social, un estilo de vida, una forma de gestionar el tiempo... Pero lo que sí es verdad que el Señor ha alcanzado para nosotros la facultad de alegrarnos, de tener la alegría que viene de Dios; la facultad de descubrirnos que hay que darse sin reservas. Y a partir de esa darse como Cristo se nos da en la cruz por amor a nosotros, partir para nuevas conquistas siempre, que son las conquistas que Jesús ha conseguido para nosotros: la de la verdadera libertad y de la vocación al amor, la que hoy nos quiere presentar precisamente cuando lo contemplamos en la Cruz.

Hermanos: la muerte de Jesús es uno de los hechos más dramáticos de la historia de la humanidad. Jesús, que había venido a anunciar el amor y la paz para todos, a darnos la vida en abundancia, es arrojado a un pozo de odio y de rechazo, es condenado a morir en la cruz por ser fiel a la misión hasta el final, y a hacernos descubrir a nosotros la verdadera misión que es amar hasta dar la vida. Apparentemente su vida puede parecer un horrible fracaso, el odio parece haber vencido sobre el amor. Pero no, queridos hermanos.

Recordad por un instante, contemplando la Cruz, esas palabras que después de entregarnos a su madre en aquel discípulo a quien tanto quería, Juan, nos dice también, y lanza un grito: "tengo sed". La sed de Jesús es uno de los mayores tormentos de la Cruz, es una sed asfixiante, es la sed de conquistar la vida para los hombres, es la sed de entregarles la libertad a los hombres, es la sed de sacarles de todos los atolladeros en los que nos metemos los hombres cuando vivimos en el odio, en la venganza, en el desinterés por el otro... Cuando parece que la muerte es lo que asumimos como manera de estar y de vivir en el mundo, cuando Él quiere regalarnos otra cosa, la sed de Jesús no solamente es sed de agua, hermanos: es sed de justicia, de paz, de libertad, de amor. Jesús tiene sed de vida. Sed de vida para este mundo, sed de vida para todos nosotros, sed de vida para el ser humano y para cuando la familia humana pierde las propias raíces y va a la deriva, cuando pierde que la vocación a la que ha sido llamado todo ser humano es el amor.

Mirad: ante aquel grito, a Jesús le presentan vinagre, una esponja llena de vinagre, empapada en vinagre. Era la medida de los condenados. Jesús tiene sed y recibe vinagre. Que es símbolo del odio, es símbolo de la agresividad. Y al tomar el vinagre, acepta la muerte causada por el odio. Pero la acepta expresando su amor

hasta el extremo, porque sabe el Señor que es esta fuerza del amor, de su amor, lo que cambia el mundo, cambia la dirección de los hombres, cambia el corazón del ser humano.

Por eso, queridos hermanos, he querido -en este Viernes Santo del año 2017- haceros tres preguntas, que son las que aparecen en el relato de la pasión.

La primera: ¿A quién buscáis? Aquel grupo de gente que iba a buscar a Jesús, es el Señor el que les dice: ¿A quién buscáis?. Queridos hermanos: entrad en vuestro corazón. ¿A quién buscáis? Buscamos el éxito, buscamos el predominio sobre los demás. ¿A quién buscan los hombres? ¿Qué es lo que buscan?. Fijaos que la respuesta de Jesús ante aquella pregunta -¿a quién buscáis?- todos responden a una: a Jesús. Y Jesús responde: yo soy. El amor, la felicidad, lo que todo ser humano necesita para vivir y para hacer vivir a los demás, es Jesús. Yo soy. No lo olvidéis, queridos hermanos. ¿A quién buscáis? Jesús, en la Cruz, nos dice hoy: Yo soy. Yo soy el amor, yo soy la vida, yo soy la paz, yo soy la justicia. Porque cuando estoy yo delante de vosotros, la justicia va más allá de lo que vamos los hombres. Qué bien lo entiende la gente sencilla, queridos hermanos. Qué bien lo entienden.

Ayer, cuando yo predicaba a los presos en la cárcel, les regalaba una imagen de Jesús: Jesús abrazando a un hombre, y al lado está él mismo pero escondido, detrás de la puerta. Es de un pintor alemán. ¿A quién buscáis? ¿A quien nos hace escondernos, o a quien nos abraza para que abracemos a los demás? ¿Qué busca esta humanidad, queridos hermanos? ¿Qué buscamos entre nosotros? ¿A alguien que nos hace escondernos, y nos hace tener a otros como enemigos? ¿O a alguien que nos abraza y nos pide que abracemos a los demás?

En segundo lugar, el Señor también nos hace otra pregunta. Es la que hizo a Pedro. Nos la hace a nosotros: "¿Eres de los discípulos de ese hombre?". Pedro respondió rápidamente: "No lo soy, no lo conozco". ¿Qué decimos nosotros, queridos hermanos? ¿Qué afirmamos nosotros? ¿Conocemos a Jesús cada día más? ¿Escuchamos su palabra cada día más? ¿Acogemos en nuestro corazón su palabra cada día más? ¿Cada día descubro más y mejor que mi hermano es el que yo me encuentro por ahí y que, además, yo tengo que estar con quien más lo necesita, con quien más tirado está? ¿Eres de los discípulos de ese hombre?

Tercera pregunta. Nos la hace el Señor a nosotros también. Es la pregunta que le hicieron a Jesús, que le hizo Pilato: ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús

contestó claramente: "Sí. Pero mi reino no es como el tuyo, no es de este mundo; mi reino se hace con otras fuerzas". ¿Creemos de verdad, queridos hermanos, en este momento de la historia que vive la humanidad, donde el Papa nos ha dicho antes de ayer otra vez que hay una guerra mundial por partes, que los hombres estamos enfrentados, que nos rompemos, que nos matamos, que nos dividimos, que nos estropeamos...? ¿Es que no es necesario preguntarnos, también, dónde está el reino? Los poderes de este mundo, ¿qué hacen? ¿Qué hace el rey, que es Jesús? Mi reino se manifiesta en este mundo. Pero se manifiesta de otra manera. Se manifiesta amando, dando la mano, queriendo, buscando salidas, creando puentes, no poniendo muros, no dividiendo, no matando... Hermanos, qué bueno es decirle hoy al Señor ante la cruz, hoy también, Señor: ¿Tú eres mi rey? ¿Implanto yo en este mundo este reino?

La cuarta pregunta, queridos hermanos, es un regalo. El Señor nos hace un regalo a nosotros. Lo habéis visto, también. El último regalo que nos hace no fue solamente su vida, sino a su Madre, para que nos acompañe, para que nos diga por dónde tenemos que caminar. Por eso, al discípulo a quien tanto quería, le dice "Ahí tienes a tu madre". Y a María le dice: "Ahí tienes a tu hijo". Esto es lo que dice el Señor hoy para nosotros: tenemos madre, no somos huérfanos queridos hermanos. Una madre que nos cuida, que nos acompaña, que nos dice como dijo en el primer momento de la vida pública de Jesús: "Haced lo que Él los diga". Una madre que nos dice a nosotros también: "Proclama mi alma la grandeza del Señor", que es la grandeza del hombre. Una madre que nos acompaña en los caminos difíciles de nuestra vida, como acompañó a Jesús a través de todo el camino de la crucifixión. Una madre que no nos abandona. Una madre que nos regala siempre a Jesús. Agradecemos al Señor este regalo.

Y, en quinto lugar, el Señor sigue dándonos este grito que hemos escuchado hace un instante: "Tengo sed". Tengo sed. Queridos hermanos: Jesús está siendo crucificado en los millones de hombres que sufren y mueren en la tierra, Jesús continúa crucificado en los que padecen hambre, injusticia, en los perseguidos, Jesús es crucificado en las víctimas de los conflictos armados de los diversos terrorismos que existen en el mundo, en los refugiados que se ven obligados a huir de sus países, como estamos viendo en esa ensangrentado Siria, o en todo tipo de violencia que causa profundos sufrimientos en poblaciones enteras. Sí. Tengo sed. Pongámonos al pie de la Cruz, queridos hermanos: pongámonos al pie de la cruz todos nosotros y toda nuestra vida. Y sintamos que el Señor, cuando dentro de un momento vayamos a adorar y a besar la Cruz, nos sigue diciendo: ¿Me buscas a mí? ¿Eres capaz

de decir que eres discípulo mío y no te avergüenzas de ello? ¿Crees, de verdad, que yo soy el Rey? ¿Y que mi reino se construye con otras fuerzas diferentes a las que las construyen los hombres? ¿Logras tener sed de dar amor a los hombres? Que al final le podamos decir a Jesús: Señor, quisiera entregarte toda mi vida, y seguirte siempre. Señor, nos has amado. Tú eres el rostro de la bondad y de la misericordia. Tú eres el rostro de ese amor que necesitamos los hombres y toda la humanidad para cambiar este mundo. Pero hay algo singular, y es que el Señor ha elegido a su pueblo para que meta en esta humanidad eso que os decía al principio: la vocación al amor, con las medidas que se nos regalan en Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Que Santa María nos acompañe en esta vocación. Siempre. Que ruegue por nosotros la Santa Madre de Dios y Madre nuestra. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN EL DOMINGO DE RESURRECCIÓN

(16-04-2017)

Ilustrísimo señor deán. Excelentísimo cabildo catedral. Queridos hermanos sacerdotes. Queridos seminaristas. Excelentísimo señor arzobispo de México que nos visita hoy: muchas gracias por su presencia en esta celebración. Hermanos y hermanas todos: Feliz Pascua.

Cristo ha resucitado. Verdaderamente ha resucitado. Está entre nosotros, aquí, ahora, en la catedral de la Almudena. La Resurrección es la alegría que llena de asombro a todos los hombres. Es una alegría que viene de dentro. No es un maquillaje. Es una realidad absolutamente nueva la que tenemos y vivimos y la que nos ha entregado nuestro Señor Jesucristo que, como habéis escuchado en la palabra de Dios que en este domingo de Resurrección hemos proclamado, fundamentalmente nos dice: No a la muerte, Sí a la vida que trae Cristo. Hagamos las obras de Cristo. Hemos sido elegidos como miembros vivos de la Iglesia, como testigos también de la novedad que trae Jesucristo para todos los hombres. No a la muerte. No a tantas situaciones que viven los seres humanos en tantas partes del mundo:

guerras en diversos lugares de la tierra, enfrentamientos, divisiones, hambre, salidas de tantas familias de sus lugares de origen por necesidades económicas, o también por las necesidades de no querer situarse delante de quienes les van a matar. Salidas a otros lugares.

Queridos hermanos: Cristo hoy nos invita y nos llama a decir No a la muerte. Nos invita a decir Sí a la vida. Cristo hoy, como habéis escuchado en el Evangelio que hemos proclamado, nos habla de que Él ha retirado la losa del sepulcro, ha quitado la muerte, nos ha dado la vida; somos para la vida, somos dadores de vida. Hagamos posible los discípulos de Cristo, en todas las partes de la tierra, llegar esta noticia con nuestras obras. No solamente con palabras: con nuestras obras. Por eso, queridos hermanos, se hace verdad en nuestra vida lo que cantábamos hace un instante en el salmo 117: "Dad gracias al Señor". Es bueno. Ha sido bueno con nosotros. Nos ha revelado que Él es misericordioso, que nos tiene un amor absoluto, que nos ha puesto en primer lugar, pero nos pone para que mostremos su rostro, el rostro del Resucitado. Él es la piedra. Él es el fundamento de nuestra vida.

Es una alegría, como os decía hace un instante, que viene de dentro. No es maquillaje. Lo hacemos con obras. El corazón está inmerso en la fuente de ese gozo que es el mismo Jesucristo. Está inmerso en el corazón de María Magdalena. Está inmerso en el corazón de Pedro y Juan que van corriendo y entran al sepulcro y ven allí las vendas tiradas en el suelo, y el santo sudario envuelto; puesto allí, bien colocado, el sudario que había tapado la cabeza de nuestro Señor. ¡Qué experiencia! Quien experimenta esta realidad se convierte en testigo del Señor.

Queridos hermanos: sois testigos de un Dios que da vida. Que muestra la vida. De un Dios que ha sido capaz de dar su propia vida para que nosotros la tengamos. De un Dios que nos invita a hacer lo mismo: dar la vida para que la tengan los hombres.

En esta semana próxima de Pascua, os invito a que leáis los evangelios, los capítulos de los evangelios que nos hablan de la Resurrección. Unidos al resucitado, rezad junto a María, nuestra madre: Regina caeli, laetare, alleluia. Unid a María en vuestra vida de resucitados con Cristo. El anuncio del ángel resuena en la Iglesia, esparcida por todo el mundo. Aquel anuncio en el que nos decía el ángel: no temáis vosotros, ya sé que buscáis a Jesús Crucificado, no está, ha resucitado, venid a ver el sitio donde lo pusieron. Pedro y Juan fueron, y nos dice el Evangelio, como acabáis de escuchar: vieron y creyeron.

Queridos hermanos: esta es la culminación del Evangelio. Es la culminación de esta Buena Noticia por excelencia: Jesús, el crucificado, ha resucitado. Este acontecimiento es la base de nuestra fe y de nuestra esperanza.

Queridos hermanos: si Cristo no hubiera resucitado, el cristianismo perdería su alma, y nosotros seríamos los más absurdos de los hombres. Pero no: toda la misión de la Iglesia se basa en anunciar a este Cristo, este Dios que ha resucitado, que da la vida, que nos propone a nosotros entregar la vida a los hombres, que nos propone quitar toda oscuridad de este mundo, no con nuestra fuerza, sino con la fuerza del Resucitado. Desde aquí ha comenzado y se ha reemprendido algo absolutamente nuevo, y nosotros tenemos la misión de entregar esta novedad.

Os decía hace un instante: no es un maquillaje, queridos hermanos; es un estilo, una forma de vivir. Nuestra vida no es para poner muros, no es para matar a nadie, no es para romper puentes. Nuestra vida es para unir, para proclamar el año de gracia, para proclamar que Dios ha triunfado, que el que se hizo hombre ha resucitado, que el que murió en la cruz por amor ha resucitado y ha vencido a la muerte, y que con Él todos nosotros hemos resucitado.

Nos lo decía la primera lectura que hemos escuchado, del Libro de los Hechos: ¿Conocéis lo que sucedió a Jesús? Queridos hermanos: ¿Conocéis lo que sucedió a Jesús? Aquellos primeros dijeron Sí. ¿Vosotros, qué decís? ¿Sabéis, como nos decía la segunda lectura, que habéis resucitado con Cristo? ¿Que vuestra vida está a salvo, que nadie la puede estropear, que Cristo sostiene, que Cristo es el guía, que Cristo os lanza a anunciar esta Buena Noticia que es Él mismo? No son unas ideas, queridos hermanos. No anunciamos ideas, no anunciamos una ideología. Anunciamos a una persona: Cristo, que ha cambiado todo lo que existe, y que cuando entra en el corazón del ser humano lo cambia. Y el ser humano, cuando entra en su vida, deja las armas que matan y coge las armas que dan vida.

Haced las obras de Cristo. Como los apóstoles. Como María Magdalena: vio y creyó. El mensaje que los cristianos llevamos al mundo es este, queridos hermanos: Jesús, el amor encarnado, murió en la cruz por vuestros pecados, pero Dios Padre lo resucitó y lo ha constituido Señor de la vida y de la muerte. En Jesús, el amor ha vencido al odio, la misericordia ha vencido al pecado, el bien ha vencido al mal, la verdad ha vencido a la mentira, la vida ha vencido a la muerte. ¿Hay noticia más grande, queridos hermanos? ¿Hay alguien en este mundo que pueda

presentar esta noticia? ¿Hay alguien en esta tierra, en todas las latitudes de la tierra, que pueda presentar lo que nosotros, vosotros, queridos hermanos, unidos a aquellos primeros que salieron del solar de Palestina, sin más preparación que la vida de Cristo en sus vidas, a anunciar por el mundo lo que, gracias a ellos, nosotros conocemos? Cristo resucitado.

Por eso, también nosotros tenemos que decir a los hombres: "Venid y lo veréis". Venid y veréis. Mirad qué sucede cuando entra el Resucitado, cuando tenemos la vida de Cristo. ¿Qué sucede? Dejamos las armas del odio, del mal, de la mentira, de la indecencia, tiramos las armas del poder y cogemos las armas del servicio, del bien, de la entrega, de la verdad, de la vida, de la generosidad. . . Venid y veréis. En toda situación humana marcada por la fragilidad, el pecado o la muerte, la Buena Nueva no es solo una palabra: es el testimonio del amor gratuito y fiel, es un salir de sí mismo para ir al encuentro del otro. Estar al lado, queridos hermanos, de los heridos de este mundo, compartiendo la vida con quien carece de lo necesario, permaneciendo junto al enfermo, junto al anciano, junto al excluido. Venid y veréis. Esto fue lo que hizo creíbles a los primeros cristianos: el anuncio que hacían. Cristo ha resucitado.

Con esta gozosa esperanza, queridos hermanos, nos dirigimos hoy al Señor, y le decimos todos nosotros: ayúdanos a buscarte. Desde esta catedral, le pido al Señor para que todos los que formamos parte de esta Iglesia diocesana que camina aquí, en Madrid; para que todos los que formamos parte de la Iglesia en cualquier parte de la tierra donde estemos, Él nos ayude a buscarle, a amarle, a adorarlo, a derrotar todo lo que trae muerte a esta humanidad. Todo, queridos hermanos. El hambre, los conflictos armados, los derroches. Que nos haga disponibles para proteger a los que están más indefensos, que siempre curemos a los hermanos, que conforte a quienes han dejado su tierra para emigrar a otros lugares y buscar un futuro mejor. Que cesen las guerras para que puedan permanecer en sus orígenes, en los orígenes de su tierra y de su cultura. Que cesen los conflictos. Que los ánimos encaminen siempre a la reconciliación de los pueblos. La que nos trae nuestro Señor Jesucristo.

¿Conocéis lo que sucedió en Galilea, queridos hermanos?. Habéis resucitado con Cristo. Habéis muerto y vuestra vida está con Cristo, escondida en Dios. Haced las obras de Cristo. No pongáis losas: quitadlas. Abrid sepulcros: abríos a la vida. Abrid y haced posible que todos los hombres tengan la misma experiencia que nosotros esta mañana. Cristo ha resucitado. Feliz Pascua.

Queridos hermanos: acogemos al Resucitado que se hace presente una vez más entre nosotros en el misterio de la Eucaristía. Y, con su Santísima Madre, le decimos al Señor: Señor, queremos vivir lo que tú nos dices, lo que pidió tu Madre en el primer paso que diste para anunciar el Evangelio en este mundo. En las bodas de Caná, cuando Ella dijo a aquellas gentes que estaban en apuros: "Haced lo que Él os diga". El mundo está en apuros. Hagamos lo que Él nos dice. Recibámoslo así.

Feliz Pascua, hermanos. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA VIGILIA PASCUAL

(15-04-2017)

Ilustrísimo señor deán, cabildo catedral, hermanos sacerdotes, hermanos y hermanas de las comunidades neocatecumenales que termináis el Camino y que os incorporáis a esta Pascua, hermanos y hermanas que vais a ser bautizados y vais a recibir la vida de Cristo. Hermanos todos:

Feliz Pascua, Cristo ha resucitado, verdaderamente ha resucitado, está entre nosotros, aquí y ahora, en la catedral de la Almudena. La resurrección es la alegría que llena de asombro a todos los hombres. Es una alegría que viene de dentro, no es un maquillaje; el corazón está inmerso en la fuente de ese gozo que es el mismo Jesucristo. Inmerso en el corazón de aquellas dos mujeres que van al sepulcro y ven la piedra corrida y un ángel que está encima de ella. Y descubren, también, cómo Jesús se acerca a ellas y les dice: Alegraos, id a Galilea, anunciad que he resucitado.

El triunfo de Cristo es el triunfo del hombre y todos los hombres tienen que conocer este triunfo. Y a nosotros, miembros vivos de la Iglesia, el Señor nos hace

experimentar el gozo de este triunfo en esta noche santa, desde ese inicio donde hemos bendecido el fuego, donde hemos encendido el cirio pascual que representa a Cristo, del cual hemos tomado nosotros la luz; haciendo ver, para nosotros y para los demás, que tenemos la misma luz de Cristo.

Hemos escuchado la Palabra del Señor, donde se nos habla de la Creación, donde se nos ha hablado de la fe de Abraham, de la liberación de la esclavitud del pueblo de Israel, de que el Señor hará un pueblo grande, escogerá de todas las naciones. Lo hemos escuchado del apóstol Pablo hace unos instantes: somos ese pueblo, somos esa nación consagrada, somos la Iglesia de Cristo. Somos quienes experimentamos que nos tenemos que convertir en testigos del Señor, como nos decía el Evangelio que hemos proclamado. Se lo decía a María Magdalena y a la otra María: "Alegraos, no estéis tristes, habéis triunfado". Y eso es lo que nos dice el Señor. El triunfo hoy de la humanidad es el triunfo de Cristo, que nosotros celebramos; no es una noche cualquiera, es la noche santa por excelencia, donde se revela la acción de Dios en medio de nosotros, donde experimentamos que los capítulos de los Evangelios que nos hablan de la Resurrección resuenan a través de la Iglesia en todo el mundo. El Señor también nos dice hoy a nosotros: "No temáis, no temáis, estoy con vosotros, os he regalado mi vida, tenéis mi vida y mi triunfo. Enseñad a los hombres que buscan. Enseñadles y dadles mi vida. He resucitado". Esta es la culminación, queridos hermanos, de esa Buena Noticia por excelencia: Jesús el crucificado ha resucitado, el que ha dado la vida por los hombres, el que ha dado la vida por amor, quiere hacernos iguales a Él: que demos la vida por amor. Este acontecimiento de la Resurrección es la base de nuestra fe y de nuestra esperanza.

Si Cristo no hubiera necesitado, el cristianismo, nosotros perderíamos todo el valor, no significamos nada... ¿Una asociación que hacemos memoria de alguien que vivió y fue un gran hombre? No, toda la misión de la Iglesia se quedaría sin la fuerza que tiene, pues desde la Resurrección ha comenzado y reemprende siempre de nuevo el anuncio de Cristo Resucitado.

Es el de Jesús, es el amor encarnado, es la noticia de quien murió en la cruz por nuestros pecados pero Dios Padre lo ha resucitado y lo ha constituido Señor de la vida y de la muerte. En Jesús el amor ha vencido el odio, la misericordia ha roto y destruido el pecado, el bien, que es el mismo Cristo, ha vencido al mal; la verdad que es Cristo vence a la mentira; la vida que es el Señor vence a la muerte. "No temáis queridos hermanos", decían los primeros cristianos, tenéis la vida, nadie la puede quitar, os la ha dado Dios mismo, Cristo. Somos resucitados, por eso en esta

noche santo os invito a que digamos lo mismo que decían los apóstoles, lo mismo que dijo el Señor cuando los llamó y lo que siguen diciendo los apóstoles y lo que decimos nosotros: venid y veréis.

En toda situación humana marcada por la fragilidad, por el pecado, por la muerte, la Buena Noticia que es Cristo resucitado no es solo una palabra, es un testimonio del amor gratuito y fiel, es un salir de uno mismo para ir al encuentro del otro, es estar al lado de todos los heridos de la vida, es compartir con quien carece de lo necesario, es permanecer junto al enfermo, junto al anciano, junto al excluido... "Venid y veréis". Demos este testimonio, queridos hermanos. Esto manifiesta que creemos en la resurrección, que la tenemos en nuestra vida, que la hemos experimentado, que el amor es más fuerte, que el amor da vida, hace florecer la esperanza incluso en el desierto. Venid y veréis nuestro compromiso, esto es lo que en esta noche santa como arzobispo de Madrid, como pastor vuestro quiero entregar a toda nuestra diócesis, deciros que todos nos pongamos en esta disposición, venid y veréis.

Pero, queridos hermanos, esto adquiere un compromiso para nosotros, el que nos decía el apóstol Pablo en la carta a los romanos, hemos vuelto a la vida, tenemos la vida de Cristo, sí, tenemos el amor más fuerte, tenemos el amor que da vida, tenemos el amor que hace florecer la esperanza en toda la humanidad, entreguemos esta esperanza, no seamos tacaños. Si el Señor se ha desbordado de amor con nosotros, no vale tacañería. No vale para un cristiano maquillarnos de vez en cuando y hacer no sé que cosas, no vale. Cristo ha hecho posible que nazcamos de nuevo, por eso, con esa gozosa esperanza, nos dirigimos al Señor resucitado y le decimos: Señor, ayúdanos, que podamos amarte y adorarte; ayúdanos a derrotar todo lo que trae la muerte a esta humanidad con tu resurrección, manifiesta a través de nosotros que el hambre, los conflictos armados, los derroches pueden acabar si mostramos la resurrección, si cambiamos el corazón de los hombres y lo podemos hacer con tu fuerza., Señor. Venid y veréis,

Te pedimos que nos confortes, que nos confortes y confortemos a todos los que nos encontremos por el camino.

Hermanos, que sepamos decir a los hombres hoy que buscan más que nunca esta humanidad tiene hambre de Dios y lo busca, se cree que con las fuerzas nuestras se va a arreglar, lo estropeamos, las guerras, los conflictos, las destrucciones, las salidas de familias enteras de los países de origen, no solo por necesidades

sino para salvar sus vidas manifiestan la necesidad de la presencia de Dios y del Dios que ha resucitado y ha vencido a la muerte.

Es necesario que nosotros, con nuestra vida, podamos decir las mismas palabras de Jesús: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?". Porque cuando digamos esto, quienes estén a nuestro lado, vean de verdad que vivimos, que anunciamos la vida.

Sí, hermanos, venid y veréis,

Feliz Pascua. Santa Pascua a todos.

Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA APERTURA DEL AÑO SANTO LEBANIEGO

(23-04-2017)

Que la Cruz sea signo de esperanza para todos los hombres, revelando al mundo el amor invencible de Cristo. Desde este lugar donde la belleza que la propia naturaleza entrega, la aumentamos contemplando en este Año Santo el *Lignum Crucis*, y deseando dar la belleza verdadera que viene de Cristo: ¡Qué bien nos hace contemplar la Cruz! ¡Cuánto bien hacemos regalando la gracia de besar y adorar, este trozo de la Cruz del Señor! Cuando la besemos y adoremos, sed conscientes de que estáis dando un beso a todas las llagas de Jesús que se dan en esta humanidad y en el rostro de tantas personas y situaciones.

Querido D. Manuel, obispo de Santander, gracias por hacerme este regalo de poder estar aquí en estos momentos, en la tierra que nací y me dio lo mejor que tengo en mi vida que es la Vida de Cristo. Veinte años de mi vida subí todos los meses a este santuario mientras fui vicario general. Y en el último Año Santo siendo arzobispo de Oviedo y administrador apostólico de Santander en sede vacante, tuve la gracia de cerrar la Puerta Santa. Gracias de corazón.

La Palabra que el Señor hoy a través de la Iglesia acerca a nuestras vidas, es un marco de una belleza singular, para situar este Año Santo Lebaniego. Creo que el Señor nos invita a vivir esta gracia singular en tres perspectivas:

1. Entremos por la Puerta que es Jesús e invitemos a entrar a todos los hombres: No estemos con miedo, los discípulos primeros, tenían cerradas las puertas por miedo. Por eso, se nos dice en el Evangelio: "que estaban los discípulos con las puertas cerradas por miedo a los judíos y Jesús entró en medio de ellos" (Juan 20, 19). Se convierte Jesús para ellos en Puerta verdadera que quita y elimina los miedos. Cristo abrió puertas, se convirtió en la puerta verdadera por la que hemos de entrar todos los hombres. Hagamos creíble al Señor, con nuestra vida. Hagamos una Iglesia de puertas abiertas como nos está invitando a hacer el Papa Francisco. Con las iglesias abiertas, con el corazón abierto a todos los hombres, con obras y palabras. Miremos los escenarios del mundo en el que vivimos, los desafíos que tienen los hombres en todas las partes de la tierra. ¿Cómo estamos los hombres en esos escenarios y cómo afrontamos los desafíos? ¿Estamos con las armas que nos entrega Jesús para afrontar nuevas relaciones, nuevos caminos, para hacer posible que la familia humana sea verdadera familia, donde todos busquemos la fraternidad, salidas para todos, donde creemos puentes y no hagamos muros que nos separan y nos dividen? Hoy, aquí en Liébana, una vez más, Cristo nos dice que es la puerta verdadera y nos recuerda que nuestra tarea es esta: "id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos [...] enseñadles a observar todo lo que os he mandado" (Mt. 28, 19-20).

Invitados a entrar por la Puerta que es Cristo para hacer esa "salida misionera", a un mundo que tiene necesidad de encontrar otra manera de vivir. Porque lo viejo ha pasado y lo nuevo ha comenzado. Salgamos de la comodidad y atrevámonos a llegar a todos los lugares geográficos o existenciales en los que es necesario que entre Jesucristo para regalar su Luz y su Vida. Entremos en la dinámica del Señor de tomar la iniciativa, en la dinámica del don, de salir de nosotros mismos. Hay que vivir la intimidad con Jesús que es itinerante, que acompaña, que involucra, que sale al encuentro de todos los hombres y se pone de rodillas para lavar los pies a todos los hombres; que achica distancias, que se abaja; que asume la vida humana, que acompaña a los hombres en todos sus procesos por muy duros y prolongados que sean; que sabe de paciencia, que sabe gozar, festejar y celebrar; que extiende el bien. ¡Cuántos paisanos nuestros salieron de nuestra tierra a otros lugares del mundo en búsqueda de trabajo y nuevas perspectivas, pero llevaron con ellos a Jesucristo, su salida fue por necesidad, pero nunca olvidaron que había de ser tam-

bién una salida misionera, entregaron la fe, construyeron familias cristianas, regresaron los que pudieron y sus obras fueron embellecer la fuerza de la vida cristiana.

2. Dejemos que Jesús esté en medio de nosotros, acogamos su paz: Nos lo dice Él, se puso en medio de los discípulos y les dijo: "Paz a vosotros". Entremos a tomar conciencia de lo que significa esta paz de Jesús. La paz es su vida que nos la regala. Qué fuerza tienen las palabras del Concilio Vaticano II, cuando nos dice que "toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de fidelidad a su vocación [...] Cristo llama a la Iglesia hacia una perenne reforma, de la que la iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad" (Decreto *Unitatis redintegratio*, 6).

Que Cristo se ponga en medio de nosotros, para que así transformemos nuestra vida y hagamos una opción misionera, donde tengamos la valentía de cambiar todo lo que sea necesario con tal de convertirnos en cauce adecuado para la evangelización de todos los hombres: escuchemos la Palabra; crezcamos en la vida cristiana, en el diálogo, en el anuncio, en la caridad y generosidad, en la adoración al Señor, y celebremos la fe con tal fuerza que nuestras comunidades se conviertan en santuarios donde todos los hombres puedan beber para seguir caminando. ¿Cómo despertar la grandeza y la valentía para seguir a Jesucristo afrontando todos los desafíos que hoy tenemos los hombres? Nunca dejemos la persona de Jesús y la Buena Noticia por Él proclamada, que sigue fascinando.

Arriesguémonos a presentar y a anunciar a Jesucristo. Este Año Santo es una oportunidad y una gracia. Quien no se arriesga no camina. ¡Bendito sea el Señor! Mas nos equivocaremos si nos quedamos quietos. Nos lo dice el Señor, junto a su Paz regalada, nos envía: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo". Despertemos los impulsos del corazón que quiere siempre más, hagamos ver que la fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que ensancha la vida, nos hace descubrir una gran llamada, la vocación al amor y nos asegura que el amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que nuestras debilidades (*Lumen fidei*, 53). Y esta fe ilumina todas las relaciones sociales y contribuye a construir la fraternidad universal entre los hombres y mujeres de todos los tiempos (*Lumen fidei*, 54).

3. Llevemos a todos los hombres la alegría del Evangelio: ¡Qué palabras más certeras! Cambian nuestra manera de vivir y hacer: "Y los discípulos se llenaron

de alegría de ver al Señor". Hermanos, la humanidad vive una nueva etapa de la historia. No es que se esté fraguando, estamos ya en ella. Son de alabar los grandes avances realizados en los ámbitos de la salud, la educación o de la comunicación, pero no olvidemos que hay muchos hombres y mujeres que viven en precariedad con consecuencias funestas: miedo, desesperación; la alegría de vivir se apaga; la falta de respeto y la violencia crecen. Hoy, desde este lugar, abriendo la Puerta Santa que representa a Jesucristo, hemos de decir contemplando la Cruz, no a una sociedad materialista, egoísta, que solo busca el poder y el tener; que mata porque excluye. No puede ser que sea noticia la caída de dos puntos en bolsa y no lo sea un anciano que muere de frío o un niño que muere de hambre. No hagamos un mundo con sobrantes, todos somos necesarios e iguales en dignidad. No reduzcamos al ser humano a una sola de sus necesidades como es el consumo. No ignoremos la ética de servir a los hombres en todos los aspectos de sus vidas, su igualdad en dignidad, que hace que se den oportunidades a todos y se erradique la violencia. Ante la Cruz del Señor, donde se manifestó públicamente el poder de los hombres y la grandeza del poder de Dios, no asistamos dormidos a reduccionismos absurdos del ser humano; ya que ninguna dimensión de este es secundaria y, por ello, la fe y la misma Iglesia no pueden quedar en el ámbito de lo privado y de lo íntimo. Insistamos en la propuesta cristiana de reconocer al otro, de sanar heridas, de construir puentes, de estrechar lazos, de ayudarnos mutuamente a llevar las cargas. Hagamos percibir que una cultura popular evangelizada tiene valores de fe y solidaridad que provocan el desarrollo de una sociedad más justa.

Hermanos, los hombres y mujeres de Cantabria han sabido dar lo mejor de sí mismos, también cuando salieron a otros lugares del mundo. Salieron regalando lo que aquí, en nuestra *tierruca*, tiene más valor: una manera de entender la vida y el valor del ser humano, fraguado todo en una fe sencilla y profunda que tiene manifestaciones reales en nuestros valles; donde la Madre de Dios nos invita a contemplar siempre a nuestro Señor en la Cruz y ver así el arma con la que podemos transformar el mundo. Con fotografías diversas de nuestra Madre, en sus distintas advocaciones, hemos querido que sobresalga una que nos une a todos: la Bien Aparecida. ¡Qué alegría llamarla así: Bien Aparecida! En esta advocación nos recuerda siempre: "Haced lo que Él os diga". ¿No es esto llevar la alegría del Evangelio?

Contemplar la Cruz es una gracia del este Año Santo. Es un misterio desconcertante la Cruz: "tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito" (Jn 3, 16). Y este misterio es el que la Iglesia Diocesana de Santander, desea presentar y

regalar a todos los hombres, como tan bellamente nos dice nuestro obispo de Santander en su carta pastoral con ocasión del Jubileo: "Nuestra gloria, Señor, es tu Cruz". Cuando pasemos a adorar o besar la Cruz, decid en lo profundo de vuestro corazón: "nuestra gloria es tu Cruz, por mí Señor hiciste esto. Gracias. Haz que yo quite el sufrimiento y el dolor por los hermanos con tu mismo Amor. Que sea tu Amor mi arma para cambiar este mundo". Con Cristo se vence. El egoísmo, con la generosidad; el mal, con el bien; el odio, con amor; la guerra, con la paz.

El Año Santo Lebaniego, es una invitación a todos los hombres a vivir en esta situación histórica, donde el Señor nos sigue diciendo: "Venid y veréis". Donde el Señor nos dice como a Tomás: "Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tus manos y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente". En esta situación que vivimos los hombres, marcada por la fragilidad, el pecado, la muerte, la división, la guerra por partes como dice el Papa Francisco, el sufrimiento de quienes carecen de lo más necesario o de familias enteras que tienen que salir de sus países porque peligran sus vidas y a veces no encuentran acogida... el Señor nos dice: "No seas incrédulo sino creyente".

Contemplad la Cruz, es nuestra gloria: en ella vemos cómo el amor es más fuerte, el amor da vida, el amor hace florecer la esperanza en el desierto. Ayúdanos y que todos puedan encontrar ese amor que necesitan, que protege a los indefensos y a quienes están sometidos a la explotación y abandono. Que conforte a quienes han dejado su tierra. Que cesen todas las guerras. Hoy recordamos especialmente a Siria, Irak, República Centroafricana, Nigeria y Sudán, y pedimos que en Venezuela se encaminen los ánimos hacia la reconciliación y la concordia fraterna. Que toda la comunidad internacional haga un esfuerzo para impedir la violencia y construir desde la unidad, el diálogo. Hoy también, como Tomás, te decimos: ¡Señor mío y Dios mío! Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

ADMINISTRADOR PARROQUIAL

De Santa María del Parque: D. Juan Ignacio Merino Martínez de Pinillo
(04-04-2017).

ADSCRITOS

A Santa María del Valle: D. Ferney Castañeda Marín.
A Asunción de Nuestra Señora, de Torreldones: D. Cristian Díaz Yepes
(04-04-2017).

DEFUNCIONES

- El 3 de abril de 2017 falleció DÑA. ANA ECHEVARRÍA, madre de D. Antonio Aguilar Echevarría, empleado del Arzobispado (Sección de Multigrafía)
- El 13 de abril de 2017 falleció el sacerdote agustino asuncionista P. VÍCTOR GONZÁLEZ LERONÉS, a los 93 años de edad.
- El 22 de abril falleció en Valladolid, a los 78 años de edad, D. PEDRO LUIS ÁLVAREZ SERRADA, padre de M^a del Mar Álvarez García, empleada del Arzobispado, departamento de Asesoría Jurídica Civil.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ASOCIACIONES Y FUNDACIONES CANÓNICAS

NOMBRAMIENTO DE PRESIDENTE.-

- Asociación Pública de Fieles "Hermandad Sacramental del Santísimo Cristo de las Tres Caídas y Nuestra Señora de la Esperanza de Madrid y San Juan Evangelista": D. Julio Rivera Martín (03-04-2017).
- Asociación Pública de Fieles "Familias de Betania": D. Germán García Bonet y Dña. Carmen Fort Ibarra (07-04-2017).
- Asociación Privada de Fieles "Hermandad de Nuestra Señora del Carmen" de Villaverde: D. José Luis López Verdura (20-04-2017).

NOMBRAMIENTO DE PATRONATO.-

- Fundación May Feelings: D. Joaquín de los Ríos del Campo (Presidente), D. Bosco Ybarra Arróspide y D. Santiago Requejo López-Mateos (19-04-2017).

ACTIVIDADES CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

ABRIL 2017

Día 1, sábado.

- Preside la oración y dirige unas palabras en el Encuentro Nacional Comisión Justicia y Paz, en la Fundación Pablo VI.
- Preside la ceremonia de Institución de Ministerios de Acólito y Lector en el Seminario Conciliar.
- Participa en la parroquia Nuestra Señora de las Angustias en la vigilia de oración en la campaña contra el paro.

Día 2, domingo.

- Celebración de la Eucaristía en el Máster de Pastoral Familiar del Pontificio Instituto Juan Pablo II, en la casa de Espiritualidad Emaús.
- Celebra la Eucaristía en la parroquia de San Ramón Nonato y bendice las nuevas instalaciones del comedor social.

Día 3, lunes.

- Jornada de oración con los sacerdotes en la capilla del Palacio Arzobispal.
- Saluda y felicita al matrimonio centenario, D. Frutos y Dña. Ezequiela, en el homenaje por su 75 aniversario de matrimonio, en la Posada de la Villa.
- Por la tarde celebra la Eucaristía en el Palacio Arzobispal y cena con el 1º curso del Seminario.

Día 4, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde recibe a D. Juan José Echeverría Jiménez, Relaciones Institucionales del Grupo EDELIVES en el Arzobispado.
- Visita el Colegio Mayor Chaminade en el marco de sus bodas de oro.

Día 5, miércoles.

- Visita el colegio San Eulogio con motivo de su 50 aniversario, y celebra la Eucaristía en la parroquia del mismo nombre para alumnos y personal educativo del centro académico.
- Entrevista con el Vicario Judicial, D. Roberto Serres, en el Arzobispado.
- Entrevista con el Rector de la Universidad Eclesiástica San Dámaso, D. Javier Prades, en el Arzobispado.
- Preside una Misa funeral por la periodista Paloma Gómez Borrero en la iglesia de San Jerónimo el Real.

Día 6, jueves.

- En la jornada de la mañana tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- A lo largo de la tarde preside el Via Crucis diocesano recorriendo las estaciones por diversas parroquias y centros de oración.

Día 7, viernes.

- Por la mañana tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- Por la tarde imparte el sermón de las 7 palabras en la parroquia de Ntra. Sra. del Carmen y San Luis.
- Al finalizar la tarde celebra la vigilia de oración con los jóvenes en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 8, sábado.

- Preside el Encuentro Diocesano de Catequistas y dirige unas palabras sobre el lema "La catequesis que queremos en Madrid". Al finalizar el encuentro hay un diálogo de los participantes con el Sr. Cardenal y los ponentes.
- Por la tarde predica "La Última Palabra" en la iglesia de San Antón.

Día 9, domingo.

- Por la mañana bendice los ramos en el atrio de la Catedral y preside una procesión por la calle Bailén para entrar en el templo por la plaza de la Almudena.
- A continuación preside la solemne celebración de la Eucaristía del domingo de Ramos en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.
- Por la tarde asiste en la catedral de la Almudena a la salida procesional de la Borriquita, y acompaña el paso.
- Al finalizar la tarde preside una estación de penitencia de la Hermandad de los Estudiantes en su desfile procesional, en la parroquia de Santiago.

Día 10, lunes.

- Por la mañana tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- Por la tarde celebra la Eucaristía en el Palacio Arzobispal y cena con el 4º curso del Seminario.

Día 11, martes.

- Preside en la catedral de la Almudena la Misa Crismal con bendición de los santos óleos y del crisma.

Día 12, miércoles.

- Preside en la Catedral el Via Crucis con intervención de las delegaciones diocesanas.
- Celebra la Eucaristía en la parroquia La Paloma con una comunidad que han finalizado el camino neocatecumenal.
- Al finalizar la tarde preside la Estación de Penitencia del Cristo de Los Gitanos en la parroquia Santa Cruz, de Atocha.

Día 13, jueves.

- Por la mañana visita la cárcel de Soto del Real y celebra la Eucaristía con los internos.
- Por la tarde preside en la Catedral la Misa de la Cena del Señor con lavatorio de pies.
- Al finalizar la tarde recibe a Jesús "el Pobre" y a Nuestro Padre Jesús del Gran poder y la Esperanza Macarena es sus respectivas salidas procesionales a su paso por el Palacio Arzobispal.

Día 14, viernes.

- A lo largo de la mañana visita los siete Monumentos de las iglesias del centro de la ciudad.
- Por la tarde preside en la Catedral la celebración de la Pasión del Señor.
- A continuación reza una oración ante el Cristo de los Alabarderos, en el Palacio Real, antes de su salida procesional.
- Al finalizar la tarde participa en la procesión del Jesús de Medinaceli.

Día 15, sábado.

- Preside en la catedral de la Almudena la Vigilia Pascual e imparte los sacramentos del bautismo, la confirmación y primera comunión a un grupo de adultos.

Día 16, domingo.

- Preside en la catedral de Santa María la Real de la Almudena la Misa de la Resurrección del Señor e imparte la bendición papal.
- Por la tarde celebra una Misa solemne en la parroquia Cristo Resucitado.

Día 17, lunes.

- Celebra una Eucaristía en el monasterio de las madres Mercedarias, en la fiesta litúrgica de la beata María Ana de Jesús, copatrona de Madrid.

Día 19, miércoles.

- Preside una Misa funeral por la cruzada evangélica Genoveva Hernández.

Día 20, jueves.

- Se reúne con el Comité Ejecutivo en la CEE.

- Por la tarde inaugura en la Fundación Pablo VI la Semana Nacional de Institutos de Vida Consagrada organizada por el ITVR e imparte una conferencia "Comunión de vocaciones, belleza de la Iglesia local".
- Al finalizar la tarde presenta en la Sala Capitular de la catedral de Santa María la Real de la Almudena el libro "Solidaridad internacional trinitaria" del padre Antonio Aurelio Fernández.

Día 21, viernes.

- Recibe al P. José María Nieto Varas, Secretario Provincial de la Congregación de la Misión, PP. Paúles, en el Arzobispado.
- Se entrevista con el P. Provincial de España (Verbo Divino), P. Macario Villalón, en el Arzobispado.
- Por la tarde continúa las entrevistas en el Arzobispado.

Día 22, sábado.

- Asiste en la Fundación Pablo VI a una conferencia del cardenal Barbarin, en la Semana Nacional de Vida Consagrada.

Día 23, domingo.

- Preside la apertura del Año Jubilar Lebaniego en el monasterio de Santo Toribio de Liébana, en Cantabria.

Día 24, lunes.

- A primera hora de la mañana recibe a la Madre General de las Hijas de la Iglesia, Sor Teresa Puradiyathil, en el Palacio Arzobispal.
- Se reúne con el Consejo Episcopal en Santa María de Los Negrales.

Día 25, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en Santa María de Los Negrales.
- Viaja a Roma.

Día 26, miércoles.

- Roma.

Día 27, jueves.

- Asiste al II Congreso Internacional de Acción Católica que se celebra en Roma-Ciudad del Vaticano.
- Asiste a la audiencia del Santo Padre a los participantes del II Congreso Internacional de Acción Católica.
- Participa en la 2ª Sesión junto con el Presidente nacional de Acción Católica General de España "Somos misión, laicos caminando juntos".

Día 28, viernes.

- Roma.

Día 29, sábado.

- Roma.

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCO:

- **Rvdo. D. César Alzola García**, Párroco de San Pedro y San Pablo de Coslada. Fecha de nombramiento 2017/04/16.

ADMINISTRADOR PARROQUIAL:

- **Rvdo. D. David Calahorra Martínez**, Administrador Parroquial de San Isidro Labrador de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2017/04/26.

CESES

- Rvdo. D. Arturo López Nuche, Párroco de San Pedro y San Pablo de Coslada. Fecha de Cese 2017/04/16.
- Rvdo. César Alzola García, Párroco de San Isidro Labrador de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2017/04/16.

ACTIVIDADES SR. OBISPO. ABRIL 2017

1 Sábado

* Encuentro Diocesano de Jóvenes. 10:30 h. Santa Misa en la parroquia de la Asunción de Ntra. Sra. de Carabaña.

2 Domingo

V DE CUARESMA

* Encuentro Diocesano de Jóvenes. A las 12:30 h. Santa Misa en la parroquia de los Santos Justo y Pastor de Tielmes de Tajuña.

* A las 15:00 h. en el Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares comida fraterna y reunión con los colaboradores que organizaron el Congreso "La familia cristiana y la escuela católica: Minorías creativas para la renovación de la sociedad".

4 Martes

* A las 10:30 h. reunión con Arciprestes y Vicarios.

* A las 18:00 visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en la sede del primero.

5 Miércoles

San Vicente Ferrer, presbítero

6 Jueves

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

7 Viernes

San Juan Bautista de la Salle, presbítero

* A las 10:30 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:30 h. Santa Misa en la parroquia de Santa María de Alcalá de Henares con Cofradía de la Soledad.

* En Alcalá de Henares participa en el Vía Crucis Penitencial con la Imagen de Jesús Cautivo.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Jóvenes en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

8 Sábado

Sábado de Pasión

Beato Julián de San Agustín

* Retiro.

9 Domingo

DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

* A las 11:00 h. en el Patio de Armas de la Fortaleza-Palacio Arzobispal bendición de palmas, a continuación procesión y posteriormente Santa Misa en la Santa e Insigne Catedral-Magistral.

* A las 12:30 h. Santa Misa de la Pasión del Señor en la Catedral-Magistral.

* A las 22:30 h. en Alcalá de Henares participa en la procesión de la Hermandad de Jesús Despojado de sus vestiduras, María Santísima de la Paz y Esperanza y San Juan Evangelista.

10 Lunes

Lunes Santo

* A las 19:30 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral de Alcalá de Henares y después participa en la procesión con la Hermandad Sacramental del Stmo. Cristo de los Desamparados y María Stma. de las Angustias.

11 Martes

Martes Santo

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 17:00 h. en Alcalá de Henares procesión en la Residencia de Mayores "Francisco de Vitoria", organizada por la Junta de Cofradías Penitenciales de Alcalá.

* A las 22:00 h. Vía Crucis desde la Santa e Insigne Catedral-Magistral.

12 Miércoles

Miércoles Santo

* A las 11:00 h. Santa Misa Crismal en la Santa e Insigne Catedral-Magistral de Alcalá de Henares.

* A las 18:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. desde las Carmelitas de "la Imagen" de Alcalá de Henares participa en la procesión con la Venerable Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Stmo. Cristo Atado a la Columna y María Stma. de las Lágrimas y del Consuelo.

* A las 21:00 h. desde la Catedral participa en la procesión con la Cofradía del Stmo. Cristo de la Esperanza y el Trabajo y Ntra. Sra. de la Misericordia.

13 Jueves

JUEVES SANTO DE LA CENA DEL SEÑOR

* A las 18:00 h. en la Santa e Insigne Catedral - Magistral Misa de la Cena del Señor, retransmitida en directo por la 2 de Televisión Española.

* A las 20:00 horas participa en las procesiones de la Cofradía de la Real e Ilustre Esclavitud de N.P. Nazareno Jesús de Medinaceli y María Stma. de la Trinidad y de la Cofradía del Stmo. Cristo Universitario de los Doctrinos y Ntra. Sra. de la Esperanza, con breve discurso en la puerta de la Universidad celebrando el encuentro de la Virgen de la Esperanza y el Stmo. Cristo de los Doctrinos, en el 500 aniversario de la muerte del Cardenal Cisneros.

14 Viernes

VIERNES SANTO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

"Colecta por los Santos Lugares" (pontificia). Celebración de la liturgia del día; monición justificativa de la colecta y colecta.

Aniversario de la Consagración Episcopal del Sr. Obispo (Segorbe, 1996)

* A las 17:00 h. Oficios en la Catedral-Magistral, retransmitidos en directo por la 2 de Televisión Española.

* A las 19:15 h. en la parroquia de Santa María participa en la procesión de la Antigua, Ilustre y Fervorosa Hdad. y Cofradía de María Stma. de la Soledad Coronada y Sagrado Descendimiento de Ntro. Señor Jesucristo.

* A las 20:00 h. participa en la procesión de la Cofradía Real e Ilustre Esclavitud de N.P. Jesús Nazareno de Medinaceli y María Stma. de la Trinidad.

* A las 23:00 h. participa en la procesión de la Cofradía del Sto. Entierro y Ntra. Sra. de los Dolores.

15 Sábado

SÁBADO SANTO DE LA SEPULTURA DEL SEÑOR

* Por la mañana en el Monasterio de las Dominicas de Loeches conferencia sobre la Encíclica del Papa San Juan Pablo II "Veritatis splendor".

Desde la Vigilia TIEMPO PASCUAL

* A las 19:30 h. ensayo en la Catedral.

* A las 22:00 h. Santa Vigilia Pascual en la Santa e Insigne Catedral - Magistral; el Sr. Obispo administra los Sacramentos de Iniciación Cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía) a adultos, retransmitida en directo por la 2 de Televisión Española.

16 Domingo

DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

* A las 12:00 h. participa en la procesión del Encuentro del Resucitado con su Madre (Hermandad y Cofradía de Ntro. Padre Jesús Resucitado y Ntra. Sra. de la Salud y el Perpetuo Socorro) y a las 12:30 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral de Alcalá de Henares.

* Por la tarde Cocentaina.

17 Lunes

De la Octava de Pascua

* En la parroquia de la Natividad de Sta. María de Alcoi Santa Misa de inicio de las fiestas.

18 Martes

De la Octava de Pascua

* En Cocentaina:

- Vísperas y Santa Misa en el Santuario de la Virgen del Milagro.

19 Miércoles

De la Octava de Pascua

Virgen del Milagro

* En Cocentaina:

- A las 10:00 h. Traslado de la Virgen.

- A las 12:00 h. Santa Misa solemne en la parroquia de Santa María en la fiesta de la Virgen del Milagro.

- A las 19:00 h. Procesión.

20 Jueves

De la Octava de Pascua

* En Cocentaina:

- A las 11:00 h. en la parroquia de Santa María Santa Misa con la Hermandad de Sacerdotes.

- A las 13:00 h. reunión con la Hermandad y comida fraterna.

21 Viernes

De la Octava de Pascua

* Cocentaina

22 Sábado

De la Octava de Pascua

* Por la mañana en el Palacio Arzobispal Encuentro Diocesano de Formación de Adultos.

* Por la noche participa en la Vigilia de la Misericordia en el Convento de las Agustinas de Alcalá de Henares.

23 Domingo

II DE PASCUA O DE LA DIVINA MISERICORDIA

Aniversario Litúrgico de la Consagración Episcopal del Sr. Obispo (Segorbe, II Domingo de Pascua de 1996)

* Comida fraterna con los colaboradores del Centro Diocesano de Orientación Familiar Regina Familia.

* A las 19:00 h. Santa Misa en Carmelitas "la Imagen" con el Centro Diocesano de Orientación Familiar Regina Familia.

* Convivencia de sacerdotes jóvenes en Becerril de la Sierra.

24 Lunes

San Fidel de Sigmaringa, presbítero

* Convivencia de sacerdotes jóvenes en Becerril de la Sierra.

25 Martes

S. MARCOS, evangelista

Aniversario de la toma de posesión de Mons. Juan Antonio Reig Pla como Obispo de Alcalá de Henares (2009)

* Convivencia de sacerdotes jóvenes en Becerril de la Sierra.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en la sede del primero.

26 Miércoles

San Isidoro, obispo y doctor

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 18:00 h. en el Palacio Arzobispal encuentro con los sacerdotes de la Pastoral de la Salud de la diócesis.

27 Jueves

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal Civitas Dei Aula Cultural Cardenal Cisneros. Conferencia: "La Bioética y los cuidados al final de la vida". Intervino: José Carlos Abellán Salort, jurista, profesor del Master en Bioética de la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid), director del programa "En torno a la vida" en Radio María.

28 Viernes

San Pedro Chanel, presbítero y mártir y San Luis María Grignion de Monfort, presbítero.

* A las 10:30 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:30 h. Confirmaciones en la parroquia La Inmaculada Concepción de Valdeolmos.

29 Sábado

Santa Catalina de Siena, virgen y doctora, patrona de Europa

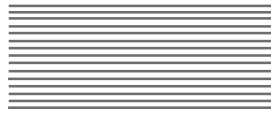
* A las 11:00 h. Ordenación de presbíteros y diácono en la Catedral-Magistral de Alcalá de Henares.

* A las 19:30 h. Confirmaciones en la parroquia de San Cristóbal de Alalpardo.

30 Domingo

III DE PASCUA

* A las 12:00 h. en Monasterio de las Úrsulas Profesión simple de una hermana.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

**CARTA DEL SR. OBISPO A LOS MIEMBROS
DE LA REAL E ILUSTRE CONGREGACIÓN
DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES
(GETAFE)**

FIDELIDAD, COMUNIÓN Y CARIDAD

Queridos congregantes:

Al llegar este solemne tiempo de Pascua, la liturgia de la Palabra nos propone, cada año, la lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles; ahí se recoge "la vida de los primeros cristianos". Leemos que "eran asiduos en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión fraterna, en la Fracción del Pan y en la oración" (Hch 2, 42). Éstas son las claves, los elementos esenciales que garantizan la extensión del Evangelio y dan vida a la Iglesia.

Esto es necesario siempre. Pero, en este tiempo, donde se hace urgente la nueva evangelización, en la que todos estamos empeñados, hay que acudir a esos criterios, donde encontrar la luz y la fuerza para continuar y, en vuestro caso, cumplir el primero y principal fin de vuestra centenaria Congregación: "Promover la

doctrina cristiana realizando actividades de apostolado, ejercitándose en la obras de piedad y caridad, animando con auténtico espíritu cristiano el orden temporal" (Artículo 5º, 1).

El papa Francisco, siguiendo la senda marcada por sus predecesores, San Juan Pablo II y Benedicto XVI, en la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, nos anima a considerar que "la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento (...) con esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora" (n.1). Sigamos teniendo en cuenta esta petición del Papa, porque el mundo nos necesita y debemos poner los medios para llegar a todos los hombres.

Con motivo de la Gran Misión en los 25 años de la Diócesis, os decía que: "Tenemos que hacer arder el corazón" a los que ya caminan con el Señor; invitar a la conversión a los que sólo vienen a la Iglesia ocasionalmente; y, a quienes no conocen a Jesucristo o lo han rechazado, hemos de "salir a buscarles".

La inminente celebración de los 200 años de la erección canónica de la Real e Ilustre Congregación el próximo 20 de noviembre, debe animaros a un crecimiento personal y corporativo en esos elementos señalados: fidelidad a la enseñanza de los apóstoles, comunión fraterna en torno a la Eucaristía y caridad con todos.

Vosotros tenéis la bendita costumbre de acudir a la Madre de Dios y Madre nuestra repitiendo en la oración de los fieles: "Que la Reina de los Ángeles interceda por nosotros". Que ella nos guíe, nos acerque a su Hijo Jesucristo y, con el ejemplo de su vida nos haga crecer en el amor a Dios y a los hermanos.

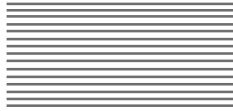
Con mi bendición y afecto en el Señor Resucitado.

† Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo.
25 de abril de 2017, en la Fiesta de san Marcos Evangelista

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

D. Jesús María Parra Montes, Arcipreste del Arciprestazgo de Griñón,
el 1 de abril de 2107.



Conferencia Episcopal Española

COMITÉ EJECUTIVO DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

MENSAJE CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LAS APARICIONES DE LA VIRGEN DE FÁTIMA

Junto al Papa Francisco, peregrinos de esperanza y de paz

1.- Con motivo del centenario de las apariciones de la Virgen María en Cova da Iría (Portugal) el Papa Francisco irá como peregrino al Santuario de Nuestra Señora de Fátima del 12 al 13 de mayo de 2017.

Los obispos españoles queremos unirnos a esta peregrinación del Sucesor de Pedro interpretando así el sentir común de nuestro pueblo que tiene en la advocación y acontecimiento mariano de Fátima una de las devociones más arraigadas y populares. Junto con el Papa Francisco deseamos hacer realidad lo que reza el lema elegido: "Con María, peregrino en la esperanza y en la paz".

Como señalaba san Juan Pablo II, "no sólo los individuos o grupos locales, sino a veces naciones enteras y continentes buscan el encuentro con la Madre del

Señor. Tal vez se podría hablar de una específica "geografía" de la fe y de la piedad mariana, que abarca todos estos lugares de especial peregrinación del pueblo de Dios" (Redemptoris Mater, 28).

Fátima es uno de esos lugares destacados, especialmente en la historia contemporánea de la Iglesia, en los que se hace realidad la súplica y alabanza a la Madre de Dios preanunciada por ella misma. Efectivamente, María toma conciencia de lo que Dios ha hecho en ella y anuncia en el canto del Magnificat su bienaventuranza a lo largo de los siglos: "Me felicitarán todas las generaciones" (Lc 1,48). Es un hecho innegable: María aparece en todos los rincones de la geografía católica con la fuerza del encanto de su maternal intercesión (cf. Marialis Cultus, 56).

Este convencimiento tan constatable en nuestro pueblo nos lleva a unirnos con alegría a la celebración del centenario de las apariciones de la Virgen de Fátima. Tres pastorcitos (Lucía, Francisco y Jacinta) fueron los agraciados con la aparición de la Nuestra Señora. La novedad de estas apariciones de Fátima y núcleo de su mensaje consiste en la devoción al Corazón Inmaculado de María como un camino hacia el encuentro con Dios, concretando en este título su intercesión materna. Por medio de los sencillos María transmite un mensaje destinado a la Iglesia y a la humanidad.

Los papas peregrinos

2.- El Santuario de Fátima se ha convertido en estos cien años en un lugar privilegiado de peregrinaciones y entre los peregrinos destacan tres papas. Así el 13 de mayo de 1967, a los 50 años de las apariciones de la Virgen, el beato Pablo VI viajó a Fátima. Allí pronunció unas proféticas palabras sobre uno de los males que iba a padecer la Iglesia por "ideologías diseñadas para quitar de la fe todo lo que el pensamiento moderno no entiende o no acepta". Pablo VI dijo también estas palabras: "Venimos de Roma para elevar, en Cova de Iría, nuestra ardiente súplica por la paz de la Iglesia y del mundo"; intención que sigue estando plenamente vigente en la actualidad y que hemos de hacer especialmente nuestra.

La relación de san Juan Pablo II con Nuestra Señora de Fátima fue muy intensa. Hay un momento especial el 13 de mayo de 1981, cuando -según cuenta él-, la Virgen le salvó de morir en un atentado perpetrado por Alí Agca en la Plaza

San Pedro. Un año después de este suceso, el 13 de mayo de 1982, Juan Pablo II viajó por primera vez a Fátima para "agradecer a la Virgen su intervención en la salvación de mi vida y el restablecimiento de mi salud". En 1991 el Santo Padre regresó al Santuario, donde afirmó que "la Virgen me regaló otros diez años de vida" y volvió por última vez a Fátima para beatificar a los niños videntes Francisco y Jacinta el 13 de mayo del Año Jubilar del 2000.

Benedicto XVI, por su parte, acudió como peregrino a Fátima en el año 2010 en el décimo aniversario de la mencionada beatificación. Decía el papa Ratzinger: "He venido a Fátima para gozar de la presencia de María y de su protección materna (...). He venido a rezar, con María y con tantos peregrinos, por nuestra humanidad afligida por tantas miserias y sufrimientos". Una vez más, la finalidad gozosa de estar junto a la Madre llevaba consigo el propósito de orar por los pesares de todos los hijos, por los sufrimientos de la toda la humanidad.

El papa Francisco, que consagró el mundo a María el 13 octubre de 2013, acudirá ahora a Fátima para celebrar el centenario de las apariciones y canonizar a los pastorcitos Francisco y Jacinta Marto.

Sentido de las apariciones

3.- Para entender el sentido de las apariciones marianas que conmemoramos hay que relacionarlas con las maravillas que Dios ha hecho por su Pueblo, dado que Dios sigue actuando en la historia. En Cristo resucitado se cumplieron todas las promesas divinas, pero todavía la humanidad sigue esperando el retorno definitivo de Cristo y, hasta que Él venga, vivimos en el tiempo inaugurado por su resurrección, un período de esperanza, pero a la vez están presentes muchas lacras y sufrimientos.

Las apariciones se sitúan en el contexto del plan salvador de Dios, en el que el papel de María resulta esencial por su intercesión materna en el misterio de Cristo (cf. *Lumen Gentium*, 62). Las que conmemoramos de Fátima, en plena I Guerra Mundial, confirman que María, como buena madre, acude allí donde el corazón de sus hijos padecen todo tipo de sufrimientos y los horrores de la persecución o la guerra. "No tienen vino" (Jn 2,3), dice también en nuestro tiempo la Madre ante su Hijo, intercediendo por una humanidad necesitada.

La conversión a Dios que, junto con la oración, forma parte esencial del mensaje de Fátima, "trae consigo -como señalábamos los obispos- una esmerada solicitud por los pobres desde el encuentro con Cristo" (CEE, Iglesia servidora de los pobres, 34).

Impulso evangelizador

4.- La Virgen utiliza un lenguaje sencillo con los videntes, acomodándose a sus formas de hablar. Siguiendo la lógica de Dios (Cf. 1Co 1, 26-28), esta elección de los pequeños, de los pobres, de los insignificantes, es una constante que se repite en las apariciones marianas, sobre todo en las especialmente reconocidas de la época moderna. Está en total acuerdo con la doctrina evangélica que los pobres sean los predilectos para entrar en el Reino y que Dios escoge los lugares olvidados por los poderosos de este mundo. Así se realiza el dicho evangélico: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños" (Mt 11,25).

Qué gran recordatorio éste cuando la Iglesia en este momento de la historia, en el pontificado del Papa Francisco y en continuidad con sus últimos predecesores, está llamada a un nueva etapa evangelizadora (cf. *Evangelii Gaudium*, 15).

La Virgen descubre a unos videntes sencillos y pobres que los grandes acontecimientos de nuestro mundo están ligados a su fuente y raíz más profunda, que es el corazón del hombre en su apertura o cerrazón ante Dios.

"Haced lo que Él os diga" (Jn 2,5)

5.- María, durante su vida en la tierra, sólo dirigió a la humanidad una única palabra: "Haced lo que Él os diga" (Jn 2,5), y es muy significativo que todo el mensaje mariano de las apariciones se reduzca a esta sencilla afirmación, porque no hay nada nuevo en las embajadas de Nuestra Señora.

María, en Fátima, llama -como su Hijo- a la conversión, a la reconciliación, a la renovación de la vida cristiana, a la reforma de las costumbres, a la oración y al sacrificio por la conversión de los pecadores o en reparación de

los propios pecados. Así lo recordaba el Papa Francisco al señalar que en las apariciones de Fátima "María nos invita una vez más a la oración, a la penitencia y a la conversión. Nos pide que no ofendamos más a Dios. Advierte a toda la humanidad sobre la necesidad de entregarse a Dios, fuente de amor y de misericordia" (Audiencia, 11-5-2016; cf. también Catecismo de la Iglesia Católica, n. 67).

En comunión eclesial con el Papa Francisco, pastores y fieles somos peregrinos en la esperanza y en la paz.

Exhortamos a los fieles a vivir con verdadero espíritu cristiano y afán evangelizador este acontecimiento eclesial del centenario de las apariciones de Fátima y deseamos que se renueve en todos la verdadera devoción a la Virgen María, que "no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes" (Lumen Gentium, 67).

Finalmente, nos consagramos a Nuestra Señora de Fátima con la misma oración que el Papa Francisco pronunció el 13 de mayo de 2013:

Bienaventurada María, Virgen de Fátima,
con renovada gratitud por tu presencia maternal
unimos nuestra voz a la de todas las generaciones
que te llaman bienaventurada.

Celebramos en ti las grandes obras de Dios,
que nunca se cansa de inclinarse
con misericordia hacia la humanidad,
afligida por el mal y herida por el pecado,
para curarla y salvarla...

Custodia nuestra vida entre tus brazos:
bendice y refuerza todo deseo de bien;
reaviva y alimenta la fe;
sostén e ilumina la esperanza;
suscita y anima la caridad;
guíanos a todos nosotros por el camino de la santidad.

Enseñanos tu mismo amor de predilección
por los pequeños y los pobres,
por los excluidos y los que sufren,
por los pecadores y los extraviados de corazón:
congrega a todos bajo tu protección
y entrégalos a todos a tu dilecto Hijo,
el Señor nuestro Jesús. Amén.



Madrid, 20 de abril de 2017.

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA XXXII JORNADA MUNDIAL
DE LA JUVENTUD 2017

"EL TODOPODEROSO
HA HECHO COSAS GRANDES EN MÍ"
(LC 1,49)

Queridos jóvenes:

Nos hemos puesto de nuevo en camino después de nuestro maravilloso encuentro en Cracovia, donde celebramos la XXXI Jornada Mundial de la Juventud y el Jubileo de los Jóvenes, en el contexto del Año Santo de la Misericordia. Allí dejamos que san Juan Pablo II y santa Faustina Kowalska, apóstoles de la divina misericordia, nos guiaran para encontrar una respuesta concreta a los desafíos de nuestro tiempo. Experimentamos con fuerza la fraternidad y la alegría, y dimos al mundo un signo de esperanza; las distintas banderas y lenguas no eran un motivo de enfrentamiento y división, sino una oportunidad para abrir las puertas de nuestro corazón, para construir puentes.

Al final de la JMJ de Cracovia indiqué la próxima meta de nuestra peregrinación que, con la ayuda de Dios, nos llevará a Panamá en 2019. Nos acompañará en este camino la Virgen María, a quien todas las generaciones llaman bienaventurada (cf. Lc 1,48). La siguiente etapa de nuestro itinerario está conectada con la anterior, centrada en las bienaventuranzas, pero nos impulsa a seguir adelante. Lo que deseo es que vosotros, jóvenes, caminéis no sólo haciendo memoria del pasado, sino también con valentía en el presente y esperanza en el futuro. Estas actitudes, siempre presentes en la joven Mujer de Nazaret, se encuentran reflejadas claramente en los temas elegidos para las tres próximas JMJ. Este año (2017) vamos a reflexionar sobre la fe de María cuando dijo en el Magnificat: "El Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí" (Lc 1,49). El tema del próximo año (2018): "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios" (Lc 1,30), nos llevará a meditar sobre la caridad llena de determinación con que la Virgen María recibió el anuncio del ángel. La JMJ 2019 se inspirará en las palabras: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38), que fue la respuesta llena de esperanza de María al ángel.

En octubre de 2018, la Iglesia celebrará el Sínodo de los Obispos sobre el tema: Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Nos preguntaremos sobre cómo vivís vosotros, los jóvenes, la experiencia de fe en medio de los desafíos de nuestra época. También vamos a abordar la cuestión de cómo se puede desarrollar un proyecto de vida discerniendo vuestra vocación, tomada en sentido amplio, es decir, al matrimonio, en el ámbito laical y profesional, o bien a la vida consagrada y al sacerdocio. Deseo que haya una gran sintonía entre el itinerario que llevará a la JMJ de Panamá y el camino sinodal.

Nuestra época no necesita de "jóvenes-sofá"

Según el Evangelio de Lucas, después de haber recibido el anuncio del ángel y haber respondido con su "sí" a la llamada para ser madre del Salvador, María se levanta y va de prisa a visitar a su prima Isabel, que está en el sexto mes de embarazo (cf. 1,36.39). María es muy joven; lo que se le ha anunciado es un don inmenso, pero comporta también un desafío muy grande; el Señor le ha asegurado su presencia y su ayuda, pero todavía hay muchas cosas que aún no están claras en su mente y en su corazón. Y sin embargo María no se encierra en casa, no se deja paralizar por el miedo o el orgullo. María no es la clase de personas que para estar bien necesita un buen sofá donde sentirse cómoda y segura. No es una joven-sofá

(cf. Discurso en la Vigilia, Cracovia, 30 de julio de 2016). Si su prima anciana necesita una mano, ella no se demora y se pone inmediatamente en camino.

El trayecto para llegar a la casa de Isabel es largo: unos 150 km. Pero la joven de Nazaret, impulsada por el Espíritu Santo, no se detiene ante los obstáculos. Sin duda, las jornadas de viaje le ayudaron a meditar sobre el maravilloso acontecimiento en el que estaba participando. Lo mismo nos sucede a nosotros cuando empezamos nuestra peregrinación: a lo largo del camino vuelven a la mente los hechos de la vida, y podemos penetrar en su significado y profundizar nuestra vocación, que se revela en el encuentro con Dios y en el servicio a los demás.

El Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí

El encuentro entre las dos mujeres, la joven y la anciana, está repleto de la presencia del Espíritu Santo, y lleno de alegría y asombro (cf. Lc 1,40-45). Las dos madres, así como los hijos que llevan en sus vientres, casi bailan a causa de la felicidad. Isabel, impresionada por la fe de María, exclama: "Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá" (v. 45). Sí, uno de los mayores regalos que la Virgen ha recibido es la fe. Creer en Dios es un don inestimable, pero exige también recibirlo; e Isabel bendice a María por eso. Ella, a su vez, responde con el canto del Magnificat (cf. Lc 1,46-55), donde encontramos las palabras: "El Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí" (v. 49).

La oración de María es revolucionaria, es el canto de una joven llena de fe, consciente de sus límites, pero que confía en la misericordia divina. Esta pequeña y valiente mujer da gracias a Dios porque ha mirado su pequeñez y porque ha realizado la obra de la salvación en su pueblo, en los pobres y humildes. La fe es el corazón de toda la historia de María. Su cántico nos ayuda a comprender cómo la misericordia del Señor es el motor de la historia, tanto de la persona, de cada uno de nosotros, como del conjunto de la humanidad.

Cuando Dios toca el corazón de un joven o de una joven, se vuelven capaces de grandes obras. Las "cosas grandes" que el Todopoderoso ha hecho en la vida de María nos hablan también del viaje de nuestra vida, que no es un deambular sin sentido, sino una peregrinación que, aun con todas sus incertidumbres y sufrimientos, encuentra en Dios su plenitud (cf. Ángelus, 15 de agosto de 2015). Me diréis: "Padre, pero yo soy muy limitado, soy pecador, ¿qué puedo hacer?". Cuan-

do el Señor nos llama no se fija en lo que somos, en lo que hemos hecho. Al contrario, en el momento en que nos llama, él está mirando todo lo que podríamos dar, todo el amor que somos capaces de ofrecer. Como la joven María, podéis hacer que vuestra vida se convierta en un instrumento para mejorar el mundo. Jesús os llama a dejar vuestra huella en la vida, una huella que marque la historia, vuestra historia y la historia de muchos (cf. Discurso en la Vigilia, Cracovia, 30 de julio de 2016).

Ser joven no significa estar desconectado del pasado

María es poco más que una adolescente, como muchos de vosotros. Sin embargo, en el Magnificat alaba a su pueblo, su historia. Esto nos enseña que ser joven no significa estar desconectado del pasado. Nuestra historia personal forma parte de una larga estela, de un camino comunitario que nos ha precedido durante siglos. Como María, pertenecemos a un pueblo. Y la historia de la Iglesia nos enseña que, incluso cuando tiene que atravesar mares revueltos, la mano de Dios la guía, le hace superar momentos difíciles. La verdadera experiencia en la Iglesia no es como un flashmob, en el que nos damos cita, se realiza una performance y luego cada uno se va por su propio camino. La Iglesia lleva en sí una larga tradición, que se transmite de generación en generación, y que se enriquece al mismo tiempo con la experiencia de cada individuo. También vuestra historia tiene un lugar dentro de la historia de la Iglesia.

Hacer memoria del pasado sirve también para recibir las obras nuevas que Dios quiere hacer en nosotros y a través de nosotros. Y nos ayuda a dejarnos escoger como instrumentos suyos, colaboradores en sus proyectos salvíficos. También vosotros, jóvenes, si reconocéis en vuestra vida la acción misericordiosa y omnipotente de Dios, podéis hacer grandes cosas y asumir grandes responsabilidades.

Me gustaría haceros algunas preguntas: ¿Cómo "guardáis" en vuestra memoria los acontecimientos, las experiencias de vuestra vida? ¿Qué hacéis con los hechos y las imágenes grabadas en vuestros recuerdos? A algunos, heridos por las circunstancias de la vida, les gustaría "reiniciar" su pasado, ejercer el derecho al olvido. Pero me gustaría recordaros que no hay santo sin pasado, ni pecador sin futuro. La perla nace de una herida en la ostra. Jesús, con su amor, puede sanar nuestros corazones, transformando nuestras heridas en auténticas perlas.

Como decía san Pablo, el Señor muestra su fuerza a través de nuestra debilidad (cf. 2 Co 12,9).

Nuestros recuerdos, sin embargo, no deben quedar amontonados, como en la memoria de un disco duro. Y no se puede almacenar todo en una "nube" virtual. Tenemos que aprender a hacer que los sucesos del pasado se conviertan en una realidad dinámica, para reflexionar sobre ella y sacar una enseñanza y un sentido para nuestro presente y nuestro futuro. Descubrir el hilo rojo del amor de Dios que conecta toda nuestra existencia es una tarea difícil pero necesaria.

Muchos dicen que vosotros, los jóvenes, sois olvidadizos y superficiales. No estoy de acuerdo en absoluto. Pero hay que reconocer que en nuestros días tenemos que recuperar la capacidad de reflexionar sobre la propia vida y proyectarla hacia el futuro. Tener un pasado no es lo mismo que tener una historia. En nuestra vida podemos tener tantos recuerdos, pero ¿cuántos de ellos construyen realmente nuestra memoria? ¿Cuántos son significativos para nuestros corazones y nos ayudan a dar sentido a nuestra existencia? En las "redes sociales", aparecen muchos rostros de jóvenes en multitud de fotografías, que hablan de hechos más o menos reales, pero no sabemos cuánto de todo eso es "historia", una experiencia que pueda ser narrada, que tenga una finalidad y un sentido. Los programas en la televisión están llenos de los así llamados "reality show", pero no son historias reales, son sólo minutos que corren delante de una cámara, en los que los personajes viven al día, sin un proyecto. No os dejéis engañar por esa falsa imagen de la realidad. Sed protagonistas de vuestra historia, decidid vuestro futuro.

Cómo mantenerse unidos, siguiendo el ejemplo de María

De María se dice que conservaba todas las cosas, meditándolas en su corazón (cf. Lc 2,19.51). Esta sencilla muchacha de Nazaret nos enseña con su ejemplo a conservar la memoria de los acontecimientos de la vida, y también a reunirlos, recomponiendo la unidad de los fragmentos, que unidos pueden formar un mosaico. ¿Cómo podemos, pues, ejercitarnos concretamente en tal sentido? Os doy algunas sugerencias.

Al final de cada jornada podemos detenernos unos minutos a recordar los momentos hermosos, los desafíos, lo que nos ha salido bien y, también, lo

que nos ha salido mal. De este modo, delante de Dios y de nosotros mismos, podemos manifestar nuestros sentimientos de gratitud, de arrepentimiento y de confianza, anotándolos también, si queréis, en un cuaderno, una especie de diario espiritual. Esto quiere decir rezar en la vida, con la vida y sobre la vida y, con toda seguridad, os ayudará a comprender mejor las grandes obras que el Señor realiza en cada uno de vosotros. Como decía san Agustín, a Dios lo podemos encontrar en los anchos campos de nuestra memoria (cf. Confesiones, Libro X, 8, 12).

Leyendo el Magnificat nos damos cuenta del conocimiento que María tenía de la Palabra de Dios. Cada versículo de este cántico tiene su paralelo en el Antiguo Testamento. La joven madre de Jesús conocía bien las oraciones de su pueblo. Seguramente se las habían enseñado sus padres y sus abuelos. ¡Qué importante es la transmisión de la fe de una generación a otra! Hay un tesoro escondido en las oraciones que nos han enseñado nuestros antepasados, en esa espiritualidad que se vive en la cultura de la gente sencilla y que conocemos como piedad popular. María recoge el patrimonio de fe de su pueblo y compone con él un canto totalmente suyo y que es también el canto de toda la Iglesia. La Iglesia entera lo canta con ella. Para que también vosotros, jóvenes, podáis cantar un Magnificat totalmente vuestro y hacer de vuestra vida un don para toda la humanidad, es fundamental que conectéis con la tradición histórica y la oración de aquellos que os han precedido. De ahí la importancia de conocer bien la Biblia, la Palabra de Dios, de leerla cada día confrontándola con vuestra vida, interpretando los acontecimientos cotidianos a la luz de cuánto el Señor os dice en las Sagradas Escrituras. En la oración y en la lectura orante de la Biblia (la llamada *Lectio divina*), Jesús hará arder vuestros corazones e iluminará vuestros pasos, aún en los momentos más difíciles de vuestra existencia (cf. Lc 24,13-35).

María nos enseña a vivir en una actitud eucarística, esto es, a dar gracias, a cultivar la alabanza y a no quedarnos sólo anclados en los problemas y las dificultades. En la dinámica de la vida, las súplicas de hoy serán mañana motivo de agradecimiento. De este modo, vuestra participación en la Santa Misa y los momentos en que celebraréis el sacramento de la Reconciliación serán a la vez cumbre y punto de partida: vuestras vidas se renovarán cada día con el perdón, convirtiéndose en alabanza constante al Todopoderoso. "Fiaros del recuerdo de Dios [...] su memoria es un corazón tierno de compasión, que se regocija eliminando definitivamente cualquier vestigio del mal" (Homilía en la S. Misa de la JMJ, Cracovia, 31 de julio de 2016).

Hemos visto que el Magnificat brota del corazón de María en el momento en que se encuentra con su anciana prima Isabel, quien, con su fe, con su mirada perspicaz y con sus palabras, ayuda a la Virgen a comprender mejor la grandeza del obrar de Dios en ella, de la misión que él le ha confiado. Y vosotros, ¿os dais cuenta de la extraordinaria fuente de riqueza que significa el encuentro entre los jóvenes y los ancianos? ¿Qué importancia les dais a vuestros ancianos, a vuestros abuelos? Vosotros, con sobrada razón, aspiráis a "emprender el vuelo", lleváis en vuestro corazón muchos sueños, pero tenéis necesidad de la sabiduría y de la visión de los ancianos. Mientras abríis vuestras alas al viento, es indispensable que descubráis vuestras raíces y que toméis el testigo de las personas que os han precedido. Para construir un futuro que tenga sentido, es necesario conocer los acontecimientos pasados y tomar posición frente a ellos (cf. Exhort. ap. postsin. *Amoris Laetitia*, 191,193). Vosotros, jóvenes, tenéis la fuerza; los ancianos, la memoria y la sabiduría. Como María con Isabel, dirigid vuestra mirada hacia los ancianos, hacia vuestros abuelos. Ellos os contarán cosas que entusiasmarán vuestra mente y emocionarán vuestro corazón.

Fidelidad creativa para construir tiempos nuevos

Es verdad que tenéis pocos años de vida y, por esto mismo, os resulta difícil darle el debido valor a la tradición. Tened bien presente que esto no significa ser tradicionalistas. No. Cuando María en el Evangelio dice que "El Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mí" (Lc 1,49), se refiere a que aquellas "cosas grandes" no han terminado, sino que continúan realizándose en el presente. No se trata de un pasado remoto. El saber hacer memoria del pasado no quiere decir ser nostálgicos o permanecer aferrados a un determinado período de la historia, sino saber reconocer los propios orígenes para volver siempre a lo esencial, y lanzarse con fidelidad creativa a la construcción de tiempos nuevos. Sería un grave problema que no beneficiaría a nadie el fomentar una memoria paralizante, que impone realizar siempre las mismas cosas del mismo modo. Es un don del cielo constatar que muchos de vosotros, con vuestros interrogantes, sueños y preguntas, os enfrentáis a quienes consideran que las cosas no pueden ser diferentes.

Una sociedad que valora sólo el presente tiende también a despreciar todo lo que se hereda del pasado, como por ejemplo las instituciones del matrimonio, de la vida consagrada, de la misión sacerdotal. Las mismas terminan por ser consideradas vacías de significado, formas ya superadas. Se piensa que es mejor vivir en

las situaciones denominadas "abiertas", comportándose en la vida como en un reality show, sin objetivos y sin rumbo. No os dejéis engañar. Dios ha venido para ensanchar los horizontes de nuestra vida, en todas las direcciones. Él nos ayuda a darle al pasado su justo valor para proyectar mejor un futuro de felicidad. Pero esto es posible solamente cuando vivimos experiencias auténticas de amor, que se hacen concretas en el descubrimiento de la llamada del Señor y en la adhesión a ella. Esta es la única cosa que nos hace felices de verdad.

Queridos jóvenes, encomiendo a la maternal intercesión de la Bienaventurada Virgen María nuestro camino hacia Panamá, así como también el itinerario de preparación del próximo Sínodo de los Obispos. Os invito a recordar dos aniversarios importantes en este año 2017: los trecentos años del descubrimiento de la imagen de la Virgen de Aparecida, en Brasil; y el centenario de las apariciones de Fátima, en Portugal, adonde, si Dios quiere, iré en peregrinación el próximo mes de mayo. San Martín de Porres, uno de los santos patronos de América Latina y de la JMJ de 2019, en su humilde servicio cotidiano tenía la costumbre de ofrecerle las mejores flores a María, como signo de su amor filial. Cultivad también vosotros, como él, una relación de familiaridad y amistad con Nuestra Señora, encomendándole vuestros gozos, inquietudes y preocupaciones. Os aseguro que no os arrepentiréis.

La joven de Nazaret, que en todo el mundo ha asumido miles de rostros y de nombres para acercarse a sus hijos, interceda por cada uno de nosotros y nos ayude a proclamar las grandes obras que el Señor realiza a través de nosotros.

Vaticano, 27 de febrero de 2017

Memoria de san Gabriel de Nuestra Señora de los Dolores

FRANCISCO

**VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA FRANCISCO
A EGIPTO
(28-28 DE ABRIL DE 2017)**

**DISCURSO DEL SANTO PADRE
A LOS PARTICIPANTES EN LA CONFERENCIA
INTERNACIONAL PARA LA PAZ**

AL-AZHAR CONFERENCE CENTRE, EL CAIRO

Viernes 28 de abril de 2017

Al Salamò Alaikum!

Es para mí un gran regalo estar aquí, en este lugar, y comenzar mi visita a Egipto encontrándome con vosotros en el ámbito de esta Conferencia Internacional para la Paz. Agradezco a mi hermano, al Gran Imán por haberla proyectado y organizado, y por su amabilidad al invitarme. Quisiera compartir algunas reflexiones, tomándolas de la gloriosa historia de esta tierra, que a lo largo de los siglos se ha manifestado al mundo como tierra de civilización y tierra de alianzas.

Tierra de civilización. Desde la antigüedad, la civilización que surgió en las orillas del Nilo ha sido sinónimo de cultura. En Egipto ha brillado la luz del conocimiento, que ha hecho germinar un patrimonio cultural de valor inestimable, hecho de sabiduría e ingenio, de adquisiciones matemáticas y astronómicas, de admirables

figuras arquitectónicas y artísticas. La búsqueda del conocimiento y la importancia de la educación han sido iniciativas que los antiguos habitantes de esta tierra han llevado a cabo produciendo un gran progreso. Se trata de iniciativas necesarias también para el futuro, iniciativas de paz y por la paz, porque no habrá paz sin una adecuada educación de las jóvenes generaciones. Y no habrá una adecuada educación para los jóvenes de hoy si la formación que se les ofrece no es conforme a la naturaleza del hombre, que es un ser abierto y relacional.

La educación se convierte de hecho en sabiduría de vida cuando consigue que el hombre, en contacto con Aquel que lo trasciende y con cuanto lo rodea, saque lo mejor de sí mismo, adquiriendo una identidad no replegada sobre sí misma. La sabiduría busca al otro, superando la tentación de endurecerse y encerrarse; abierta y en movimiento, humilde y escudriñadora al mismo tiempo, sabe valorizar el pasado y hacerlo dialogar con el presente, sin renunciar a una adecuada hermenéutica. Esta sabiduría favorece un futuro en el que no se busca la prevalencia de la propia parte, sino que se mira al otro como parte integral de sí mismo; no deja, en el presente, de identificar oportunidades de encuentro y de intercambio; del pasado, aprende que del mal sólo viene el mal y de la violencia sólo la violencia, en una espiral que termina aislando. Esta sabiduría, rechazando toda ansia de injusticia, se centra en la dignidad del hombre, valioso a los ojos de Dios, y en una ética que sea digna del hombre, rechazando el miedo al otro y el temor de conocer a través de los medios con los que el Creador lo ha dotado[1].

Precisamente en el campo del diálogo, especialmente interreligioso, estamos llamados a caminar juntos con la convicción de que el futuro de todos depende también del encuentro entre religiones y culturas. En este sentido, el trabajo del Comité mixto para el Diálogo entre el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y el Comité de Al-Azhar para el Diálogo representa un ejemplo concreto y alentador. El diálogo puede ser favorecido si se conjugan bien tres indicaciones fundamentales: el deber de la identidad, la valentía de la alteridad y la sinceridad de las intenciones. El deber de la identidad, porque no se puede entablar un diálogo real sobre la base de la ambigüedad o de sacrificar el bien para complacer al otro. La

[1] "Por otra parte, una ética de fraternidad y de coexistencia pacífica entre las personas y entre los pueblos no puede basarse sobre la lógica del miedo, de la violencia y de la cerrazón, sino sobre la responsabilidad, el respeto y el diálogo sincero": Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2017. La no violencia: un estilo de una política para la paz, 5.

valentía de la alteridad, porque al que es diferente, cultural o religiosamente, no se le ve ni se le trata como a un enemigo, sino que se le acoge como a un compañero de ruta, con la genuina convicción de que el bien de cada uno se encuentra en el bien de todos. La sinceridad de las intenciones, porque el diálogo, en cuanto expresión auténtica de lo humano, no es una estrategia para lograr segundas intenciones, sino el camino de la verdad, que merece ser recorrido pacientemente para transformar la competición en cooperación.

Educar, para abrirse con respeto y dialogar sinceramente con el otro, reconociendo sus derechos y libertades fundamentales, especialmente la religiosa, es la mejor manera de construir juntos el futuro, de ser constructores de civilización. Porque la única alternativa a la barbarie del conflicto es la cultura del encuentro, no hay otra manera. Y con el fin de contrarrestar realmente la barbarie de quien instiga al odio e incita a la violencia, es necesario acompañar y ayudar a madurar a las nuevas generaciones para que, ante la lógica incendiaria del mal, respondan con el paciente crecimiento del bien: jóvenes que, como árboles plantados, estén enraizados en el terreno de la historia y, creciendo hacia lo Alto y junto a los demás, transformen cada día el aire contaminado de odio en oxígeno de fraternidad.

En este desafío de civilización tan urgente y emocionante, cristianos y musulmanes, y todos los creyentes, estamos llamados a ofrecer nuestra aportación: "Vivimos bajo el sol de un único Dios misericordioso. [...] Así, en el verdadero sentido podemos llamarnos, los unos a los otros, hermanos y hermanas [...], porque sin Dios la vida del hombre sería como el cielo sin el sol" [2]. Salga pues el sol de una renovada hermandad en el nombre de Dios; y de esta tierra, acariciada por el sol, despunte el alba de una civilización de la paz y del encuentro. Que san Francisco de Asís, que hace ocho siglos vino a Egipto y se encontró con el Sultán Malik al Kamil, interceda por esta intención.

Tierra de alianzas. Egipto no sólo ha visto amanecer el sol de la sabiduría, sino que su tierra ha sido también iluminada por la luz multicolor de las religiones. Aquí, a lo largo de los siglos, las diferencias de religión han constituido "una forma de enriquecimiento mutuo del servicio a la única comunidad nacional"[3]. Creencias

[2] Juan Pablo II, Discurso a las autoridades musulmanas, Kaduna-Nigeria (14 febrero 1982).

[3] Id., Discurso durante la ceremonia de bienvenida, El Cairo (24 febrero 2000).

religiosas diferentes se han encontrado y culturas diversas se han mezclado sin confundirse, reconociendo la importancia de aliarse para el bien común. Alianzas de este tipo son cada vez más urgentes en la actualidad. Para hablar de ello, me gustaría utilizar como símbolo el "Monte de la Alianza" que se yergue en esta tierra. El Sinaí nos recuerda, en primer lugar, que una verdadera alianza en la tierra no puede prescindir del Cielo, que la humanidad no puede pretender encontrar la paz excluyendo a Dios de su horizonte, ni tampoco puede tratar de subir la montaña para apoderarse de Dios (cf. Ex 19,12).

Se trata de un mensaje muy actual, frente a esa peligrosa paradoja que persiste en nuestros días, según la cual por un lado se tiende a reducir la religión a la esfera privada, sin reconocerla como una dimensión constitutiva del ser humano y de la sociedad y, por el otro, se confunden la esfera religiosa y la política sin distinguirlas adecuadamente. Existe el riesgo de que la religión acabe siendo absorbida por la gestión de los asuntos temporales y se deje seducir por el atractivo de los poderes mundanos que en realidad sólo quieren instrumentalizarla. En un mundo en el que se han globalizado muchos instrumentos técnicos útiles, pero también la indiferencia y la negligencia, y que corre a una velocidad frenética, difícil de sostener, se percibe la nostalgia de las grandes cuestiones sobre el sentido de la vida, que las religiones saben promover y que suscitan la evocación de los propios orígenes: la vocación del hombre, que no ha sido creado para consumirse en la precariedad de los asuntos terrenales sino para encaminarse hacia el Absoluto al que tiende. Por estas razones, sobre todo hoy, la religión no es un problema sino parte de la solución: contra la tentación de acomodarse en una vida sin relieve, donde todo comienza y termina en esta tierra, nos recuerda que es necesario elevar el ánimo hacia lo Alto para aprender a construir la ciudad de los hombres.

En este sentido, volviendo con la mente al Monte Sinaí, quisiera referirme a los mandamientos que se promulgaron allí antes de ser escritos en la piedra[4].

[4] "Fueron escritos en el corazón del hombre como ley moral universal, válida en todo tiempo y en todo lugar". Estos ofrecen la "base auténtica para la vida de las personas, de las sociedades y de las naciones. Hoy, como siempre, son el único futuro de la familia humana. Salvan al hombre de la fuerza destructora del egoísmo, del odio y de la mentira. Señalan todos los falsos dioses que lo esclavizan: el amor a sí mismo que excluye a Dios, el afán de poder y placer que altera el orden de la justicia y degrada nuestra dignidad humana y la de nuestro prójimo": Id., Homilía en la celebración de la Palabra en el Monte Sinaí, Monasterio de Santa Catalina (26 febrero 2000).

En el corazón de las "diez palabras" resuena, dirigido a los hombres y a los pueblos de todos los tiempos, el mandato "no matarás" (Ex 20,13). Dios, que ama la vida, no deja de amar al hombre y por ello lo insta a contrastar el camino de la violencia como requisito previo fundamental de toda alianza en la tierra. Siempre, pero sobre todo ahora, todas las religiones están llamadas a poner en práctica este imperativo, ya que mientras sentimos la urgente necesidad de lo Absoluto, es indispensable excluir cualquier absolutización que justifique cualquier forma de violencia. La violencia, de hecho, es la negación de toda auténtica religiosidad.

Como líderes religiosos estamos llamados a desenmascarar la violencia que se disfraza de supuesta sacralidad, apoyándose en la absolutización de los egoísmos antes que en una verdadera apertura al Absoluto. Estamos obligados a denunciar las violaciones que atentan contra la dignidad humana y contra los derechos humanos, a poner al descubierto los intentos de justificar todas las formas de odio en nombre de las religiones y a condenarlos como una falsificación idolátrica de Dios: su nombre es santo, él es el Dios de la paz, Dios salam[5]. Por tanto, sólo la paz es santa y ninguna violencia puede ser perpetrada en nombre de Dios porque profanaría su nombre.

Juntos, desde esta tierra de encuentro entre el cielo y la tierra, de alianzas entre los pueblos y entre los creyentes, repetimos un "no" alto y claro a toda forma de violencia, de venganza y de odio cometidos en nombre de la religión o en nombre de Dios. Juntos afirmamos la incompatibilidad entre la fe y la violencia, entre creer y odiar. Juntos declaramos el carácter sagrado de toda vida humana frente a cualquier forma de violencia física, social, educativa o psicológica. La fe que no nace de un corazón sincero y de un amor auténtico a Dios misericordioso es una forma de pertenencia convencional o social que no libera al hombre, sino que lo aplasta. Digamos juntos: Cuanto más se crece en la fe en Dios, más se crece en el amor al prójimo.

Sin embargo, la religión no sólo está llamada a desenmascarar el mal sino que lleva en sí misma la vocación a promover la paz, probablemente hoy más que

[5] Cf. Discurso en la Mezquita Central de Koudoukou, Bangui-República Centroafricana (30 noviembre 2015).

nunca[6]. Sin caer en sincretismos conciliadores[7], nuestra tarea es la de rezar los unos por los otros, pidiendo a Dios el don de la paz, encontrarnos, dialogar y promover la armonía con un espíritu de cooperación y amistad. Nosotros, como cristianos -y yo soy cristiano- "no podemos invocar a Dios, Padre de todos los hombres, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios"[8]. Hermanos de todos. Más aún, reconocemos que inmersos en una lucha constante contra el mal, que amenaza al mundo para que "no sea ya ámbito de una auténtica fraternidad", "a los que creen en la caridad divina les da la certeza de que abrir a todos los hombres los caminos del amor y esforzarse por instaurar la fraternidad universal no son cosas inútiles"[9]. Por el contrario, son esenciales: En realidad, no sirve de mucho levantar la voz y correr a rearmarse para protegerse: hoy se necesitan constructores de paz, no de armas; hoy se necesitan constructores de paz, no provocadores de conflictos; bomberos y no incendiarios; predicadores de reconciliación y no vendedores de destrucción.

Asistimos perplejos al hecho de que, mientras por un lado nos alejamos de la realidad de los pueblos, en nombre de objetivos que no tienen en cuenta a nadie, por el otro, como reacción, surgen populismos demagógicos que ciertamente no ayudan a consolidar la paz y la estabilidad. Ninguna incitación a la violencia garantizará la paz, y cualquier acción unilateral que no ponga en marcha procesos constructivos y compartidos, en realidad, sólo beneficia a los partidarios del radicalismo y de la violencia.

Para prevenir los conflictos y construir la paz es esencial trabajar para eliminar las situaciones de pobreza y de explotación, donde los extremismos arraigan fácilmente, así como evitar que el flujo de dinero y armas llegue a los que fomentan la violencia. Para ir más a la raíz, es necesario detener la proliferación de armas que, si se siguen produciendo y comercializando, tarde o temprano llegarán a utilizarse. Sólo sacando a la luz las turbias maniobras que alimentan el

[6] "Probablemente más que nunca en la historia ha sido puesto en evidencia ante todos el vínculo intrínseco que existe entre una actitud religiosa auténtica y el gran bien de la paz" (Juan Pablo II, Discurso a los Representantes de las Iglesias y de Comunidades eclesiales cristianas y de las religiones mundiales, Asís (27 octubre 1986).

[7] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 251.

[8] Conc. Ecum. Vat. II, Declaración *Nostra aetate*, 5.

[9] Id., Const. past. *Gaudium et spes*, 37-38.

cáncer de la guerra se pueden prevenir sus causas reales. A este compromiso urgente y grave están obligados los responsables de las naciones, de las instituciones y de la información, así como también nosotros responsables de cultura, llamados por Dios, por la historia y por el futuro a poner en marcha -cada uno en su propio campo- procesos de paz, sin sustraerse a la tarea de establecer bases para una alianza entre pueblos y estados. Espero que, con la ayuda de Dios, esta tierra noble y querida de Egipto pueda responder aún a su vocación de civilización y de alianza, contribuyendo a promover procesos de paz para este amado pueblo y para toda la región de Oriente Medio.

Al Salamò Alaikum!

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

HOTEL AL MASAH, EL CAIRO

Viernes 28 de abril de 2017

Señor Presidente,
Gran Imán di Al-Azhar,
Distinguidos Miembros del Gobierno y del Parlamento,
Ilustres Embajadores y miembros del Cuerpo Diplomático,
Señoras y señores:

Al Salamò Alaikum!

Le agradezco, Señor Presidente, sus cordiales palabras de bienvenida y la invitación que gentilmente me hizo para visitar su querido País. Conservo vivo el recuerdo de su visita a Roma, en noviembre de 2014, y también del encuentro fraterno con Su Santidad Papa Tawadros II, en 2013, así como la del año pasado con el Gran Imán de la Universidad Al-Azhar, Dr. Ahmad Al-Tayyib.

Me es grato encontrarme en Egipto, tierra de antiquísima y noble civilización, cuyas huellas podemos admirar todavía hoy y que, en su majestuosidad, parecen querer desafiar al tiempo. Esta tierra representa mucho para la historia de la humanidad y para la Tradición de la Iglesia, no sólo por su prestigioso pasado histórico -de los faraones, copto y musulmán-, sino también porque muchos Patriarcas vivieron en Egipto o lo recorrieron. En efecto, la Sagrada Escritura lo menciona así muchas veces. En esta tierra, Dios se hizo sentir, "reveló su nombre a Moisés"[1], y sobre el monte Sinaí dio a su pueblo y a la humanidad los Mandamientos divinos. En tierra egipcia, encontró refugio y hospitalidad la Sagrada Familia: Jesús, María y José.

La hospitalidad, ofrecida con generosidad hace más de dos mil años, permanece en la memoria colectiva de la humanidad y es fuente de abundantes bendiciones que aún se siguen derramando. Egipto es una tierra que, en cierto modo, percibimos como nuestra. Como decís: "Misr um al dugna /Egipto es la madre del universo". También hoy encuentran aquí acogida millones de refugiados que proceden de diferentes países, como Sudán, Eritrea, Siria e Irak, refugiados a los que se busca integrar con encomiable tesón en la sociedad egipcia.

Egipto, a causa de su historia y de su concreta posición geográfica, ocupa un rol insustituible en Oriente Medio y en el contexto de los países que buscan soluciones a esos problemas difíciles y complejos, que han de ser afrontados ahora para evitar que deriven en una violencia aún más grave. Me refiero a la violencia ciega e inhumana causada por diferentes factores: el deseo obtuso de poder, el comercio de armas, los graves problemas sociales y el extremismo religioso que utiliza el Santo Nombre de Dios para cometer inauditas masacres e injusticias.

Este destino y esta tarea de Egipto constituyen también el motivo que ha animado al pueblo a pedir un Egipto donde no falte a nadie el pan, la libertad y la justicia social. Ciertamente este objetivo se hará una realidad si todos juntos tienen la voluntad de transformar las palabras en acciones, las valiosas aspiraciones en compromiso, las leyes escritas en leyes aplicadas, valorizando la genialidad innata de este pueblo.

[1] Juan Pablo II, Discurso en la ceremonia de bienvenida (24 febrero 2000).

Egipto tiene una tarea particular: reforzar y consolidar también la paz regional, a pesar de que haya sido herido en su propio suelo por una violencia ciega. Dicha violencia hace sufrir injustamente a muchas familias -algunas de ellas aquí presentes- que lloran por sus hijos e hijas.

Pienso de modo particular en todas las personas que, en los últimos años, han entregado la vida para proteger su patria: los jóvenes, los miembros de las fuerzas armadas y de la policía, los ciudadanos coptos y todos los desconocidos, caídos a causa de las distintas acciones terroristas. Pienso también en las matanzas y en las amenazas que han provocado un éxodo de cristianos desde el Sinaí septentrional. Manifiesto mi gratitud a las Autoridades civiles y religiosas, y a todos los que han acogido y asistido a estas personas que tanto sufren. Pienso además en los que han sido golpeados por los atentados en las iglesias Coptas, tanto en diciembre pasado como más recientemente en Tanta y en Alejandría. A sus familias y a todo Egipto dirijo mi sentido pésame y mi oración al Señor para que los heridos se restablezcan con rapidez.

Señor Presidente, ilustres señoras y señores:

No puedo dejar de reconocer la importancia de los esfuerzos realizados para llevar a cabo numerosos proyectos nacionales, como también por las muchas iniciativas realizadas en favor de la paz en el País y fuera del mismo, con vistas a ese ansiado desarrollo, en paz y prosperidad, que el pueblo anhela y merece.

El desarrollo, la prosperidad y la paz son bienes irrenunciables por los que vale la pena cualquier sacrificio. Son también metas que requieren trabajo serio, compromiso seguro, metodología adecuada y, sobre todo, respeto incondicionado a los derechos inalienables del hombre, como la igualdad entre todos los ciudadanos, la libertad religiosa y de expresión, sin distinción alguna[2]. Objetivos que exigen prestar una atención especial al rol de la mujer, de los jóvenes, de los más pobres y de los enfermos. En realidad, el verdadero desarrollo se mide por la solidaridad hacia el hombre -corazón de todo desarrollo-, a su educación, a su salud y a su dignidad; de hecho, la grandeza de cualquier nación se revela en el cuidado con

[2] Cf. Declaración universal de los derechos del hombre. Constitución Egipcia 2014, cap. III.

que atiende a los más débiles de la sociedad: las mujeres, los niños, los ancianos, los enfermos, los discapacitados, las minorías, para que nadie, ni ningún grupo social, quede excluido o marginado.

Ante un escenario mundial delicado y complejo, que hace pensar a lo que he llamado una "guerra mundial por partes", cabe afirmar que no se puede construir la civilización sin rechazar toda clase de ideología del mal, de la violencia, así como cualquier interpretación extremista que pretenda anular al otro y eliminar las diferencias manipulando y profanando el Santo Nombre de Dios. Usted, Señor Presidente, que ha hablado de esto con claridad muchas veces y en distintas ocasiones, merece ser escuchado y valorado.

Todos tenemos el deber de enseñar a las nuevas generaciones que Dios, el Creador del cielo y de la tierra, no necesita ser protegido por los hombres, sino que es él quien protege a los hombres; él no quiere nunca la muerte de sus hijos, sino que vivan y sean felices; él no puede ni pide ni justifica la violencia, sino que la rechaza y la desaprueba[3]. El verdadero Dios llama al amor sin condiciones, al perdón gratuito, a la misericordia, al respeto absoluto a cada vida, a la fraternidad entre sus hijos, creyentes y no creyentes.

Tenemos el deber de afirmar juntos que la historia no perdona a los que proclaman la justicia y en cambio practican la injusticia; no perdona a los que hablan de igualdad y desechan a los diferentes. Tenemos el deber de quitar la máscara a los vendedores de ilusiones sobre el más allá, que predicán el odio para robar a los sencillos su vida y su derecho a vivir con dignidad, transformándolos en leña para el fuego y privándolos de la capacidad de elegir con libertad y de creer con responsabilidad. Señor Presidente, hace algunos minutos, usted me ha dicho que Dios es el Dios de la libertad, y esto es verdad. Tenemos el deber de desmontar las ideas homicidas y las ideologías extremistas, afirmando la incompatibilidad entre la verdadera fe y la violencia, entre Dios y los actos de muerte.

En cambio, la historia honra a los constructores de paz, que luchan con valentía y sin violencia por un mundo mejor: "Dichosos los constructores de paz porque se llamarán hijos de Dios" (Mt 5,9).

[3] "El Señor [...] odia al que ama la violencia" (Sal 11,5).

Egipto, que en tiempos de José salvó a otros pueblos del hambre (cf. Gn 41,57), está llamado también hoy a salvar a esta querida región del hambre de amor y de fraternidad; está llamado a condenar y a derrotar todo tipo de violencia y de terrorismo; está llamado a sembrar la semilla de la paz en todos los corazones hambrientos de convivencia pacífica, de trabajo digno, de educación humana. Egipto, que al mismo tiempo construye la paz y combate el terrorismo, está llamado a testimoniar que "AL DIN LILLAH WA AL WATÀN LILGIAMIA"/ La fe es para Dios, la Patria es para todos", como dice el lema de la Revolución del 23 de julio de 1952, demostrando que se puede creer y vivir en armonía con los demás, compartiendo con ellos los valores humanos fundamentales y respetando la libertad y la fe de todos[4]. El rol especial de Egipto es necesario para afirmar que esta región, cuna de tres grandes religiones, puede -es más- debe salir de la larga noche de tribulaciones para volver a irradiar los supremos valores de la justicia y de la fraternidad, que son el fundamento sólido y la vía obligatoria para la paz[5]. De las naciones que son grandes es justo esperar mucho.

Este año se celebra el 70 aniversario de las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y la República Árabe de Egipto, que es uno de los primeros países árabes que estableció dichas relaciones diplomáticas. Estas siempre se han caracterizado por la amistad, estima y colaboración recíproca. Deseo que esta visita ayude a consolidarlas y reforzarlas.

La paz es un don de Dios pero es también trabajo del hombre. Es un bien que hay que construir y proteger, respetando el principio que afirma: la fuerza de la ley y no la ley de la fuerza[6]. Paz para este amado País. Paz para toda esta región, de manera particular para Palestina e Israel, para Siria, Libia, Yemen, Irak, Sudán del Sur; paz para todos los hombres de buena voluntad.

Señor Presidente, señoras y señores:

Deseo hacer llegar un afectuoso saludo y un paternal abrazo a todos los ciudadanos egipcios, que están presentes simbólicamente aquí, en este lugar. Salu-

[4] Cf. Constitución Egipcia 2014, art. 5.

[5] Cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2014, 4.

[6] Cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2017, 1.

do además a los hijos y a los hermanos cristianos que viven en este País: a los coptos ortodoxos, los griegos bizantinos, los armenios ortodoxos, los protestantes y los católicos. San Marcos, el evangelizador de esta tierra, os proteja y os ayude a construir y a alcanzar la unidad, tan anhelada por Nuestro Señor (cf. Jn 17,20-23). Vuestra presencia en esta Patria no es ni nueva ni casual, sino secular y unida a la historia de Egipto. Sois parte integral de este País y habéis desarrollado a lo largo de los siglos una especie de relación única, una particular simbiosis, que puede considerarse como un ejemplo para las demás naciones. Habéis demostrado, y lo seguís haciendo, que se puede vivir juntos, en el respeto recíproco y en la confrontación leal, descubriendo en la diferencia una fuente de riqueza y jamás una razón para el enfrentamiento[7].

Gracias por la cálida bienvenida. Pido a Dios Todopoderoso y Uno para que derrame Su Bendición divina sobre todos los ciudadanos egipcios. Que conceda a Egipto la paz y la prosperidad, el progreso y la justicia, y que bendiga a todos sus hijos.

"Bendito mi pueblo, Egipto", dice el Señor en el libro de Isaías (19,25).

Shukran wa tahìah misr!

[7] Cf. Benedicto XVI, Exhort. ap. postsin. Ecclesia in Medio Oriente, 24 y 25.

VISITA DE CORTESÍA A S. S. EL PAPA TAWADROS II

DISCURSO DEL SANTO PADRE

PATRIARCADO COPTO-ORTODOXO, EL CAIRO

Viernes 28 de abril de 2017

Discurso del Santo Padre
Declaración Conjunta
Oración ecuménica espontánea

Discurso del Santo Padre

El Señor ha resucitado, verdaderamente ha resucitado. [Al Massih kam, bilhakika kam!]

Santidad, querido Hermano:

Hace poco que ha concluido la gran Solemnidad de la Pascua, centro de la vida cristiana, que este año hemos tenido la gracia de celebrar en el mismo día. Así

hemos proclamado al unísono el anuncio de la Resurrección, viviendo de nuevo, en un cierto sentido, la experiencia de los primeros discípulos, que en ese día "se llenaron de alegría al ver al Señor" (Jn 20,20). Esta alegría pascual se ha incrementado hoy por el don que se nos ha concedido de adorar juntos al Resucitado en la oración y de darnos nuevamente, en su nombre, el beso santo y el abrazo de paz. Esto me llena de alegría: llegando aquí como peregrino, estaba seguro de recibir la bendición de un Hermano que me esperaba. Era grande el deseo de encontrarnos otra vez: mantengo muy vivo el recuerdo de la visita que Vuestra Santidad realizó a Roma, poco después de mi elección, el 10 de mayo de 2013, una fecha que se ha convertido felizmente en la oportunidad para celebrar cada año la Jornada de Amistad copto-católica.

Con la alegría de continuar fraternalmente nuestro camino ecuménico, deseo recordar ante todo ese momento crucial que supuso en las relaciones entre la sede de Pedro y la de Marcos la Declaración Común, firmada por nuestros Predecesores hace más de cuarenta años, el 10 de mayo de 1973. En ese día, después de "siglos de una historia complicada", en los que "se han manifestado diferencias teológicas, fomentadas y acentuadas por factores de carácter no teológico" y por una creciente desconfianza en las relaciones, con la ayuda de Dios hemos llegado a reconocer juntos que Cristo es "Dios perfecto en su Divinidad y hombre perfecto en su humanidad" (Declaración Común firmada por el Santo Padre Pablo VI y por Su Santidad Amba Shenouda III, 10 mayo 1973). Pero no menos importantes y actuales son las palabras que la precedían inmediatamente, con las que hemos reconocido a "Nuestro Señor y Dios y Salvador y Rey de todos nosotros, Jesucristo". Con estas expresiones la sede de Marcos y la de Pedro han proclamado la señoría de Jesús: juntos hemos confesado que pertenecemos a Jesús y que él es nuestro todo.

Aún más, hemos comprendido que, siendo suyos, no podemos seguir pensando en ir adelante cada uno por su camino, porque traicionaríamos su voluntad: que los suyos sean "todos [...] uno [...] para que el mundo crea" (Jn 17,21). Delante del Señor, que quiere que seamos "perfectos en la unidad" (v. 23) no es posible escondernos más detrás de los pretextos de divergencias interpretativas ni tampoco detrás de siglos de historia y de tradiciones que nos han convertido en extraños. Como dijo aquí Su Santidad Juan Pablo II: "A este respecto no hay tiempo que perder. Nuestra comunión en el único Señor Jesucristo, en el único Espíritu Santo y en el único bautismo, ya representa una realidad profunda y fundamental" (Discurso durante el encuentro ecuménico, 25 febrero 2000). En este sentido, no sólo existe

un ecumenismo realizado con gestos, palabras y esfuerzo, sino también una comunión ya efectiva, que crece cada día en la relación viva con el Señor Jesús, se fundamenta en la fe profesada y se basa realmente en nuestro Bautismo, en el ser "criaturas nuevas" en él (cf. 2 Co 5,17): en definitiva, "un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo" (Ef 4,5). De aquí tenemos que comenzar siempre, para apresurar el día tan esperado en el que estaremos en comunión plena y visible junto al altar del Señor.

En este camino apasionante, que -como la vida- no es siempre fácil ni lineal, pero que el Señor nos exhorta a seguir recorriendo, no estamos solos. Nos acompaña una multitud de Santos y Mártires que, ya plenamente unidos, nos animan a que seamos aquí en la tierra una imagen viviente de la "Jerusalén celeste" (Ga 4,26). Entre ellos, seguro que los que hoy se alegran de manera especial de nuestro encuentro son los santos Pedro y Marcos. Es grande el vínculo que los une. Basta pensar en el hecho de que san Marcos puso en el centro de su Evangelio la profesión de fe de Pedro: "Tu eres el Cristo". Fue la respuesta a la pregunta, siempre actual, de Jesús: "Y vosotros, ¿quién decís que soy?" (Mc 8,29). También hoy hay mucha gente que no sabe dar una respuesta a esta pregunta; faltan incluso personas que la propongan y sobre todo quien ofrezca como respuesta la alegría de conocer a Jesús, la misma alegría con la que tenemos la gracia de confesarlo juntos.

Estamos llamados a testimoniarlo juntos, a llevar al mundo nuestra fe, sobre todo, como es propio de la fe: viviéndola, porque la presencia de Jesús se transmite con la vida y habla el lenguaje del amor gratuito y concreto. Coptos ortodoxos y Católicos podemos hablar cada vez más esta lengua común de la caridad: antes de comenzar un proyecto para hacer el bien, sería hermoso preguntarnos si podemos hacerlo con nuestros hermanos y hermanas que comparten la fe en Jesús. Así, edificando la comunión con el testimonio vivido en lo concreto de la vida cotidiana, el Espíritu no dejará de abrir caminos providenciales e inimaginables de unidad.

Con este espíritu apostólico constructivo, Vuestra Santidad sigue brindando una atención genuina y fraterna a la Iglesia copta católica: una cercanía que agradezco tanto y que se ha concretado en la creación del Consejo Nacional de las Iglesias Cristianas, para que los creyentes en Jesús puedan actuar siempre más unidos, en beneficio de toda la sociedad egipcia. Además, he apreciado mucho la generosa hospitalidad con la que acogió el XIII Encuentro de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia Católica y las Iglesias Ortodoxas Orientales, que tuvo lugar aquí el año pasado siguiendo vuestra invitación. Es

un bonito signo que el encuentro siguiente se haya celebrado en Roma, como queriendo señalar una continuidad particular entre la sede de Marcos y la de Pedro.

En la Sagrada Escritura, Pedro corresponde en cierto modo al afecto de Marcos llamándolo "mi hijo" (1 P 5,13). Pero los vínculos fraternos del Evangelista y su actividad apostólica se extienden también a san Pablo el cual, antes de morir mártir en Roma, habla de lo útil que es Marcos para el ministerio (cf. 2 Tm 4,11) y lo menciona varias veces (cf. Flm 24; Col 4, 10). Caridad fraterna y comunión de misión: estos son los mensajes que la Palabra divina y nuestros orígenes nos transmiten. Son las semillas evangélicas que con alegría seguimos cultivando y juntos, con la ayuda de Dios, procuramos que crezcan (cf. 1 Co 3,6-7).

Nuestro camino ecuménico crece de manera misteriosa y sin duda actual, gracias a un verdadero y propio ecumenismo de la sangre. San Juan escribe que Jesús vino "con agua y sangre" (1 Jn 5,6); quien cree en él, "vence al mundo" (1 Jn 5,5). Con agua y sangre: viviendo una vida nueva en nuestro mismo Bautismo, una vida de amor, siempre y por todos, también a costa de derramar la sangre. Cuántos mártires en esta tierra, desde los primeros siglos del Cristianismo, han vivido la fe de manera heroica y hasta el final, prefiriendo derramar su sangre antes que renegar del Señor y ceder a las lisonjas del mal o a la tentación de responder al mal con el mal. Así lo testimonia el venerable Martirologio de la Iglesia Copta. Aun recientemente, por desgracia, la sangre inocente de fieles indefensos ha sido derramada cruelmente: su sangre inocente nos une. Querido Hermano, igual que la Jerusalén celeste es una, así también nuestro martirologio es uno, y vuestros sufrimientos son también nuestros sufrimientos. Fortalecidos por vuestro testimonio, esforcémonos en oponernos a la violencia predicando y sembrando el bien, haciendo crecer la concordia y manteniendo la unidad, rezando para que los muchos sacrificios abran el camino a un futuro de comunión plena entre nosotros y de paz para todos.

La maravillosa historia de santidad de esta tierra no se debe sólo al sacrificio de los mártires. Apenas terminadas las antiguas persecuciones, surgió una nueva forma de vida que, ofrecida al Señor, nada retenía para sí: en el desierto inició el monaquismo. Así, a los grandes signos que Dios obró en el pasado en Egipto y en el Mar Rojo (cf. Sal 106,21-22), siguió el prodigio de una vida nueva, que hizo florecer de santidad el desierto. Con veneración por este patrimonio común, he venido como peregrino a esta tierra, donde el Señor mismo ama venir: aquí, glorioso, bajó al monte Sinaí (cf. Ex 24,16); aquí, humilde, encontró refugio cuando era niño (cf. Mt 2,14).

Santidad, querido Hermano: que el mismo Señor nos conceda hoy seguir caminando juntos, como peregrinos de comunión y anunciadores de paz. Que en este camino nos lleve de la mano Aquella que acompañó aquí a Jesús y que la gran tradición teológica egipcia ha aclamado desde la antigüedad como Theotokos, Madre de Dios. En este título se unen admirablemente la humanidad y la divinidad, porque, en la Madre, Dios se hizo hombre para siempre. Que la Virgen Santa, que siempre nos conduce a Jesús, sinfonía perfecta de lo divino con lo humano, siga trayendo un poco de Cielo a nuestra tierra.

Declaración Conjunta

DECLARACIÓN CONJUNTA DE SU SANTIDAD FRANCISCO Y SU SANTIDAD TAWADROS II

1. Nosotros, Francisco, Obispo de Roma y Papa de la Iglesia Católica, y Tawadros II, Papa de Alejandría y Patriarca de la Sede de San Marcos, damos gracias a Dios en el Espíritu Santo porque nos ha concedido la gozosa oportunidad de encontrarnos una vez más para intercambiar nuestro abrazo fraternal y unirnos de nuevo en una misma oración. Damos gloria al Todopoderoso por los vínculos de fraternidad y amistad que unen la Sede de San Pedro y la Sede de San Marcos. El privilegio de estar juntos aquí en Egipto es una señal de que nuestra relación es cada año más sólida, y de que seguimos creciendo en cercanía, fe y amor en Cristo nuestro Señor. Damos gracias a Dios por este amado Egipto, "patria que vive dentro de nosotros", como solía decir Su Santidad el Papa Shenouda III, "el pueblo bendecido por Dios" (cf. Is 19,25), con su antigua civilización faraónica, su herencia griega y romana, su tradición copta y su presencia islámica. Egipto es el lugar donde la Sagrada Familia encontró refugio, tierra de mártires y santos.

2. Nuestro profundo vínculo de amistad y fraternidad tiene su origen en la plena comunión que existía entre nuestras Iglesias en los primeros siglos y que se fue expresando de muchas maneras a través de los primeros Concilios Ecuménicos, remontándose al Concilio de Nicea en el año 325 y a la contribución del valeroso Padre de la Iglesia san Atanasio, que se ganó el título de "Defensor de la Fe". Nuestra comunión se manifestaba a través de la oración y de prácticas litúrgicas

similares, de la veneración de los mismos mártires y santos, y a través del crecimiento y difusión del monaquismo, siguiendo el ejemplo del gran san Antonio, conocido como el Padre de todos los monjes.

Esta experiencia común de comunión antes de la separación reviste un significado especial para nuestros esfuerzos actuales, encaminados a restaurar la plena comunión. La mayor parte de las relaciones que existieron en los primeros siglos entre la Iglesia Católica y la Iglesia Copta Ortodoxa han continuado hasta nuestros días, a pesar de las divisiones, y han sido recientemente revitalizadas. Suponen un desafío para que intensifiquemos nuestros esfuerzos comunes y perseveremos en la búsqueda de la unidad visible en la diversidad, bajo la guía del Espíritu Santo.

3. Recordamos con gratitud el histórico encuentro que tuvo lugar hace cuarenta y cuatro años entre nuestros predecesores, el Papa Pablo VI y el Papa Shenouda III, en un abrazo de paz y fraternidad, después de muchos siglos, cuando nuestros mutuos vínculos de amor no fueron capaces de expresarse a causa de la distancia que había surgido entre nosotros. La Declaración Común que firmaron el 10 de mayo de 1973 representó un hito en el camino del ecumenismo y sirvió como punto de partida para la Comisión para el Diálogo Teológico entre nuestras Iglesias, que ha dado muchos frutos y ha abierto el camino para un diálogo más amplio entre la Iglesia Católica y la entera familia de las Iglesias Ortodoxas Orientales. En esa Declaración, nuestras Iglesias reconocieron que, de acuerdo con la tradición apostólica, profesan "una misma fe en un solo Dios Uno y Trino" y "la divinidad del Unigénito Hijo Encarnado de Dios... Dios perfecto con respecto a su divinidad, y perfecto hombre con respecto a su humanidad". También se reconoció que "la vida divina nos es dada y alimentada a través de los siete sacramentos" y que "veneramos a la Virgen María, Madre de la Luz Verdadera", la "Theotokos".

4. Con profunda gratitud recordamos nuestro encuentro fraterno en Roma, el 10 de mayo de 2013, y el establecimiento del 10 de mayo como el día en el que cada año profundizamos la amistad y la fraternidad entre nuestras Iglesias. Este renovado espíritu de cercanía nos ha permitido discernir una vez más que el vínculo que nos mantiene unidos lo recibimos de nuestro único Señor el día de nuestro Bautismo. Porque es a través del Bautismo que nos convertimos en miembros del único Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (cf. 1Co 12,13). Esta herencia común es la base de nuestra peregrinación hacia la plena comunión, a medida que crecemos en el amor y la reconciliación.

5. Somos conscientes de que en esta peregrinación aún nos queda mucho camino por recorrer, sin embargo, no podemos ignorar lo mucho que ya hemos avanzado. Recordamos, en particular, el encuentro entre el Papa Shenouda III y san Juan Pablo II que, durante el Gran Jubileo del año 2000, vino a Egipto como peregrino. Estamos decididos a seguir sus pasos, movidos por el amor a Cristo, Buen Pastor, con la profunda convicción de que caminando juntos crecemos en la unidad. Que sepamos encontrar nuestra fuerza en Dios, fuente perfecta de comunión y amor.

6. Este amor encuentra su expresión más profunda en la oración común. Cuando los cristianos oran juntos, se dan cuenta de que lo que los une es mucho más de lo que los divide. Nuestro anhelo de unidad se inspira en la oración de Cristo "que todos sean uno" (Jn 17,21). Profundicemos nuestras raíces comunes en la única fe apostólica, rezando juntos y buscando traducciones comunes de la Oración del Señor y también una fecha común para la celebración de la Pascua.

7. Mientras caminamos hacia el día bendito en que finalmente podamos reunirnos en torno a la misma mesa Eucarística, podemos cooperar en muchas áreas y demostrar de manera tangible lo mucho que ya nos une. Podemos dar juntos un testimonio de los valores fundamentales como la santidad y la dignidad de la vida humana, la santidad del matrimonio y de la familia, y el respeto por toda la creación, que Dios nos ha confiado. Frente a muchos desafíos actuales como la secularización y la globalización de la indiferencia, estamos llamados a ofrecer una respuesta común cimentada en los valores del Evangelio y en los tesoros de nuestras respectivas tradiciones. A este respecto, nos sentimos animados a profundizar en el estudio de los Padres Orientales y Latinos, y a promover un fecundo intercambio en la vida pastoral, principalmente en la catequesis y en el mutuo enriquecimiento espiritual entre comunidades monásticas y religiosas.

8. Nuestro testimonio cristiano compartido es una señal, llena de gracia, de reconciliación y esperanza para la sociedad egipcia y sus instituciones, una semilla plantada para que produzca frutos de justicia y de paz. Puesto que creemos que todos los seres humanos son creados a imagen de Dios, nos afanamos para que la tranquilidad y la concordia sean una realidad de la coexistencia pacífica entre cristianos y musulmanes, dando así testimonio de lo mucho que Dios desea la unidad y armonía de toda la familia humana y la igual dignidad de todo ser humano. Compartimos también la misma preocupación por el bienestar y el futuro de Egipto. Todos

los miembros de la sociedad tienen el derecho y el deber de participar plenamente en la vida de la nación, pudiendo disfrutar de una ciudadanía plena y equitativa, y colaborar en la construcción de su país. La libertad religiosa, incluida la libertad de conciencia, arraigada en la dignidad de la persona, es la piedra angular de todas las demás libertades. Es un derecho sagrado e inalienable.

9. Intensifiquemos nuestra incesante oración por todos los cristianos de Egipto y de todo el mundo y, especialmente, por los de Oriente Medio. Las trágicas experiencias y la sangre derramada por nuestros fieles, que han sido perseguidos y asesinados por la única razón de ser cristianos, nos recuerdan aún más que el ecumenismo del martirio es el que nos une y nos anima en el camino hacia la paz y la reconciliación. Porque como escribe san Pablo: "Si un miembro sufre, todos sufren con él" (1Co 12, 26).

10. El misterio de Jesús, que murió y resucitó por amor, está en el corazón de nuestro camino hacia la plena unidad. Una vez más, los mártires son quienes nos guían. En la Iglesia primitiva, la sangre de los mártires fue semilla de nuevos cristianos. Así también en nuestros días, la sangre de tantos mártires será semilla de unidad entre todos los discípulos de Cristo, signo e instrumento de comunión y paz para el mundo.

11. En obediencia a la acción del Espíritu Santo que santifica a la Iglesia, la custodia a lo largo de los siglos y la conduce hacia la unidad plena, aquella unidad por la que oró Jesucristo:

Hoy, nosotros, Papa Francisco y Papa Tawadros II, para complacer al corazón del Señor Jesús, así como también al de nuestros hijos e hijas en la fe, declaramos mutuamente que, con una misma mente y un mismo corazón, procuraremos sinceramente no repetir el bautismo a ninguna persona que haya sido bautizada en algunas de nuestras Iglesias y quiera unirse a la otra. Esto lo confesamos en obediencia a las Sagradas Escrituras y a la fe de los tres Concilios Ecuménicos reunidos en Nicea, Constantinopla y Éfeso.

Pedimos a Dios nuestro Padre que nos guíe, con los tiempos y los medios que el Espíritu Santo elija, a la plena unidad en el Cuerpo místico de Cristo.

12. Sigamos pues las enseñanzas y el ejemplo del apóstol Pablo, que escribe: "[Esforzaos] en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo

cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos" (Ef 4, 3-6).

Oración ecuménica espontánea

Señor Jesús, te pido que nos bendigas. Que bendigas a mi hermano el Papa Tawadros II. Que bendigas a todos mis hermanos Obispos que estamos aquí. Que bendigas a todos mis hermanos cristianos, y que nos lleves por el camino de la caridad y del trabajar juntos hacia la mesa de la Eucaristía. Amén.

SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

AIR DEFENSE STADIUM, EL CAIRO

Sábado 29 de abril de 2017

Al Salamò Alaikum / La paz sea con vosotros.

Hoy, III domingo de Pascua, el Evangelio nos habla del camino que hicieron los dos discípulos de Emaús tras salir de Jerusalén. Un Evangelio que se puede resumir en tres palabras: muerte, resurrección y vida.

Muerte: los dos discípulos regresan a sus quehaceres cotidianos, llenos de desilusión y desesperación. El Maestro ha muerto y por tanto es inútil esperar. Estaban desorientados, confundidos y desilusionados. Su camino es un volver atrás; es alejarse de la dolorosa experiencia del Crucificado. La crisis de la Cruz, más bien el "escándalo" y la "necedad" de la Cruz (cf. 1 Co 1,18; 2,2), ha terminado por sepultar toda esperanza. Aquel sobre el que habían construido su existencia ha muerto y, derrotado, se ha llevado consigo a la tumba todas sus aspiraciones.

No podían creer que el Maestro y el Salvador que había resucitado a los muertos y curado a los enfermos pudiera terminar clavado en la cruz de la vergüenza. No podían comprender por qué Dios Omnipotente no lo salvó de una muerte tan infame. La cruz de Cristo era la cruz de sus ideas sobre Dios; la muerte de Cristo era la muerte de todo lo que ellos pensaban que era Dios. De hecho, los muertos en el sepulcro de la estrechez de su entendimiento.

Cuantas veces el hombre se auto paraliza, negándose a superar su idea de Dios, de un dios creado a imagen y semejanza del hombre; cuantas veces se desespera, negándose a creer que la omnipotencia de Dios no es la omnipotencia de la fuerza o de la autoridad, sino solamente la omnipotencia del amor, del perdón y de la vida.

Los discípulos reconocieron a Jesús "al partir el pan", en la Eucarística. Si nosotros no quitamos el velo que oscurece nuestros ojos, si no rompemos la dureza de nuestro corazón y de nuestros prejuicios nunca podremos reconocer el rostro de Dios.

Resurrección: en la oscuridad de la noche más negra, en la desesperación más angustiosa, Jesús se acerca a los dos discípulos y los acompaña en su camino para que descubran que él es "el camino, la verdad y la vida" (Jn 14,6). Jesús transforma su desesperación en vida, porque cuando se desvanece la esperanza humana comienza a brillar la divina: "Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios" (Lc 18,27; cf. 1,37). Cuando el hombre toca fondo en su experiencia de fracaso y de incapacidad, cuando se despoja de la ilusión de ser el mejor, de ser autosuficiente, de ser el centro del mundo, Dios le tiende la mano para transformar su noche en amanecer, su aflicción en alegría, su muerte en resurrección, su camino de regreso en retorno a Jerusalén, es decir en retorno a la vida y a la victoria de la Cruz (cf. Hb 11,34).

Los dos discípulos, de hecho, luego de haber encontrado al Resucitado, regresan llenos de alegría, confianza y entusiasmo, listos para dar testimonio. El Resucitado los ha hecho resurgir de la tumba de su incredulidad y aflicción. Encontrando al Crucificado-Resucitado han hallado la explicación y el cumplimiento de las Escrituras, de la Ley y de los Profetas; han encontrado el sentido de la aparente derrota de la Cruz.

Quien no pasa a través de la experiencia de la cruz, hasta llegar a la Verdad de la resurrección, se condena a sí mismo a la desesperación. De hecho, no pode-

mos encontrar a Dios sin crucificar primero nuestra pobre concepción de un dios que sólo refleja nuestro modo de comprender la omnipotencia y el poder.

Vida: el encuentro con Jesús resucitado ha transformado la vida de los dos discípulos, porque el encuentro con el Resucitado transforma la vida entera y hace fecunda cualquier esterilidad (cf. Benedicto XVI, Audiencia General, 11 abril 2007). En efecto, la Resurrección no es una fe que nace de la Iglesia, sino que es la Iglesia la que nace de la fe en la Resurrección. Dice san Pablo: "Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe" (1 Co 15,14).

El Resucitado desaparece de su vista, para enseñarnos que no podemos retener a Jesús en su visibilidad histórica: "Bienaventurados los que crean sin haber visto" (Jn 20,29 y cf. 20,17). La Iglesia debe saber y creer que él está vivo en ella y que la vivifica con la Eucaristía, con la Escritura y con los Sacramentos. Los discípulos de Emaús comprendieron esto y regresaron a Jerusalén para compartir con los otros su experiencia. "Hemos visto al Señor [...]. Sí, en verdad ha resucitado" (cf. Lc 24,32).

La experiencia de los discípulos de Emaús nos enseña que de nada sirve llenar de gente los lugares de culto si nuestros corazones están vacíos del temor de Dios y de su presencia; de nada sirve rezar si nuestra oración que se dirige a Dios no se transforma en amor hacia el hermano; de nada sirve tanta religiosidad si no está animada al menos por igual fe y caridad; de nada sirve cuidar las apariencias, porque Dios mira el alma y el corazón (cf. 1 S 16,7) y detesta la hipocresía (cf. Lc 11,37-54; Hch 5,3-4)[1]. Para Dios, es mejor no creer que ser un falso creyente, un hipócrita.

La verdadera fe es la que nos hace más caritativos, más misericordiosos, más honestos y más humanos; es la que anima los corazones para llevarlos a amar a todos gratuitamente, sin distinción y sin preferencias, es la que nos hace ver al otro no como a un enemigo para derrotar, sino como a un hermano para amar, servir y ayudar; es la que nos lleva a difundir, a defender y a vivir la cultura del encuentro, del diálogo, del respeto y de la fraternidad; nos da la valentía de perdonar a quien

[1] Dice san Efrén: "Quitad la máscara que cubre al hipócrita y vosotros no veréis más que podredumbre" (Serm.). "Ay de los que habéis perdido la esperanza", afirma el Eclesiástico (2,14 Vulg.).

nos ha ofendido, de ayudar a quien ha caído; a vestir al desnudo; a dar de comer al que tiene hambre, a visitar al encarcelado; a ayudar a los huérfanos; a dar de beber al sediento; a socorrer a los ancianos y a los necesitados (cf. Mt 25,31-45). La verdadera fe es la que nos lleva a proteger los derechos de los demás, con la misma fuerza y con el mismo entusiasmo con el que defendemos los nuestros. En realidad, cuanto más se crece en la fe y más se conoce, más se crece en la humildad y en la conciencia de ser pequeño.

Queridos hermanos y hermanas:

A Dios sólo le agrada la fe profesada con la vida, porque el único extremismo que se permite a los creyentes es el de la caridad. Cualquier otro extremismo no viene de Dios y no le agrada.

Ahora, como los discípulos de Emaús, regresad a vuestra Jerusalén, es decir, a vuestra vida cotidiana, a vuestras familias, a vuestro trabajo y a vuestra patria llenos de alegría, de valentía y de fe. No tengáis miedo a abrir vuestro corazón a la luz del Resucitado y dejad que él transforme vuestras incertidumbres en fuerza positiva para vosotros y para los demás. No tengáis miedo a amar a todos, amigos y enemigos, porque el amor es la fuerza y el tesoro del creyente.

La Virgen María y la Sagrada Familia, que vivieron en esta bendita tierra, iluminen nuestros corazones y os bendigan a vosotros y al amado Egipto que, en los albores del cristianismo, acogió la evangelización de san Marcos y ha dado a lo largo de la historia numerosos mártires y una gran multitud de santos y santas.

Al Massih Kam / Bilhakika kam! - Cristo ha Resucitado. / Verdaderamente ha Resucitado.

ENCUENTRO DE ORACIÓN CON EL CLERO,
LOS RELIGIOSOS, LAS RELIGIOSAS Y LOS
SEMINARISTAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE

SEMINARIO PATRIARCAL DE MAADI, EL CAIRO

Sábado 29 de abril de 2017

Beatitudes,
queridos hermanos y hermanas:

Al Salamò Alaikum! (La paz esté con vosotros).

"Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. Cristo ha vencido para siempre la muerte. Gocemos y alegrémonos en él".

Me siento muy feliz de estar con vosotros en este lugar donde se forman los sacerdotes, y que simboliza el corazón de la Iglesia Católica en Egipto. Con alegría saludo en vosotros, sacerdotes, consagrados y consagradas de la peque-

ña grey católica de Egipto, a la "levadura" que Dios prepara para esta bendita Tierra, para que, junto con nuestros hermanos ortodoxos, crezca en ella su Reino (cf. Mt 13,13).

Deseo, en primer lugar, daros las gracias por vuestro testimonio y por todo el bien que hacéis cada día, trabajando en medio de numerosos retos y, a menudo, con pocos consuelos. Deseo también animaros. No tengáis miedo al peso de cada día, al peso de las circunstancias difíciles por las que algunos de vosotros tenéis que atravesar. Nosotros veneramos la Santa Cruz, que es signo e instrumento de nuestra salvación. Quien huye de la Cruz, escapa de la resurrección. "No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino" (Lc 12,32).

Se trata, por tanto, de creer, de dar testimonio de la verdad, de sembrar y cultivar sin esperar ver la cosecha. De hecho, nosotros cosechamos los frutos que han sembrado muchos otros hermanos, consagrados y no consagrados, que han trabajado generosamente en la viña del Señor. Vuestra historia está llena de ellos.

En medio de tantos motivos para desanimarse, de numerosos profetas de destrucción y de condena, de tantas voces negativas y desesperadas, sed una fuerza positiva, sed la luz y la sal de esta sociedad, la locomotora que empuja el tren hacia adelante, llevándolo hacia la meta, sed sembradores de esperanza, constructores de puentes y artífices de diálogo y de concordia.

Todo esto será posible si la persona consagrada no cede a las tentaciones que encuentra cada día en su camino. Me gustaría destacar algunas significativas. Vosotros conocéis estas tentaciones, porque ya los primeros monjes de Egipto las describieron muy bien.

1- La tentación de dejarse arrastrar y no guiar. El Buen Pastor tiene el deber de guiar a su grey (cf. Jn 10,3-4), de conducirla hacia verdes prados y a las fuentes de agua (cf. Sal 23). No puede dejarse arrastrar por la desilusión y el pesimismo: "Pero, ¿qué puedo hacer yo?". Está siempre lleno de iniciativas y creatividad, como una fuente que sigue brotando incluso cuando está seca. Sabe dar siempre una caricia de consuelo, aun cuando su corazón está roto. Saber ser padre cuando los hijos lo tratan con gratitud, pero sobre todo cuando no son agradecidos (cf. Lc 15,11-32). Nuestra fidelidad al Señor no puede depender nunca de la gratitud humana: "Tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará" (Mt 6,4.6.18).

2- La tentación de quejarse continuamente. Es fácil culpar siempre a los demás: por las carencias de los superiores, las condiciones eclesíásticas o sociales, por las pocas posibilidades. Sin embargo, el consagrado es aquel que con la unción del Espíritu Santo transforma cada obstáculo en una oportunidad, y no cada dificultad en una excusa. Quien anda siempre quejándose en realidad no quiere trabajar. Por eso el Señor, dirigiéndose a los pastores, dice: "fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes" (Hb 12,12; cf. Is 35,3).

3- La tentación de la murmuración y de la envidia. Y esta es fea. El peligro es grave cuando el consagrado, en lugar de ayudar a los pequeños a crecer y de regocijarse con el éxito de sus hermanos y hermanas, se deja dominar por la envidia y se convierte en uno que hiere a los demás con la murmuración. Cuando, en lugar de esforzarse en crecer, se pone a destruir a los que están creciendo, y cuando en lugar de seguir los buenos ejemplos, los juzga y les quita su valor. La envidia es un cáncer que destruye en poco tiempo cualquier organismo: "Un reino dividido internamente no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir" (Mc 3,24-25). De hecho ¿no lo olvidéis?, "por envidia del diablo entró la muerte en el mundo" (Sb 2,24). Y la murmuración es el instrumento y el arma.

4- La tentación de compararse con los demás. La riqueza se encuentra en la diversidad y en la unicidad de cada uno de nosotros. Compararnos con los que están mejor nos lleva con frecuencia a caer en el resentimiento, compararnos con los que están peor, nos lleva, a menudo, a caer en la soberbia y en la pereza. Quien tiende siempre a compararse con los demás termina paralizado. Aprendamos de los santos Pedro y Pablo a vivir la diversidad de caracteres, carismas y opiniones en la escucha y docilidad al Espíritu Santo.

5- La tentación del "faraonismo" ¿¡estamos en Egipto!?, es decir, de endurecer el corazón y cerrarlo al Señor y a los demás. Es la tentación de sentirse por encima de los demás y de someterlos por vanagloria, de tener la presunción de dejarse servir en lugar de servir. Es una tentación común que aparece desde el comienzo entre los discípulos, los cuales -dice el Evangelio- "por el camino habían discutido quién era el más importante" (Mc 9,34). El antídoto a este veneno es: "Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos" (Mc 9,35).

6- La tentación del individualismo. Como dice el conocido dicho egipcio: "Después de mí, el diluvio". Es la tentación de los egoístas que por el camino pierden la meta y, en vez de pensar en los demás, piensan sólo en sí mismos, sin experimentar ningún tipo de vergüenza, más bien al contrario, se justifican. La Iglesia es la comunidad de los fieles, el cuerpo de Cristo, donde la salvación de un miembro está vinculada a la santidad de todos (cf. 1Co 12,12-27; Lumen gentium, 7). El individualista es, en cambio, motivo de escándalo y de conflicto.

7- La tentación del caminar sin rumbo y sin meta. El consagrado pierde su identidad y acaba por no ser "ni carne ni pescado". Vive con el corazón dividido entre Dios y la mundanidad. Olvida su primer amor (cf. Ap 2,4). En realidad, el consagrado, si no tiene una clara y sólida identidad, camina sin rumbo y, en lugar de guiar a los demás, los dispersa. Vuestra identidad como hijos de la Iglesia es la de ser coptos -es decir, arraigados en vuestras nobles y antiguas raíces- y ser católicos -es decir, parte de la Iglesia una y universal-: como un árbol que cuanto más enraizado está en la tierra, más alto crece hacia el cielo.

Queridos consagrados, hacer frente a estas tentaciones no es fácil, pero es posible si estamos injertados en Jesús: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí" (Jn 15,4). Cuanto más enraizados estemos en Cristo, más vivos y fecundos seremos. Así el consagrado conservará la maravilla, la pasión del primer encuentro, la atracción y la gratitud en su vida con Dios y en su misión. La calidad de nuestra consagración depende de cómo sea nuestra vida espiritual.

Egipto ha contribuido a enriquecer a la Iglesia con el inestimable tesoro de la vida monástica. Os exhorto, por tanto, a sacar provecho del ejemplo de san Pablo el eremita, de san Antonio Abad, de los santos Padres del desierto y de los numerosos monjes que con su vida y ejemplo han abierto las puertas del cielo a muchos hermanos y hermanas; de este modo, también vosotros seréis sal y luz, es decir, motivo de salvación para vosotros mismos y para todos los demás, creyentes y no creyentes y, especialmente, para los últimos, los necesitados, los abandonados y los descartados.

Que la Sagrada Familia os proteja y os bendiga a todos, a vuestro País y a todos sus habitantes. Desde el fondo de mi corazón deseo a cada uno de vosotros lo mejor, y a través de vosotros saludo a los fieles que Dios ha confiado a

vuestro cuidado. Que el Señor os conceda los frutos de su Espíritu Santo: "Amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí" (Ga 5,22-23).

Os tendré siempre presentes en mi corazón y en mis oraciones. Ánimo y adelante, guiados por el Espíritu Santo. "Este es el día en que actúo el Señor, sea nuestra alegría". Y por favor, no olvidéis de rezar por mí.

ENTREVISTA DEL SANTO PADRE
CON LOS PERIODISTAS
DURANTE EL VUELO DE REGRESO A ROMA

Sábado 29 de abril de 2017

Greg Bruke:

Gracias Santo Padre. Hay algunos periodistas que hacen el viaje por primera vez y otros que han hecho ya casi cien viajes –más de cien–. No sé si usted sabe cuántos viajes internacionales ha hecho ya...

Papa Francisco:

Dieciocho.

Greg Burke:

Dieciocho. Y el decimonoveno está a la vuelta de la esquina, así que también usted ha realizado un buen número de viajes papales. Gracias por este

tiempo que nos concede, que para nosotros es siempre un momento fuerte. Comenzamos con el grupo italiano: Paolo Rodari... –No sé si usted quiere decir algo antes...

Papa Francisco:

Sí, buenas tardes. Os agradezco vuestro trabajo, porque han sido 27 horas –me parece– de mucho trabajo. Muchas gracias por lo que habéis hecho. Gracias. Estoy a vuestra disposición.

Greg Burke:

Gracias Santo Padre.

Paolo Rodari, de la "Repubblica":

Santo Padre, gracias. Quería preguntarle sobre su encuentro de ayer con el Presidente Al Sisi: de qué han hablado, si usted ha mencionado los temas de los derechos humanos, y, en concreto, si ha tenido ocasión de hablar sobre el caso de Giulio Regeni y si, según usted, se llegará a saber la verdad sobre el mismo.

Papa Francisco:

Sobre esto daré una respuesta general para después llegar a lo particular. Generalmente, cuando estoy con un Jefe de Estado, en diálogo privado, lo que se dice queda en privado. A menos que, de mutuo acuerdo, se diga: "Lo que hablemos sobre este punto lo haremos público". En este viaje he tenido cuatro diálogos privados: con el Gran Imán de Al-Azhar, con el Presidente Al Sisi, con el Patriarca Tawadros y con el Patriarca Ibrahim; y creo que si el diálogo es privado, por respeto se debe mantener reservado. Es reservado. Después está la pregunta sobre Regeni. Yo estoy preocupado. Desde la Santa Sede me he movido sobre este tema, porque

también los padres me lo han pedido; la Santa Sede se ha movido. No diré cómo ni dónde, pero nos hemos movido.

Greg Burke:

Darío Menor Torres, "El Correo", español.

Darío Menor Torres, "El Correo":

Gracias Santidad. Usted dijo ayer que la paz, la prosperidad y el desarrollo merecen cualquier sacrificio, y después subrayó lo importante que es respetar los derechos inalienables del hombre. ¿Significa esto un apoyo al gobierno egipcio, un reconocimiento de su papel en Oriente Medio por el modo en el que intenta defender a los cristianos, a pesar de las insuficientes garantías democráticas?

Papa Francisco:

No, no. Se deben interpretar literalmente como valores en sí mismos. He dicho esto: defender la paz, defender la armonía de los pueblos, defender la igualdad de los ciudadanos, independientemente de la religión que profesen, son valores. Yo he hablado de los valores. Si un gobernante defiende uno u otro [de esos valores], es otro problema. He hecho 18 visitas a diferentes países. A veces he escuchado: "El Papa, al ir allí, está apoyando a aquel gobierno...". Porque un gobierno siempre tiene sus debilidades o sus adversarios políticos, los unos dicen una cosa, los otros otra... yo no me entrometo. Yo hablo de los valores, y cada uno vea y juzgue si este gobierno o este Estado, o aquel o aquel otro, favorece esos valores.

Darío Menor Torres:

¿Se ha quedado con el deseo de visitar las Pirámides?

Papa Francisco:

¿Pero tú sabes que hoy a las seis de la mañana mis dos asistentes se han ido a visitar las Pirámides?

Darío Menor Torres:

¿Ah, sí? Pero, ¿le habría gustado ir con ellos?

Papa Francisco:

Sí, ciertamente sí.

Darío Menor Torres:

Muchas gracias.

Greg Burke:

Si es posible, permanezcamos en el tema del viaje. Virginie Riva, del grupo francés "Radio Europe 1".

Virginie Riva, "Radio Europe 1":

Santo Padre, una pregunta partiendo del viaje pero extendiéndola a Francia, si usted lo permite. Usted ha hablado en Al-Azhar, en la Universidad, de los populismos demagógicos. Los católicos franceses en este periodo se ven tentados a votar por el populismo o el extremismo, están divididos y desorientados. ¿Cuáles pueden ser los elementos de discernimiento que usted podría dar a estos electores católicos?

Papa Francisco:

Muy bien. Existe una dimensión del "populismo" ?entre comillas, porque vosotros sabéis que esta palabra, por mi parte, he tenido que volverla a aprender

en Europa, porque en América Latina tiene otro significado?. Está el problema de Europa y el problema de la Unión Europea. Lo que he dicho sobre Europa no lo repetiré aquí: he hablado de ello ya en cuatro ocasiones: dos en Estrasburgo, una durante el Premio Carlo Magno, y al comienzo de la conmemoración del 60 aniversario [de los Tratados de Roma]. Allí está todo lo que he dicho sobre Europa. Cualquier País es libre de tomar las decisiones que crea conveniente en relación a esto; yo no puedo juzgar si esta decisión la hace por uno u otro motivo, porque no conozco la política interna. Es verdad que Europa tiene el peligro de disolverse, esto es verdad. Lo he dicho con delicadeza en Estrasburgo, lo he dicho con más fuerza durante el Premio Carlo Magno, y últimamente sin matices. Solo tenemos que meditar sobre esto: Europa que se extiende desde el Atlántico a los Urales... Existe un problema que asusta a Europa y tal vez alimenta a los populismos: el problema de las migraciones. Esto es verdad. Pero no olvidemos que Europa se ha hecho gracias a los emigrantes: siglos y siglos de emigrantes. ¡Somos nosotros! Pero es un problema que se tiene que estudiar bien; y es necesario que respetemos también las opiniones, las opiniones honestas de una discusión política con mayúscula, grande: una política grande, no la pequeña política del país que al final termina cayendo [termina siendo ineficaz]. Con respecto a Francia ¿digo la verdad?, yo no conozco la política interna francesa. He procurado tener buenas relaciones, también con el Presidente actual, con el que hubo un conflicto una vez pero después he podido hablar claramente sobre las cosas, respetando su opinión. De los dos candidatos políticos [Le Pen y Macron] no conozco la historia, no sé de dónde vienen. Sí, sé que uno es representante de la derecha fuerte, pero el otro no sé de dónde proviene. Por esto, no puedo dar una opinión precisa sobre Francia. Pero hablando de los católicos: aquí en Egipto, en uno de los encuentros, mientras saludaba a la gente, uno me ha dicho: "¿Por qué no piensa en la política a la grande?". "¿Qué quiere decir?". Y me ha dicho, como pidiendo ayuda: "Hacer un partido para los católicos". Este señor es bueno, pero vive en el siglo pasado. Con respecto a los populismos, están relacionados con los emigrantes, pero esto no forma parte del viaje. Si hay tiempo puedo volver sobre esto. Si hay tiempo, volveré.

Vera Shcherbakova, "Itar-Tass":

Santo Padre, le doy las gracias, en primer lugar por la bendición: Usted me ha bendecido, me arrodillé hace unos minutos, aquí delante. Soy ortodoxa y no veo ninguna contradicción. Quería preguntar: ¿Qué perspectivas hay en las relaciones

con los ortodoxos ¿obviamente rusos, pero también, ayer, con la Declaración conjunta con el Patriarca de copto ortodoxo? Está la fecha de la Pascua en común, y también se habla del reconocimiento del bautismo. ¿A qué punto estamos? Y otra cosa: ¿Qué valoración hace usted de las relaciones entre el Vaticano y Rusia, como Estado, también con relación a la defensa de los valores cristianos en Oriente Medio, especialmente en Siria?

Greg Burke:

Ella es Vera Shcherbakova, de la Agencia "Itar-Tass", agencia rusa.

Papa Francisco:

Christòs anèsti! [Cristo ha resucitado]. Con los ortodoxos siempre he tenido una gran amistad, ya en Buenos Aires. Por ejemplo, el 6 de enero de cada año iba a vísperas, en vuestra catedral, con el Patriarca Platon —que ahora está por la zona de Ucrania, es arzobispo—: dos horas y cuarenta minutos de oración en una lengua que no entendía, pero se podía rezar bien. Y después cenaba con la comunidad, trescientas personas, una cena de la vigilia de Navidad ¿no la cena de Navidad, la vigilia? todavía no se podían comer productos lácteos ni carne, pero era una buena cena. Y después la tómbola, la lotería... amistad. También con los demás ortodoxos. A veces necesitaban ayuda legal: venían a la Curia católica, porque son comunidades pequeñas, y veían a los abogados. Siempre he tenido una relación fraternal: somos Iglesias hermanas. Con Tawadros tengo una amistad especial: para mí es un gran hombre de Dios. Tawadros es un Patriarca, un Papa que llevará adelante a la Iglesia, el nombre de Jesús. Tiene un gran celo apostólico. Él es uno de los más ¿permitidme que use la palabra, pero entre comillas? "fanáticos" en relación al tema de encontrar una fecha fija para la Pascua. También yo, pero buscamos el modo. Él dice: "Luchemos, luchemos". Es un hombre de Dios. Es un hombre que, cuando era obispo, lejos de Egipto, iba a dar de comer a las personas con discapacidad; es un hombre que fue enviado a una diócesis con cinco iglesias y dejó veinticinco, y no sé cuántas familias cristianas, con el celo apostólico. Después, tú sabes cómo se hace la elección entre ellos: se busca a tres, se eligen, y luego se meten los nombres en una bolsa, se llama a un niño, se le vendan los ojos y el niño elige el nombre. Y allí está el Señor. Verdaderamente él es un gran Patriarca. La unidad del bautismo va adelante. La culpa, sobre el bautismo, es una cosa histórica,

porque en la época de los primeros Concilios era común. Después, como los cristianos coptos bautizaban a los niños en los santuarios, cuando querían casarse y venían a nosotros porque se casaban con una católica, se les pedía algo que diera fe y no lo tenían, y se les bautizaba bajo condición: así que hemos comenzado nosotros, no ellos. Pero ahora se ha abierto la puerta y, ante este problema, estamos en el buen camino, para superarlo. En la Declaración conjunta, el penúltimo párrafo habla de esto.

Los ortodoxos rusos reconocen nuestro bautismo y nosotros reconocemos el suyo. Yo era muy amigo del obispo en Buenos Aires, de los rusos. También con los georgianos, por ejemplo. El Patriarca de los georgianos es un hombre de Dios, Elías II, es un místico. Y los católicos también tenemos que aprender de esta tradición mística de las Iglesias ortodoxas. En este viaje hemos tenido el encuentro ecuménico: estaba también el Patriarca Bartolomeo, estaba el patriarca greco-ortodoxo, después estaban otros cristianos: los anglicanos, también el Secretario del Consejo Mundial de las Iglesias, de Ginebra... Todo lo que hace el ecumenismo está en camino. El ecumenismo se hace caminando, con las obras de caridad, con el compromiso de ayudar, de hacer cosas juntos cuando se pueden hacer juntos... No hay un ecumenismo estático. Es verdad que los teólogos tienen que estudiar y ponerse de acuerdo, pero esto no llegará a buen puerto si no se camina. "¿Qué podemos hacer ahora?". Hagamos lo que podemos hacer: orar juntos, trabajar juntos, hacer obras de caridad juntos... pero juntos. Y esto es ir adelante. Las relaciones con el Patriarca Kirill son buenas. También el Arzobispo Metropolitano Hilarión ha venido varias veces a hablar conmigo, y tenemos una buena relación.

Vera Shcherbakova:

¿Y con el Estado Ruso? ¿Los cristianos, los valores comunes...?

Papa Francisco:

Sí, yo sé que el Estado Ruso habla de esto, de la defensa de los cristianos en Oriente Medio. Lo sé, y creo que es una buena cosa, hablar, luchar contra la persecución. Hoy en día hay más mártires que en los primeros siglos, especialmente en Oriente Medio.

Greg Burke:

Phil Pullella.

Philip Pullella, agencia "Reuters":

Usted habló ayer, en el primer discurso, del peligro de las acciones unilaterales y que todos han de ser constructores de paz. Usted habló mucho de la "tercera guerra mundial por partes". Pero parece que hoy en día este miedo y ansiedad se concentra alrededor de lo que está pasando con Corea del Norte.

Papa Francisco:

Sí, es el punto central...

Phil Pullella:

Exacto: es el punto central. El presidente Trump ha enviado una escuadra de buques militares frente a la costa de Corea del Norte; el líder de Corea del Norte ha amenazado con bombardear Corea del Sur, Japón e incluso los Estados Unidos, si consiguen construir misiles de largo alcance; la gente tiene miedo y se está hablando del riesgo de una guerra nuclear como si no sucediera nada. Entonces, si usted se encontrara con el presidente Trump, pero también con otras personas, ¿qué les diría a estos líderes que tienen la responsabilidad del futuro de la humanidad? Porque estamos en un momento bastante crítico...

Papa Francisco:

Yo los llamo. Los llamo y los llamaré, como he llamado a los líderes de diferentes lugares, a que se trabaje para resolver los problemas por la vía de la diplomacia. Y hay facilitadores ¿muchos, en el mundo?, hay mediadores que se ofrecen: hay países como Noruega, por ejemplo; nadie puede acusar a Norue-

ga de ser un país dictatorial; siempre está dispuesta a ayudar... Por citar un ejemplo, pero hay muchos más... Pero el camino es el de la negociación, el camino de la solución diplomática. Esta "guerra mundial por partes", de la que estoy hablando desde hace dos años, más o menos, es "por partes", pero las partes se han ampliado, y también se han concentrado. Se han concentrado en puntos que ya eran "calientes", porque esta historia de los misiles de Corea va adelante desde hace un año, pero ahora parece que la cuestión se ha avivado demasiado. Yo llamo siempre a resolver los problemas por la vía diplomática, con la negociación... Porque está en juego el futuro de la humanidad. Hoy, una guerra amplia destruirá, no digo que la mitad de la humanidad, pero una buena parte de la humanidad y la cultura... todo, todo. Sería terrible. Creo que hoy la humanidad no sería capaz de soportarlo. Pero miremos a los países que están sufriendo una guerra en su interior, y en los que hay focos de guerra: Oriente Medio, por ejemplo, pero también en África, Yemen... Detengámonos. Busquemos, busquemos una solución diplomática. Y en esto creo que las Naciones Unidas tienen el deber de retomar un poco el liderazgo, porque se ha diluido: se ha diluido un poco.

Phil Pullella:

¿Querrá usted reunirse con el presidente Trump cuando viaje a Europa?
¿Se ha realizado alguna petición para ese encuentro?

Papa Francisco:

La Secretaría de Estado no me ha informado todavía de que haya ninguna petición; pero yo recibo a cualquier Jefe de Estado que me pida audiencia.

Greg Burke:

Me parece que las preguntas sobre el viaje ya se han acabado. ¿Se puede contestar a una todavía? Después tendremos la cena, a las seis y media. Está Antonio Pelayo, de "Antena 3", que usted ya conoce.

Antonio Pelayo:

Santo Padre, la situación en Venezuela ha degenerado últimamente de modo muy grave y ha habido muchas muertes. Quisiera preguntarle si la Santa Sede, y usted personalmente, piensan relanzar esa acción, esa intervención pacificadora, y qué formas podría asumir esta acción.

Papa Francisco:

Hubo una intervención de la Santa Sede bajo pedido fuerte de los cuatro Presidentes que estaban trabajando como facilitadores, y... la cosa no resultó. Y quedó ahí. No resultó porque las propuestas no eran aceptadas, o se diluían, o era un "sí, sí" pero "no, no". Todos conocemos la difícil situación de Venezuela, que es un País al que yo quiero mucho. Y sé que ahora están insistiendo; no sé bien de dónde -creo que de los cuatro Presidentes- para relanzar esta facilitación, y están buscando el lugar. Yo creo que tiene que ser con condiciones ya. Condiciones muy claras. Parte de la oposición no quiere esto. Porque es curioso, la misma oposición está dividida. Y, por otro lado, parece que los conflictos se agudizan cada vez más. Pero hay algo de movimiento. Hay algo de movimiento, estuve informado de eso, pero está muy en el aire todavía. Pero todo lo que se pueda hacer por Venezuela hay que hacerlo. Con las garantías necesarias. Si no, jugamos al "pin-pin pirulero", y no va la cosa. Gracias.

Greg Burke:

Gracias, Santo Padre. Y ahora tenemos que terminar.

Papa Francisco:

Una más todavía.

Greg Burke:

Una más. Hay un alemán: Jörg Bremer de "Frankfurter Allgemeine".

Jörg Bremer de "Frankfurter Allgemeine":

Hace algunos días, usted ha hablado sobre el tema de los refugiados en Grecia, Lesbos, y utilizó la expresión "campos de concentración", porque están sobrecargados de gente. Para nosotros, los alemanes, es lógico que este es un término muy, muy serio, y muy parecido al de "campo de exterminio". Algunos dicen que fue un lapsus linguae suyo: ¿Qué es lo que quería decir?

Papa Francisco:

En primer lugar, tenéis que leer bien todo lo que dije. Dije que los más generosos de Europa son Italia y Grecia: lo han sido, es cierto, son los que están más cerca de Libia y Siria... De Alemania, siempre he admirado la capacidad de integración. Cuando estudiaba allí, había muchos turcos, integrados, en Frankfurt, muchos, integrados, y llevaban una vida normal. No ha sido un lapsus linguae: hay campos de refugiados que son verdaderos campos de concentración. Hay alguno tal vez en Italia, alguno en otra parte..., en Alemania no, seguro. Pero usted piense un momento: ¿Qué hacen las personas encerradas en un campo y sin poder salir? Piense a lo que sucedió en el norte de Europa cuando querían cruzar el mar para ir a Inglaterra: ¡estaban encerrados dentro! Me hizo reír ¿y esa es un poco la cultura italiana?, me hizo reír cuando me he enterado de un campo de refugiados en Sicilia ¿me lo contó el delegado de la Acción Católica de la diócesis de Agrigento?. Allí, en la zona, hay dos o tres campos de estos, no sé en qué diócesis; las autoridades de la ciudad donde se encuentra el campamento hablaron con la gente del campo de refugiados y les dijeron: "A vosotros, quedaros aquí dentro os perjudicará la salud mental; tenéis que salir. Pero, por favor, no hagan cosas malas. Nosotros no podemos abrir la puerta, pero hacemos un agujero en la parte de atrás. Vosotros salid, dad un buen paseo...". Y así se han ido tejiendo relaciones con los habitantes del pueblo, buenas relaciones... Estos no cometen delitos, no cometen crímenes. Pero el mero hecho de estar encerrados, sin hacer nada, esto es un lager, ¿no? Pero no tiene nada que ver con Alemania, no, no. Gracias.

Greg Burke:

Gracias a usted, Santo Padre.

Papa Francisco:

Gracias por este trabajo que hacéis y que sirve a tanta gente. No sabéis el bien que podéis hacer con vuestras crónicas, con vuestros artículos, con vuestras reflexiones... Tenemos que ayudar a la gente y ayudar también a la comunicación, para que la comunicación y también la prensa nos lleve a las cosas buenas y no a la desorientación, que no nos sirve. Muchas gracias, muchas gracias. Y que tengáis una buena cena. Y rezad por mí.

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.

